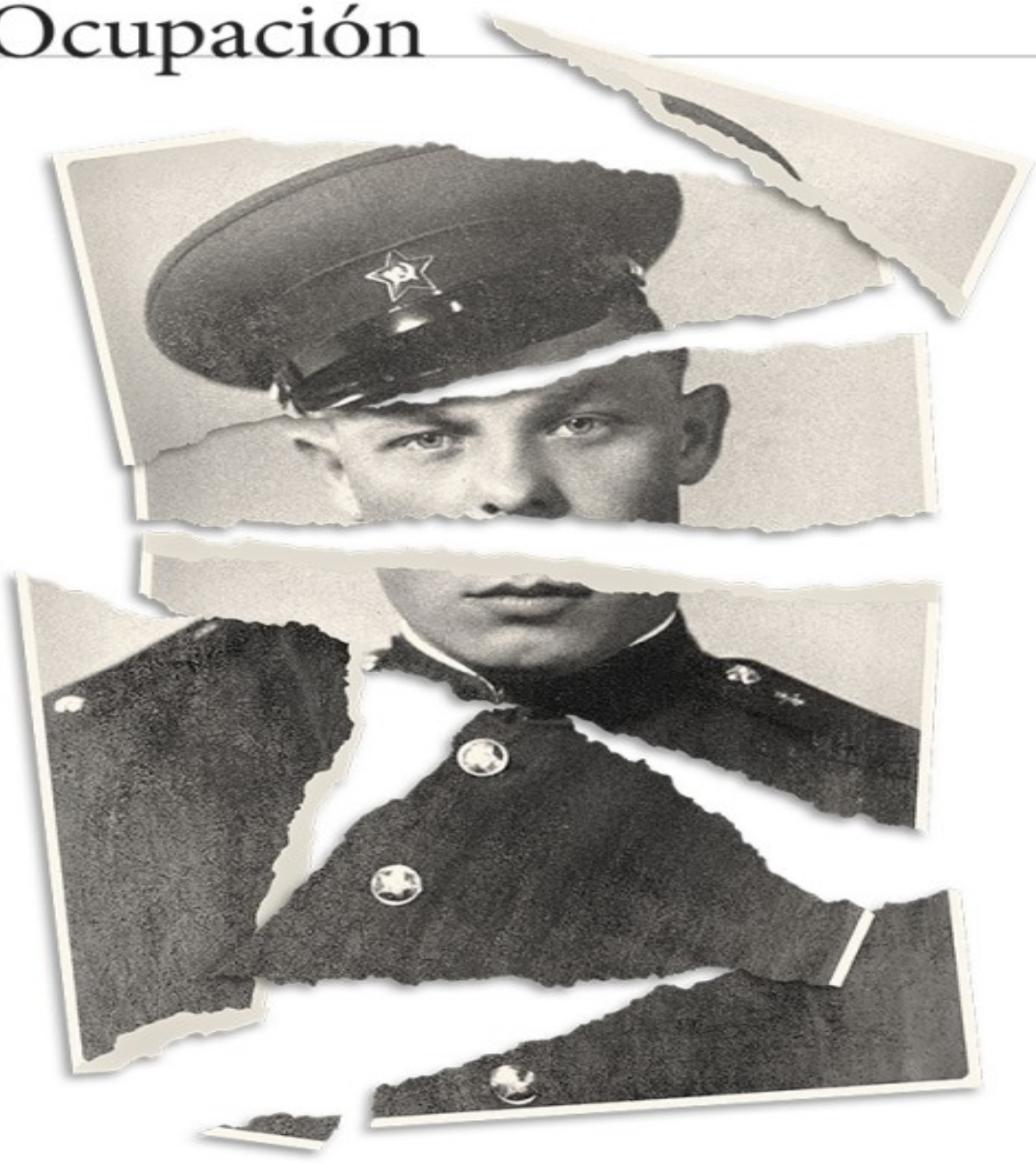
Seix Barral

Margaryta Yakovenko

Ocupación



Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

La última vez que hablé con mi abuelo...

Víctor Konstantínovich, mi abuelo...

Está sonando la radio...

Créditos

OCUPACIÓN

Margaryta Yakovenko

Seix Barral

A mi padre

Los caballos no lo entienden...
Parecen decir: ¿Dónde está el campo?
Igual que tú y yo diríamos:
¿Dónde está nuestra casa?

LOUISE GLÜCK

¿No se salvaban siempre las semillas, aunque el árbol cayera bajo el hacha, y con ellas también las nuevas flores y los frutos?

STEFAN ZWEIG

La última vez que hablé con mi abuelo me dijo: Nací en una guerra y moriré en una guerra. Murió al día siguiente, el 20 de abril de 2022, en la ciudad ucraniana de Tokmak. La ciudad había sido rodeada el 27 de febrero por las tropas rusas. El sitio duró ocho días hasta que la ciudad fue tomada por completo. Durante dos semanas no supe nada de mi abuelo. Los proyectiles rusos habían destrozado los cables de teléfono y de internet, habían hecho cortar el agua, la calefacción y la luz. La ciudad en la que nací y en la que nació mi padre y en la que nació mi abuelo y en la que nació mi bisabuelo estaba sedienta y a oscuras. Era febrero y la tierra seguía helada, el frío subía por los muros de los edificios como una enredadera despiadada. Víctor, mi abuelo, se quedó solo en su piso de la calle Shevchenko. La mujer que había cuidado a mi abuela antes de morir y que seguía ayudando a mi abuelo con la casa se fue de Tokmak entre el 24 y el 27 de febrero. Huyó. Tuvo suerte. Se refugió en una ciudad que sigue siendo ucraniana. Antes de irse, puso cinta adhesiva en las ventanas del piso para que las esquirlas de cristal no atravesasen la carne del viejo cuerpo de mi abuelo cuando los proyectiles hicieran temblar la tierra.

Durante los ocho días que duró el sitio, mi abuelo no se movió de su casa. No tenía a dónde ir. La insuficiencia venosa diagnosticada hace años le agarrotaba las piernas. Apoyado en su bastón, se desplazaba de habitación en habitación arrastrando los pies por las mullidas alfombras. Del salón al dormitorio, del dormitorio a la

cocina, de la cocina al aseo. Llevaba cuidado, no se asomaba al balcón, no salía a la terraza. Cuando empezaban los disparos se escondía en el baño, la única habitación sin ventanas de toda la casa. Si los disparos empezaban de noche, se subía las mantas por encima de la cabeza y se quedaba quieto, inmóvil como un ratón en su madriguera. Todo Tokmak parecía entonces una ratonera enorme, las ventanas oscuras, sus entradas y las personas, ratoncitos temblorosos que rebuscaban en sus despensas los últimos restos de comida comprada en tiempos de paz. Las velas se empezaron a agotar. Mi abuelo se comió las latas de sardinas, las galletas, el pan seco. Se le acabaron las pastillas que deshinchaban las varices. No había forma de calentar un poco de agua, infusionar un té, disolver una sopa de sobre. La radio de la cocina, esa que siempre estaba encendida, ahora callaba. El teléfono no daba señal. El móvil se quedó sin batería. El televisor donde antes veía las noticias y series de policías era una pantalla negra. ¿Qué estaba pasando afuera? ¿Era verdad que nos atacaban los rusos? La única guerra que mi abuelo había conocido era la de los alemanes, que acabó cuando él tenía seis años. ¿Se había vuelto loco el mundo de nuevo? ¿Me he vuelto loco yo?, pensó. Si esto es una pesadilla, ¿por qué dura tanto?

Los tres primeros días de guerra, la gente que pudo y quiso abandonó la ciudad. Se especulaba con que también Tokmak sería tomada. Otros, como mi abuela Liudmila, la madre de mi madre, creyeron que esa pequeña ciudad de provincias no les interesaba a los rusos y llegaron allí huyendo de Mariúpol, la verdadera ratonera. En 2022, en Tokmak no vivían más de treinta mil habitantes. No tenía refugios antiaéreos. No tenía un metro profundo como Kyiv. No tenía ningún cuartel cerca. Lo único que tenía era un hospital gigantesco pero viejo que se construyó en la época soviética por el

miedo a un nuevo Chernóbil porque Tokmak está a cien kilómetros de la central nuclear más grande de Europa. El hospital, como todo en la ciudad, lleva sin renovarse desde entonces y muchos de sus edificios están vacíos y cerrados. También hay una enorme fuente de azulejos negros en la plaza del Ayuntamiento que dejó de escupir agua en los años noventa; un pedestal desde el que Lenin estuvo observando a sus habitantes durante décadas, hasta que fue derribado después de la toma de Crimea; un edificio de fachada bonita y prerrevolucionaria que se cae a pedazos pero que un día fue la sede de la KGB. También está el colegio al que fui, la fábrica de motores donde trabajó mi abuelo y luego trabajó mi padre, la casa en la que nací, la casa de mis abuelos, la casa en la que nació mi madre, el bosque que plantó su padre, las tumbas de mis bisabuelos. En Tokmak los árboles se hielan en invierno y huele a polvo en verano porque está en medio de una estepa apacible, entre campos de trigo y de girasoles, en un cruce de caminos entre Crimea y el Donbás. Una ciudad de edificios grises y decadentes que una vez tuvo un pasado glorioso. En Tokmak no hay nada; en Tokmak está todo lo que significa algo para mí.

Para Rusia, Tokmak es un caramelo geográfico indispensable en la movilidad entre el sur y el este. Por eso se esforzaron en conquistarla y aprovecharon que el ejército ucraniano no recibiría refuerzos porque tenía demasiados frentes abiertos: Mariúpol, Járkiv, Bucha, Irpín, Kyiv. Esos primeros días de asedio, lanzaron misiles a puntos estratégicos. Dispararon a las personas que salían a la calle a partir del toque de queda. Secuestraron al alcalde porque se negó a colaborar con ellos. Devolvieron su cadáver después de la toma completa de la ciudad. El 2 de marzo lanzaron bombas desde los aviones sobre Tokmak. El sitio duró un par de días más, hasta que la ciudad se rindió.

Llegó el silencio. La evaluación de daños. La gente empezó a salir poco a poco de sus casas. Lo primero que hizo mi abuela Liudmila, que se había quedado aislada en la otra punta de la ciudad en un piso en el que se había instalado el 24 de febrero al llegar de Mariúpol, fue ir a ver a su consuegro, mi abuelo. La ciudad estaba muda y desierta. La nieve sucia y gris que había caído hacía semanas se acumulaba entre los bordillos de las aceras y la carretera como roña helada. En algunos patios de manzana, los vecinos de los edificios se reunían en torno a un fuego hecho con sus muebles. Ardían mesillas y armarios, viejos aparadores, sobre cuyas llamas se instalaban carros de la compra metálicos del revés para aprovechar la superficie y colocar una olla con hielo derretido y restos de la comida que aún no se había descongelado del todo. Al lado de los contenedores de basura llenos, aparecieron bolsitas de plástico hediondas. El agua cortada había obligado a sus habitantes a cagar sobre un periódico y recogerlo como se recoge la mierda de los perros. Las bolsas de plástico de un solo uso empezaron a ser un bien preciado.

De camino a la calle Shevchenko, Liudmila pasó por la única panadería que había abierta, un pequeño puesto de pan en el que hace décadas, cuando ella aún vivía en Tokmak, de vez en cuando se compraba un bollito recién hecho relleno de manzana de camino al trabajo. Sobre la panadería solía flotar una nube de aroma a vainilla y horno caliente imposible de resistir. Ese día frío de marzo no olía a nada, pero había una larga fila de personas que esperaban algo. Liudmila se puso en la cola. ¿Han traído pan?, preguntó. El hombre que tenía delante se giró a mirarla. Ayuda humanitaria, dijo masticando las palabras como se mastica un chicle duro. La volvió a mirar por encima del hombro. ¿No tendrás un cigarrillo?, preguntó. No fumo, dijo ella. Yo tampoco, le respondió él. ¿Es europea la

ayuda?, preguntó mi abuela. Señora, ¿se ha caído usted de un guindo? Europea... ¿Cree que le importamos a Europa? ¿Le importamos a alguien ahora?, preguntó otra señora girándose. Mi abuela no dijo nada. Estaba cansada, quería llegar cuanto antes a la calle Shevchenko, pero la vida le había enseñado que cuando hay una cola en algún sitio, lo mejor que puedes hacer es ponerte a esperar en ella. Quizás consigas llevarte algo. Ahora sí que nos pueden disparar a gusto, dijo un hombre de cincuenta años que acababa de llegar y ya se ponía a la cola. Liudmila Pavlovna, exclamó al ver a mi abuela, ¿qué hace usted aquí? Ya ves, esperar, como todos, le respondió a Vadik, un compañero de clase de mi madre. Pero pensaba que vivía en Mariúpol, dijo él. El hombre que tenía delante mi abuela se volvió a girar. ¿Mariúpol? Todo esto es por vosotros, es a vosotros a quien quiere ese perro, no a nosotros. Cállate ya, gritó la señora de delante, ahora nos quiere a todos. Liudmila dio varios golpes con los pies sobre la tierra helada para desentumecerlos. Le dolían las rodillas y la cadera, las lumbares después de todos los días que había pasado acostada en el suelo duro del pasillo del piso alquilado. Estaba cansada, pero la tensión no la dejaba dormir. Llevaba más de una semana sin mirarse en un espejo, pero ver a toda aquella gente era como mirarse a sí misma: sus caras largas eran el reflejo de la suya propia. ¿Pondría ella también esa mirada de conejo asustado ante cada sonido fuerte?

El día, aunque frío, era luminoso como solo sabe serlo el sol de invierno. Se agradecía un poco de sol en la cara después de ocho días de encierro. La cola iba avanzando en silencio. Cuando le llegó su turno, la panadera le puso a mi abuela en las manos una barra de pan, un paquete de un kilo de trigo sarraceno y un brik de sopa de guisantes en polvo. El paquete y el brik tenían una banderita rusa estampada. Somos seis en mi casa, dijo mi abuela. Pues haber

venido los seis, le contestó la mujer antes de pasar al siguiente. Esa era toda la ayuda humanitaria que habían enviado desde Moscú al nuevo pueblo conquistado. Nadie disparó.

Mi abuela siguió su camino. La calle Shevchenko está en el centro de Tokmak. A la izquierda de la casa de mi abuelo está la vieja tipografía donde antes se imprimía el periódico local; delante, la escuela de música donde estudié ballet; detrás, mi colegio. Entre el colegio y el edificio de apartamentos construido en la época de Brezhnev, hay un parque enorme con columpios, un tobogán y una gran caja de arena en la que los niños que nunca habían visto la playa hacían castillos. También unas cuerdas comunales en las que todos los vecinos salían a tender la colada los días de sol. Cuando era pequeña jugaba en ese parque por las tardes hasta que mi abuela gritaba mi nombre por la ventana de la cocina llamándome a la cena. Era amiga de todos los niños de mi edad, aunque ahora no recuerdo el nombre de ninguno de ellos. A los que sí recuerdo son a mis compañeros de clase. A Vitia, a Dima, a Andrei, a Katia y a Aliona. ¿Seguirán viviendo allí? ¿Habrán emigrado como lo hicieron mis padres? ¿Estarán en el frente o bajo tierra? Dima se fue a Rusia con sus padres solo unos meses antes de que yo me fuera a España con los míos. ¿Habrá vuelto a Tokmak vestido con el uniforme enemigo?

El día que mi abuela cruzó el parque no había ningún niño corriendo y el colegio estaba cerrado. Abriría un par de días después, cuando a Tokmak empezaran a llegar los primeros coches con refugiados de ciudades como Mariúpol, Berdyansk o Melitópol, ciudades que sufrirían bombardeos más intensos. Entonces sus pasillos se llenarían de padres y madres durmiendo en el suelo de madera. Los niños dormirían en las camitas de las habitaciones donde, dos décadas antes, yo me echaba la siesta a media tarde,

entre clase y clase, antes de la merienda. En las ventanas del colegio, donde pegábamos mariposas de papel en primavera y copos de nieve en invierno, esos padres y madres pintarían con pintura blanca una sola palabra: *deti* («niños» en ruso). Una palabra que esas semanas se esperaba que funcionase como un hechizo protector. Una plegaria a la bondad, la piedad y la misericordia del atacante. En algunos casos la encontrarían. En otros, no. En el mismo Mariúpol, en el teatro, no la encontraron. Escribieron la palabra en letras tan grandes que se veía en todas las fotos satelitales. El teatro era el refugio más grande de la ciudad, con capacidad para más de mil personas. A mediados de marzo, un avión descargó varias bombas encima. Más de seiscientas personas murieron bajo los escombros. El mismo patio de butacas donde un par de años antes vi representada una obra de Mijaíl Bulgákov, *El apartamento de Zoyka*, se convirtió en una tumba colectiva. Pero eso mi abuela aún no lo sabía.

Miró desde la calle la ventana de la cocina. Estaba entera, con las cintas adhesivas pegadas en el cristal. El lugar parecía abandonado aunque toda la ciudad daba la misma apariencia. Mi abuela entró al portal y subió la escalera hasta el segundo piso. Llamó al timbre olvidando que no había luz. Volvió a llamar con los nudillos en la puerta. Nadie respondió. Pegó la oreja a la puerta. Silencio. Volvió a llamar. Víctor Konstantínovich, gritó, soy yo, Liudmila Pavlovna, voy a entrar. Metió la llave que mi abuelo le había dado días antes en la cerradura y la giró cuatro veces. Contuvo el aliento. ¿Y si se había muerto? ¿Y si no había aguantado el frío ni el hambre? Víctor Konstantínovich, gritó de nuevo al entrar en el recibidor alfombrado. Un reloj hacía tictac en algún lugar. Aquí, se oyó de pronto. Un hilo de voz desde el dormitorio. Mi abuela espiró todo el aire con alivio. Vivía, aún vivía. Pero, en realidad, Víctor Konstantínovich solo

aguantaba. Cuando ella entró en la habitación, a él le rodaron las lágrimas por la cara, la única parte de su cuerpo que se veía entre todas las mantas que tenía encima. Estaba tumbado en su lado de la cama, el izquierdo. El lado derecho, en el que un año antes había muerto su mujer, mi abuela, permanecía intacto. No quería morir solo, le dijo. Ella contestó que nadie se iba a morir, pero no era más que una frase hecha. ¿Qué es esto que están haciendo?, preguntó él más con incredulidad que con interrogación, más al aire que esperando una respuesta. Ya nos han conquistado los rusos, contestó Liudmila.

Mi abuelo murió sin comprender del todo el motivo de esta guerra. ¿Por qué nos atacan si somos hermanos?, me preguntó al teléfono cuando recuperamos la comunicación unos días más tarde. Yo le quise decir que no lo somos. Que lo éramos en su época, o eso decía el discurso oficial soviético. ¿Nos habían considerado alguna vez como iguales? Sé que la gente corriente, los rusos de a pie, esos con los que compartimos pasado soviético, sí. Sé que la mayoría de la gente corriente sigue haciéndolo. Pero no fue una idea demasiado extendida en los despachos desde los que se legislaba y se imponía el ruso como lengua oficial o se determinaba qué territorios eran Ucrania y cuáles no. ¿Cómo hablar de ello esos días con mi abuelo, alguien que había amado hasta el tuétano a la Unión Soviética? ¿Alguien que hablaba ruso en su casa? ¿Alguien que se había casado con una rusa? ¿Alguien que ahora sufría la violencia de la ocupación? ¿Qué iba a poder explicarle sobre el mundo y la historia a quien había vivido los años que yo no? ¿Para qué perder el poco tiempo que nos quedaba haciéndolo?

Recuperamos la comunicación, pero mi abuelo no volvió a levantarse de la cama. Lo que hizo fue morirse poco a poco. Primero dejó de andar, luego dejó de comer, después, de hablar y de beber. Simplemente cerró los ojos y se quedó esperando la muerte. Ocurrió lentamente, se estuvo muriendo durante casi dos meses.

Las primeras semanas le subió la fiebre, pero no perdió el humor. Mi abuela Liudmila no abandonaba su silla al lado de la cama. Hablaban de todo. Ella de su hija. Él de su hijo. De cómo ellos dos se habían conocido y casado a los tres meses. De cómo nací yo. De cómo nació mi hermano. De qué suerte que ninguno de los cuatro estuviéramos allí ya. Qué bien hicieron al irse hace más de veinte años. ¿Qué estarían haciendo ahora? Él en el frente. Ella en el hospital porque era enfermera. La nieta probablemente cubriendo la guerra. El nieto también en el frente, con la vida rota sin haber empezado. Qué bien hicieron al irse, decían y callaban lo que ya sospechaban: que al irnos nos habíamos quedado para siempre sin poder volver. Callaban que él se estaba muriendo y nosotros estábamos lejos. Que en dos semanas no estaríamos delante del ataúd en el que iban a hundirlo en la tierra helada. Una muerte solitaria en una época atroz.

Los días buenos, Víctor hacía bromas para aligerarle la espera a Liudmila. Le daba indicaciones: cuando me muera llévate los documentos de la casa. Llévate mi cartilla laboral, mi pasaporte. Consigue el modo de hacérselo llegar a mi hijo. Levanta el colchón, debajo hay una bolsa con dinero. Paga con él mi entierro. En la funeraria ya tienen hecha mi lápida. Nos la hicimos juntos, Raísa y yo, cuando ella aún no había perdido la memoria. Las lápidas quedaron tan bien que el de la funeraria decidió exponerlas y cada persona que pasaba por la calle y nos conocía pensaba que ya nos habíamos muerto. No veas la risa cuando nos los cruzábamos en el

mercado. ¡Parecía que hubieran visto un fantasma!, contaba Víctor a su consuegra.

Las horas que no estaban de humor, callaban lo que sabían por cansancio. Que él no debía morirse aún. Que no era su hora. Que alguien había movido las agujas del reloj, una fuerza de fuera había decidido sobre su vida. Sin mística. Su hora había llegado porque en Moscú se decidió invadir un país y no se contempló respetar las vidas de los que ahí vivían. Su voluntad. Su normalidad fue cercenada al mismo tiempo que la de millones. Qué frágil es la vida diaria, el hábito de vivir. Es como la llama de una vela: se extingue sin aire, se extingue ante un soplo demasiado fuerte. Solo permanece encendida en unas condiciones concretas de oxígeno, pero a la mínima perturbación, la luz se apaga. Víctor Konstantínovich estaba enfermo pero era un paciente estable. Cuando enterró a su mujer y quiso morirse por haberla sobrevivido, el médico le dijo que todavía no era el momento. Que le quedaban aún unos años más. Cinco, quizás diez. Que debía aprender a vivir sin su Raísa, sin Raia. A volver a plantar los geranios que a ella le gustaban, ponerlos en las repisas de todas las habitaciones y regarlos cada mañana como hacía ella. Él lo había hecho hasta que la ciudad se quedó sin agua. Ahora las plantas seguían secas en sus macetas como un anticipo de lo que también le esperaba a él.

La enfermedad de mi abuelo era crónica pero controlable con su medicación y las visitas que le hacía su médico. Sin tratamiento, le producía unos dolores atroces. Tenía ochenta y tres años y la cabeza lúcida. Ya no podía montar en su bicicleta, pero a veces bajaba con su bastón a la calle a dar un paseo corto. Durante el asedio, las piernas dejaron de responderle. Solo dolían hasta las lágrimas. Necesitaba que le viera un médico, necesitaba medicinas. Un día la fiebre subió a cuarenta y ya no volvió a bajar. Las bromas

empezaron a ser cada vez menos frecuentes. Más escasas las palabras. Las piernas se estaban gangrenando. Las manchas negras se hicieron más grandes. Se abrieron las llagas en la piel. Los trombos estaban subiendo a los pulmones. Las farmacias estaban o vacías o cerradas. Liudmila fue al hospital, donde seguía teniendo contactos de cuando vivió de joven en Tokmak. Los médicos se habían ido y los que se habían quedado solo trabajaban para atender a los soldados rusos que volvían malheridos del frente en el que mataban a ucranianos. No, no podemos atender a un viejo postrado en la cama. Lo mejor es que consiga tramadol, si lo consigue, y le dé una dosis accidentalmente grande para que la muerte venga antes.

Lo que hizo Liudmila fue llamar a un pope que se postró ante la cama de ese antiguo comunista y le dio permiso para irse al otro mundo libre de pecados.

Víctor, mi abuelo, murió esa misma tarde.

El entierro fue a los pocos días. Rápido. Solo estuvieron presentes siete personas. Contando al pope. Contando al muerto.

No pudimos enterrarle.

Ni mi padre, ni mi madre, ni mi hermano ni yo pudimos enterrarle. Ucrania estaba en guerra y nosotros a más de tres mil kilómetros de distancia.

Cuatro años después, seguimos sin haber visto su tumba.

Tokmak sigue siendo una ciudad ocupada.

Dos meses más tarde de que sacaran el cuerpo de mi abuelo en un ataúd, el ejército ruso expropió su casa con todas sus cosas, las cosas de mi padre, mis cosas de la infancia. Ahora allí vive una familia rusa. Un médico militar con su esposa y su hijo de diez años. Él debe tener la edad de mi marido. Ella, la mía.

Pero yo estoy aquí, lejos, en una tierra ajena, y ellos están allí, en una casa que no es suya, entre cosas que no son suyas, en una tierra arrebatada.

De mi abuelo solo me queda su partida de nacimiento, su vida laboral, un par de fotografías y su recuerdo.

Se llamaba Víctor Konstantínovich Yakovenko. Hijo de Konstantín y María. Padre de Vitaliy. Esposo de Raísa. Mi abuelo.

Un día apareció en mis sueños. Paseábamos por Tokmak al anochecer. Entrábamos en una tienda y él me compraba un lápiz que me daba al salir a la calle. ¿Para qué es esto, abuelo?, le preguntaba yo. Para que escribas, decía.

Como mis recuerdos se están volviendo blandos, escribo.

En memoria de alguien que nació en una guerra y murió en una guerra, pero que tuvo una vida normal, corriente, pequeñita, de la que solo nos acordaremos los que le hemos querido.

Víctor Konstantínovich, mi abuelo, nació el 14 de junio de 1939. Tres meses más tarde, el 1 de septiembre de 1939, las tropas alemanas invadieron Polonia: había comenzado la Segunda Guerra Mundial. Si el momento en el que vienes al mundo determina la forma en la que vas a vivir y en la que vas a morir, mi abuelo nació en un mundo cruel y sanguinario que volvió a ser cruel y sanguinario en su muerte. Desde que nació hasta que fue al colegio, ochenta millones de personas fueron asesinadas. En su propio pueblo, en su región, en su país. A unos metros o a cientos de kilómetros a la redonda, por todas partes había muertos, mutilados, tumbas, fosas comunes. Todos formaban parte de una familia que había perdido a alguien o eran el elegido por puro azar que había sobrevivido. El trauma era viejo y colectivo y, por eso mismo, se daba por supuesto. Teníamos en común un pasado reciente que era una herida y sabíamos muy bien quién fue nuestro enemigo.

Aunque Stalin maquilló los datos y dijo que solo siete millones de soviéticos habían muerto, la verdad es que lo hicieron uno de cada siete. El número total de víctimas oscila entre los diecisiete y los treinta y siete millones de muertos. ¿Sabían Konstantín y María, mis bisabuelos, que su hijo nacería solo unos meses antes de los años más sangrientos de su país? ¿Hablaban los periódicos del abismo al borde del cual se encontraba Europa entonces? ¿Los leían? ¿Les interesaba? ¿Qué pasaba entonces en su casa? Acababan de dar la bienvenida al que sería su sexto y último hijo. Víctor nació después

de Nikolái, Valentina, Iván, Aleksandra y Matvei, el primogénito y el único que murió sin llegar a la mayoría de edad, porque se cayó de un caballo antes de cumplir los dieciocho. En 1939, Konstantín y María ya tenían cuarenta y seis años y vivían con todos sus hijos en una casita tradicional de planta baja en la calle Nekrásov de Tokmak. No había habitaciones para todos y los hermanos tenían que compartir el poco espacio. Con suerte, tendrían al menos camas de hierro forjado sobre las que colocar los colchones de la época: unos futones no demasiado gruesos pero pesados, rellenos de algodón, que tardaban una eternidad en secarse y que seguían oliendo, incluso años después de mojarse, a lana rancia. Las almohadas, de pluma, las confeccionó la propia María como parte de su ajuar después de desplumar a las gallinas que habían sido sacrificadas en su casa para hacer sopa. Desplumar una gallina era odioso. Las gallinas se escaldaban en agua caliente para aflojar las plumas que, después, se arrancaban una a una y a mano. Los hombros se agarrotaban, las yemas de los dedos se quedaban insensibles de tanto pellizcar y el olor era de un dulzor nauseabundo. A María probablemente la ayudaron su madre y sus hermanas para que pudiera casarse con todos los honores.

Corría el año 1914 cuando Konstantín y María fueron a la iglesia de Tokmak a contraer santo matrimonio. El día era frío. Unos finos copos de nieve flotaban en el aire. Tan ligeros que, en vez de ser atraídos hacia la tierra, se quedaban revoloteando antes de fundirse sobre los calientes hombros de los novios. Konstantín y María tenían entonces veinte años. No sé dónde se conocieron. Probablemente serían vecinos. Ella, apellidada Antípenko, y él, Yakovenko, tienen ambos antepasados que figuran en los registros de los primeros pobladores de lo que entonces se conocía como Velikiy Tokmak, antes de que la ciudad simplificase su nombre en la época soviética.

La boda se celebró el 26 de enero del calendario que usaba la Rusia zarista de la época, es decir, el martes 13 de enero según el calendario estándar del resto del mundo. Se casaron como se casan todos los pobres: por amor. Su acta matrimonial es uno de los pocos documentos digitalizados y públicos que existen sobre mis antepasados. Guardado en una base de datos de Family Tree, el libro eclesiástico con los registros de las bodas aparece escaneado con todas sus páginas. En una letra cursiva bonita pero recargada se puede leer que el «campesino Konstantín Afanasiev Yakovenko, ortodoxo, contrae matrimonio con la campesina María Afanasievna Antípenko, ortodoxa». Ambos son oriundos de Veliky Tokmak. La primera vez que vi el documento, algo se encogió en mis entrañas. Es el único registro en el que aparece escrito con tinta negra e imborrable que Konstantín y María existieron. Que nacieron en 1893. Que en 1914 se convirtieron en marido y mujer. Que años más tarde tendrían hijos, nietos, bisnietos que en otras latitudes del mundo, muy lejos del ahora inaccesible Tokmak, los seguirían recordando a pesar de no haberlos conocido nunca.

Por supuesto, los sueños del joven matrimonio se vieron truncados. 1914 era tan mal año para casarse como 1939 para traer hijos al mundo. Solo unos meses después, los recién casados serían separados por el llamamiento a las armas. Era verano, uno de los veranos más cálidos y luminosos que se recuerdan. Desde Veliky Tokmak, rodeado de estepas que no ofrecían ninguna barrera a los ojos, se veía un horizonte limpio, un cielo claro, unos prados suaves de hierba esponjosa entre la que sobresalían las cabezas de los dientes de león, las margaritas, las olorosas viboreras. El verano olía a libertad como solo puede oler el pasto joven, como solo saben oler los veranos de los recién enamorados.

El 28 de julio de 1914 Austria-Hungría declaró la guerra a Serbia. El 1 de agosto, después de que el Imperio zarista movilizara sus tropas contra el Imperio austrohúngaro, Alemania le declaró la guerra a Rusia. Konstantín fue reclutado antes de que los árboles se vistieran de otoño. María prometió esperarle y rezó cada noche para que la guerra, de entre todos los hombres, escogiera a Konstantín para conservarlo entero, sano y salvo. Para vomitarlo de vuelta a casa.

Jóvenes, recién casados y con todos sus planes de futuro truncados, Konstantín y María se despidieron. Ella, sin muchas opciones para mantenerse mientras él estaba en las trincheras, entró a servir en la casa de un rico empresario alemán que vivía en Petershahen, una colonia menonita a una hora de camino a pie desde Tokmak. Aunque Alemania le hubiera declarado la guerra al Imperio ruso, los alemanes no fueron perseguidos quizás porque el pasaporte que te clasificaba fue un invento que surgió precisamente tras la Primera Guerra Mundial, cuando necesitamos trazar fronteras y el sentimiento nacionalista estableció diferencias entre nosotros y los demás. Los menonitas habían llegado a la Velikiy Tokmak en 1805, cuando aún era un asentamiento cosaco. Los alemanes trajeron de Prusia sus muebles y sus carros huyendo de la pobreza, aprovecharon la tierra fértil y la buena disposición de los zares para dejarles vivir y prosperar. Crearon empresas en la zona y construyeron colegios en un país de mayoría analfabeta. Fueron los menonitas los que trajeron la maquinaria para labrar los campos de Tokmak y los que levantaron fábricas en las que se producían nuevos arados, sembradoras, trilladoras, y los campesinos ucranianos se convirtieron por arte del progreso en obreros. Fueron ellos los que construyeron el ferrocarril en ese pueblo estepario y lo convirtieron en un cruce de caminos entre los puertos de Crimea y

las minas del Donbás. Los alemanes trajeron modernidad y dinero, trabajo y comida, y construyeron la que luego, en tiempos soviéticos, sería la mayor fábrica de la ciudad: la empresa de motores diésel Kírov, que antes se llamó Progreso Rojo y antes, cuando aún era alemana, la fábrica de Fuchs y Kleiner. Pusieron la primera piedra de la industrialización que luego aprovecharon los soviéticos, que ahora aprovechan los rusos.

Los niños de la zona estudiaban alemán en el colegio y es muy probable que tanto Konstantín como María supieran hablarlo. Hubo que esperar a la Segunda Guerra Mundial para que todo lo alemán fuera prohibido. Mientras tanto, María pasaba sus días planchando las sábanas de los señores y esperando noticias en forma de misivas desde el frente. Los señores, ricos, le hicieron muchos regalos durante esa época: un pañuelo bordado, un cepillo de pelo de carey, unas horquillas con adornos a pesar de que María, tras casarse, se cubrió el pelo con un pañuelo blanco que ya no se quitaría el resto de sus días como símbolo de pureza y fidelidad a su marido.

¿Dónde estaba Konstantín mientras ella andaba cada día siete kilómetros de ida y siete de vuelta para cuidar a unos niños alemanes deseando tener los suyos? Cruzando la vieja Europa a pie, durmiendo en trincheras infestadas de piojos y chinches, ajustándose el abrigo pesado de paño que había repartido el ejército zarista a sus soldados, insuficiente en invierno, excesivo en verano. Konstantín formó parte de las tropas rusas que entre 1914 y 1915 lograron ocupar una parte del entonces Imperio austrohúngaro, la zona de Galitzia (en la actual Polonia y Ucrania occidental) y Bukovina (en Rumanía). No sé en cuál de los dos frentes se quedó, pero sí sé que cuando las tropas zaristas empezaron a perder batallas por tener un ejército lleno de campesinos que no sabían nada de estrategias militares y por no tener ni siquiera armas

suficientes para todos sus hombres, Konstantín fue uno de los más de dos millones y medio de soldados rusos capturados y apresados por los alemanes y los austrohúngaros.

Sabiendo que los prisioneros eran mandados a campos de trabajo alemanes en los que las condiciones de vida eran aún peores que en las trincheras, Konstantín decidió negociar con sus captores. Nada de barracones de madera, sopas aguadas de col y trabajos duros a la intemperie. Lo que el muchacho quería era volver con María a la casa en la que criaría a sus caballos, a los campos infinitos, a los árboles del jardín bajo los que se imaginaba corriendo con los hijos que vendrían. Haciendo uso de su alemán, ofreció al soldado checo responsable de su grupo de prisioneros la cadena de oro que llevaba al cuello. Yo te doy esto y a cambio tú me dejas huir de noche, antes de que mañana salga el tren camino al *lager*. El soldado se apiadó de él. Konstantín nunca subió a un tren camino de Alemania. De noche, después de haberse quitado la cadena con el crucifijo que sus padres le habían regalado al cumplir la mayoría de edad y con la benevolencia del soldado checo, huyó del campamento. ¿Lo hizo solo? ¿El checo se apiadó de alguno de sus compañeros? ¿Intercedió Konstantín por alguno de ellos? Lo que sé es que durante meses fue de un lado a otro, cruzando estepas en sentido contrario al que iban las tropas zaristas, buscando volver a casa sano y salvo como había rezado María. Para cuando lo logró, en el Imperio ruso había estallado primero la revolución y luego la guerra civil y el país estaba en tal estado de caos que ya no había nadie a quien pudiera importarle buscar a un soldado desertor.

Me imagino el reencuentro. María, más flaca que antes por el trabajo pero aún con las mejillas sonrosadas y llenas como manzanas maduras. Konstantín, probablemente con barba, la ropa ajada, los ojos cansados pero la mirada alegre. Tenían veintitrés

años. A su alrededor, los campos inagotables en los que el horizonte no tiene fin. Vendrían años duros, aún peores, pero ellos todavía no lo sabían.

Lo primero que hacen es construir un hogar. La casa de la calle Nekrásov es, casi con total certeza, un regalo de la familia. ¿De la familia Yakovenko o de la familia Antípenko? No tengo datos para afirmar ninguna de las dos cosas. La casa se vendió, el dinero se repartió, los papeles desaparecieron. ¿Quiénes fueron, de hecho, sus padres? ¿Quiénes fueron mis tatarabuelos?

Vuelvo a los datos que hay disponibles en internet sobre los registros eclesiásticos de la zona. Bodas y nacimientos constan en libros rayados en los que los funcionarios de la Iglesia ortodoxa apuntan nombres, fechas y lugares. No tengo acceso a más datos ya que Tokmak está ocupada por el ejército ruso y los archivos están cerrados. Por otro lado, resulta más fácil encontrar información de la época precomunista que de la comunista, cuando siempre pesaba cierto secretismo sobre cualquier tipo de documento. Los archivos soviéticos desaparecieron al mismo tiempo que el Imperio. Sin embargo, las bases de datos eclesiásticas son fiables. La Iglesia sigue siendo la misma institución desde hace siglos y con solo una corta interrupción de setenta años.

El certificado de matrimonio de Konstantín y María vuelve a ser mi punto de partida. No figura nada del nombre de sus padres. Sin embargo, cuando busco el nombre de Afanasiy Yakovenko y pongo como localización Veliky Tokmak, el buscador me arroja varios resultados. La mayoría los descarto por fechas porque es imposible que Afanasiy naciera en los mismos años o después de Konstantín. Pero hay un tal Afanasiy Martinov Yakovenko cuya partida de nacimiento no aparece pero sí consta que fue padre en 1893 de un niño llamado Konstantín Yakovenko. Las fechas encajan. Sé por la

fecha de su tumba que Konstantín nació el 17 de septiembre de 1893. En la partida de nacimiento que encuentro, la fecha que figura es el 18 de noviembre de 1893. ¿Puede deberse a una confusión arrastrada durante años? ¿De mes, de día? Es perfectamente plausible y algo común. Además, en la fecha en la que nace Konstantín, el calendario ruso sigue siendo el juliano y no el gregoriano, y Tokmak está dentro del Imperio ruso. Mi bisabuelo nace en el Imperio ruso y muere en la República Socialista de Ucrania. Mi abuelo nace en la República Socialista de Ucrania y muere en la Ucrania ocupada por Rusia. Todo ello sin moverse de ciudad.

Volviendo al registro, siento que estoy ante el documento que estaba buscando. Esta es la partida de nacimiento real de Konstantín y aquí figuran su padre Afanasiy Martinov y su madre Eufrosinia Eustafieva. La pareja tuvo, además, otros tres hijos: Marfa, Iuliania y Ioann. De todos sus hijos hay partidas de nacimiento, pero no encuentro ningún dato que certifique su matrimonio ni sus propios nacimientos. O no son de Tokmak y por lo tanto no están en el libro digitalizado, o simplemente esos datos se han perdido. Mi investigación da con un muro. Afanasiy y Eufrosinia, mis tatarabuelos, son lo más lejos a lo que puedo remontarme en mi árbol genealógico. ¿Cómo eran? ¿Dónde nacieron? ¿Dónde vivieron? Sospecho que en Tokmak, en la misma zona en la que Konstantín se establece con su mujer María, cerca de la calle Nekrásov, lo que comúnmente conocemos en Tokmak como el Rizhok, una especie de cuernito (*rig*, en ucraniano, es «cuerno») que baja de la urbe hacia la izquierda, hacia Petershahen siguiendo el curso del río. La zona, plana, está rodeada de campos negros labrados listos para dar cosecha.

Cuando era pequeña creía que también nuestro río era como el río del país mítico de los cuentos eslavos. Un río de leche que discurre entre orillas de gelatina, allí donde las montañas son de mantequilla y de los árboles cuelgan barras de pan recién hecho y oloroso. Pero en la zona en la que vivieron mis bisabuelos, el río discurre o verde o marrón y no se pueden llenar cántaros de leche en él. A ambos lados de la ribera del río crecen arbustos y abedules de troncos blancos. En verano, el sonido de las chicharras llena el aire. De vez en cuando revolotea alguna mariposa silenciosa o zumba un abejorro. A lo lejos, desde la orilla, se ven los tejados blancos y grises de las casas del Rizhok. La hierba mullida atrae al cuerpo que solo quiere tumbarse y ver pasar las nubes. En esa zona, las nubes son siempre blancas y esponjosas y, en verano, el cielo es de un azul imposible. En otoño, sin embargo, el terreno se enfanga. Cuando las tropas alemanas de Hitler llegaron allí, perdieron carros de combate y tanques en el lodo. Simplemente se los tragó la tierra. Hoy, las tropas rusas tienen el mismo problema cada otoño y cada primavera. En parte por eso la guerra está siendo tan larga. La tierra, cansada, no quiere cooperar en el derramamiento de sangre. Se embarra, atrapa los carros, atrapa a los soldados impidiendo el avance. En verano, cuando la tratan bien y la labran, da de comer. En otoño engulle todo lo que ose perturbarla. Vivir en ella supone aceptar sus reglas. Es una bendición y una condena.

Busco documentación sobre la fundación de la ciudad. No hay demasiado en los registros nacionales y todo me remite al archivo municipal que, de nuevo, me es completamente inaccesible. Encuentro en la Biblioteca Nacional de Ucrania un documento que contiene unas pocas páginas sobre la ciudad. En la explicación consta que Tokmak está ubicada en una intersección de carreteras y ferrocarriles y que tiene un enorme yacimiento de manganeso.

También que se han encontrado restos arqueológicos de cimerios, escitas, sármatas, godos, hunos, alanos, eslavos, búlgaros, jázaros, vikingos, ávaros, pechenegos, cumanos, tártaros mongoles, tártaros de Crimea, nogayos y griegos. Es decir, la mayoría son pueblos nómadas a los que la situación geográfica de Tokmak les iba bien. Son los cosacos los que se asientan en el territorio y los que, por tanto, desarrollan la zona. Aunque los propios cosacos, en su origen, no son otra cosa que campesinos que habían huido del yugo de sus imperios para vivir como hombres libres. Tokmak es, entonces, un lugar de paso, un sitio al que van a parar los hombres y mujeres con un estatus especial: ni siervos ni señores. Son capaces de hacer crecer el trigo de sus estepas pero también de hacer la guerra a lomos de un caballo. La palabra *Tokmak*, según el documento de la biblioteca, es de origen mongol-tártaro y significa «golpear» o «lugar de batalla». ¿Hubo una batalla importante en Tokmak en tiempos de los mongoles? ¿Cuando Batu Kan, el nieto del terrible Gengis Kan, asoló con sus tropas las aldeas hasta quemar Kyiv? Entonces en Tokmak residían los cumanos, un pueblo túrquico nómada. ¿Opusieron tanta resistencia que los mongoles llamaron a la zona «gran batalla» para recordar su gesta?

¿Explica algo de eso el origen de Konstantín o el de María? En parte, explica la razón por la que un campesino de una región perdida de Ucrania tenía una cadena de oro colgada al cuello en una época en la que las joyas eran símbolos de riqueza de la nobleza urbana. Un campesino de familia cosaca o un hijo de kulaks sí que podría tener un objeto tan caro. ¿Sería el caso de Konstantín? Pero en las historias familiares no consta que los Yakovenko sufrieran una deskulakización en época soviética ni que les quitasen todas las tierras ni sus caballos ni su ganado. De hecho, milagrosamente lograron conservar gran parte de lo que ya tenían antes de la

Revolución. Aun viviendo en una época difícil, mantuvieron al menos una vaca, gallinas y algún cerdo, además de un huerto en la parte trasera de la casa que daba de comer a toda su prole. En conjunto, todos esos animales eran síntoma de que incluso en los años del Holodomor, la hambruna con la que Stalin ahogó Ucrania, y el socialismo expropiatorio tenían algo que llevarse a la boca. ¿Cómo lo consiguieron? ¿Cómo lograron mantener durante la instauración del comunismo animales propios y un poco de terreno? Es algo que se me escapa. Quizás mantuvieron un perfil bajo o quizás se hicieron amigos de las personas adecuadas, alguien que pudiera defenderlos ante la inmensa maquinaria socialista. Lo que sí sé es que Konstantín fue denunciado a lo largo de toda su vida al Estado soviético por sus propios vecinos, que veían con envidia cómo sus hijos no llevaban las botas rotas, iban al colegio con las camisas limpias y no estaban escuálidos. Todas las denuncias fueron resueltas sin hallarle culpable de ningún delito contra el Estado. O supo escabullirse para que no le metieran en una de esas listas en las que también acababan los inocentes o realmente el Estado no vio ningún delito en su forma de vida.

Volvamos a la casa de Konstantín y María. Cuando acaba la guerra y empieza la Revolución, María aprovecha el dinero que había ahorrado mientras su marido estaba en el frente para comprar una vaca. Unos familiares les regalan unas cuantas gallinas y un gallo. Konstantín construye un corral en la parte trasera de la casa, en el camino que lleva al huerto. María ya no trabaja para los alemanes. La tierra hay que labrarla y ni ella ni él tienen tiempo para nada más. Calculo que en menos de un año nace su primer hijo, Matvei. Las tareas se multiplican y también las necesidades. En algún momento, Konstantín hereda unos viejos caballos. O los compra a precio de ganga en el mercado. La cuestión es que para cuando Néstor Majnó,

líder del campesinado anarquista, establece su Majnóvschina, una revolución guerrillera en los años de la Revolución bolchevique y la guerra civil rusa, mis bisabuelos tienen dos caballos que son requisados por los anarquistas. Majnó, oriundo de Huliaipole, una ciudad que hoy ha sido reducida a cenizas por el ejército ruso y que está a solo cincuenta kilómetros de Tokmak, fue paso a paso, de lo más cercano a lo más lejano. Así, la ciudad en la que vivieron mis bisabuelos fue de las primeras en abrazar el anarquismo ucraniano.

Al entrar en Tokmak, los hombres de Majnó presentan sus ideas a la población local: no son ni rojos ni blancos sino campesinos libres y quieren un autogobierno de las villas, una economía de trueque y mantener la propiedad individual del campesinado. El pueblo acepta unirse sin combates. La idea anarquista del Ejército Negro es incluso mejor que lo que proponían el Ejército Blanco de los señores del zar y el Ejército Rojo de unos señores burócratas que querían quedarse con la tierra del campesinado. Sin embargo, los majnovistas requisan todos los caballos que hay en la ciudad. Sus tropas, que llegaron a ser hasta cincuenta mil hombres, necesitan animales con los que moverse y seguir extendiendo la idea libertaria. María corre a decírselo a Konstantín, que en ese momento estaba en el mercado vendiendo la cosecha de su huerto. Él no se desanima y decide ir a dialogar. Hace unos años logró salvar su vida gracias a una negociación, ¿y si esta vez también funciona?

Konstantín se dirigió a los campos, donde le dijeron que los anarquistas se habían establecido con los caballos requisados. Al llegar a la cerca que los soldados habían improvisado, dijo: ¿Está Néstor? ¿Y tú quién eres?, le contestaron. Un amigo, dijo. Los soldados anarquistas le miraron. Tenían delante a un campesino de veinticuatro años, el pelo color de la paja, los ojos de un azul tan claro que parecían blancos, con botas hasta la rodilla y camisa

ancha, el pecho hinchado de tan recto que estaba para parecer más alto de lo que era. Néstor no está pero lo que tengas que decirle nos lo puedes decir a nosotros. Konstantín empezó su diatriba: me habéis quitado dos caballos y son los únicos que tengo, decís que vais a ayudar a los campesinos pero ahora estáis perjudicando a uno porque yo necesito a mis caballos para comer, para labrar mi tierra, para que mi hijo coma. Sin mis caballos, mi familia pasará hambre. Los hombres se miraron. Entra ahí, coge a tus caballos y vete, le dijeron. Konstantín cruzó la cerca y volvió a salir a los pocos minutos con las riendas de un caballo en cada mano. Dio las gracias y enfiló el camino a casa. María, al verle, se paró de camino a la puerta. ¿Qué es esto, Kostia? Nuestros caballos. Pero estos no son nuestros caballos, eran grises y estos son marrones. Ahora tenemos caballos marrones, María. Míralos bien, ¡han rejuvenecido por el camino!, le dijo Konstantín riéndose.

Esta era una de las historias favoritas de mi abuelo sobre su padre y solía empezar con la frase: ¿Sabes que tu bisabuelo conoció a Néstor Majnó? ¡Nada más y nada menos que a *bat'ko*! («padre» en ucraniano, y el nombre con el que los campesinos apodaron al anarquista por cuidar de ellos). Mi abuelo, comunista, jamás dijo una palabra mala de Majnó; de hecho, solo hablaba de él con el respeto con el que se habla de un héroe. Quizás porque su idea libertaria era tan buena que pecó de naíf y para 1921 ya había sido completamente borrada de Ucrania por una traición bolchevique, orquestada por Lenin y Trotski, que atacó por sorpresa al ejército de Majnó, aniquiló al movimiento y llevó a su líder al exilio en Francia, donde murió en 1934. O quizás era, precisamente, porque mi bisabuelo había logrado engañar al propio Néstor Majnó con su astucia y su picardía. ¡Se había llevado los caballos de otro, mucho más jóvenes!, decía mi abuelo a modo de moraleja. Pero, abuelo,

esos caballos eran de alguien, respondía yo. Ahora eran del ejército anarquista, si hubieran sido de alguien, que los hubieran reclamado, decía él poniendo fin al tema. La historia del caballo, la leyenda familiar de Konstantín, su habilidad para escurrirse como una anguila de los entuertos, condicionaron el carácter de mi abuelo, que, años más tarde, usaría las lecciones de su padre para sobrevivir en el mundo de la asfixiante burocracia comunista.

Después de la Revolución y con la llegada del nuevo gobierno, Konstantín y María pasan a vivir en un país nuevo: la República Soviética Socialista de Ucrania. ¿Se empezaron a considerar soviéticos? ¿Se consideraban antes rusos? ¿Qué idioma hablaban? Según un censo de 1897, en la región de mis bisabuelos el 70 % de los habitantes se consideraban «pequeñorrusos», es decir, ucranianos, ya que el nombre de entonces de Ucrania, aunque estaba dentro del Imperio ruso, era Malorossiya, Pequeña Rusia. A día de hoy, el término *Malorossiya* se considera despectivo y es, precisamente, el término que Putin usa para humillar a los ucranianos y negar su existencia como pueblo dando a entender que son solo una parte de Rusia. Y olvidando, por supuesto, que en ese caso Rusia es solo una parte de Ucrania, ya que el origen de ambos no se encuentra en Moscú sino en la Rus de Kiev, cuyo corazón es la actual Kyiv.

Probablemente Konstantín y María hablasen el surzhyk, que no es ni ruso ni ucraniano, sino un idioma ficticio que ni los lingüistas rusos ni los ucranianos consienten en calificar de dialecto. Hablado en el centro, sureste y este de Ucrania (y en algunas regiones del sur de Rusia) mezcla los dos idiomas sin usar correctamente ninguno de los dos. Una especie de *spanglish* eslavo. Es el mismo idioma que hablaba mi abuelo Víctor (no así mi abuela, Raísa, su mujer, que hablaba un ruso cristalino), y nació de la rusificación urbana de los

campesinos ucranianos, acostumbrados a hablar en las aldeas el ucraniano pero que se vieron obligados a adoptar el ruso para todos los temas administrativos. A pesar de que al principio del siglo XX la mayoría de los campesinos rusos eran analfabetos, en Tokmak había ya dos escuelas cristianas, una Talmud Torá judía, una biblioteca y un club de lectura. Fue en esas escuelas donde Konstantín y María recibieron una educación básica gracias a la cual, con el nuevo gobierno bolchevique, Konstantín empieza a formar parte de los empleados de uno de los koljoses de la ciudad.

La granja colectiva o koljós era una cooperativa agrícola creada por el Estado comunista donde la tierra, el ganado y los medios de producción eran propiedad colectiva de los campesinos. El Estado se quedaba con la mayor parte de las cosechas producidas para alimentar a las ciudades y, a cambio, los campesinos recibían un salario y podían mantener una pequeña parcela propia de tierra cultivable. En Tokmak se crean tres koljoses. Konstantín entra a trabajar en uno de ellos y, en unos años, consigue convertirse en el presidente del koljós, un cargo respetable, el máximo al que puede aspirar un campesino como él.

La vida en el koljós es dura y empieza antes de la salida del sol. Los meses de siembra y de recogida de cosecha se trabaja todas las horas de luz disponibles. Konstantín tiene que organizar cada día las brigadas de agricultores y ganaderos, cumplir con las cuotas impuestas desde el gobierno regional y, a su vez, impuestas desde el gobierno nacional y, a su vez, decididas en un despacho moscovita muy alejado de la tierra, el frío y el hambre. Todo lo que se recoge se almacena en un granero que será inspeccionado por los supervisores mandados desde el centro regional. Además, en el koljós hay un secretario del Partido encargado de la ideología y disciplina de los campesinos que vigila cada palabra que se dice,

cada apunte que se hace. Si algo es sospechoso, se da cuenta al servicio de vigilancia. En los tiempos de mi bisabuelo, es decir, una vez muerto Lenin y durante el estalinismo, es el NKVD el encargado del orden y la represión. Son tiempos de sospechas y frases nunca pronunciadas. Silencio en el trabajo, silencio en casa. Hay que ser un buen ciudadano. Aun así, Konstantín recibe varias denuncias a lo largo de su vida laboral como presidente del koljós. En los tiempos de colectividad, nadie ha suprimido la envidia y tiene enemigos, otros campesinos, que quieren su trabajo. Ninguna de las denuncias prosperó y Konstantín consiguió mantener su puesto durante décadas.

María, que también trabaja en el koljós como una campesina más, tiene más hijos. Todos los niños van a la escuela creada especialmente para el koljós donde aprenden ideología, socialismo y ateísmo. Los niños se convierten en pioneros, llevan un pañuelo rojo anudado al cuello y un pin con la efigie de Lenin. Preparados, siempre preparados, es su lema. Entre el pueblo corre otro: un paso a la izquierda, un paso a la derecha: ejecución. Significa lo que significa: el camino es uno y está marcado, pobre del que se salga de él.

La casa de María y de Konstantín ya tiene suelo de tablones de madera y no de tierra, electricidad, una alfombra colgada de la pared a modo de adorno pero también para mantener los muros calientes. No hay agua corriente y no la habrá hasta el siglo XXI. Se bebe y se cocina con el agua de un pozo situado en el patio. El aseo es una letrina construida al lado del gallinero. El baño en invierno es una palangana con agua calentada en una olla. En verano, una ducha con un bidón en lo alto que se rellena cada mañana y se calienta con el sol durante el día para tener agua templada por la tarde. En el pueblo también hay una *banya*, una sauna donde los

hombres y las mujeres se azotan el cuerpo caliente con ramos de hojas de abedul o eucalipto.

¿Creían en el Estado mis bisabuelos? ¿En el orden soviético? ¿O por la noche, cuando ya todos se habían dormido, se susurraban entre dientes lo que pensaban de verdad? La vida era dura en el koljós. ¿Habría sido más fácil bajo otros gobernantes? ¿Fue su infancia más fácil que la de sus hijos? Sospecho que, también en esta ocasión, el pobre siempre es el sometido, gobierne quien gobierne. La única opción era, probablemente, no pensar demasiado y adaptarse.

Con la llegada de los hijos y la vida profesional encarrilada, Konstantín decidió aprovechar el poco tiempo libre que tenía para hacer un bien a su comunidad. Mi bisabuelo en realidad tenía vocación de médico; concretamente, de dentista. Pero como no pudo estudiar, se dedicó al chamanismo. Los días de libranza ejercía de curandero de dientes picados y muelas podridas. A su casa iban los campesinos que no confiaban en los sacamuelas con títulos o que no tenían con qué pagarlos. Konstantín les revisaba la boca y luego ponía la mano en su mejilla y pronunciaba en susurros rápidos una serie de oraciones que él mismo se había inventado recordando la época en la que los popes daban misa en la iglesia, antes de que todo eso fuera prohibido. Cuando practicaba la sanación ocurrían siempre dos cosas: la primera era que el paciente se sentía enseguida aliviado, la muela dejaba de molestar o a los pocos días se caía sola sin mayor drama; la segunda era que sus hijos volvían del colegio llorando, con la mejilla derecha o izquierda hinchada y un dolor brutal de encías. Sabían que papá había estado curando a la gente porque, como no controlaba del todo sus poderes, aliviaba el dolor ajeno pasándoselo a sus propios hijos por medio de algún conjuro mal pronunciado.

La consulta la tenía al lado de su propia casa, en un cobertizo que habilitaron para tal función porque María se negaba a tener semejante trajín de gente entrando y saliendo de sus habitaciones. No sé el número exacto de su casa porque mi padre solo tenía dos años cuando su abuelo, Konstantín, murió y, aunque vio la casa después, antes de que la familia la vendiera, no recuerda el número que estaba pegado en su fachada de ladrillo. Si viera ahora la calle, recordaría la casa, me dice por teléfono cuando le pregunto a qué altura de la calle Nekrásov puede estar, más o menos. Ambos tenemos abierto el Google Maps, cada uno en su ordenador. En el modo satélite, la calle Nekrásov no es demasiado larga, no tanto como la calle Druzhby («De la amistad» en ucraniano) ni la calle de Volodarsky, llamada así en honor a V. Volodarsky, un revolucionario marxista asesinado en 1918. Recorro la calle moviendo el mapa. No puedo colocar el muñeco amarillo que muestra la calle como si la estuviera viendo en primera persona porque las imágenes de Tokmak tienen muy poca calidad y nadie ha nutrido el archivo de fotografías. Desde arriba, la calle tiene casas a ambos lados y todo es de un color entre negro y marrón oscuro por culpa de la tierra negra de esta parte del mundo. Casi paralelo a la calle, solo unos pocos metros al sur, discurre el río Tokmak, que da nombre a la ciudad y fue clave para su fundación. Un poco más arriba, al este, están la iglesia ortodoxa y el cementerio. ¿Ves los tres álamos de la esquina?, me pregunta mi padre por teléfono. Ahí es donde están enterrados tus bisabuelos. Entras por la entrada principal del cementerio y bajas por el camino de en medio hasta los álamos y ahí están sus tumbas. Todavía las recuerdo, dice mi padre. Los álamos dan una sombra muy bonita, dice. Es un lugar de paz.

La imagen del satélite tiene muy poca calidad y no se ven las lápidas ni siquiera desde arriba así que solo me las puedo imaginar.

Después de colgar, mi padre me manda tres fotografías. La primera es de la lápida de Konstantín: nacido el 18 de noviembre de 1893 y muerto el 14 de julio de 1970. La segunda es de María: nacida el 6 de junio de 1893 y muerta el 11 de noviembre de 1967, un año antes del nacimiento de mi padre, su nieto. La tercera fotografía es de Aleksandra, hija de María y Konstantín, hermana de mi abuelo: nacida en 1923 (no pone ni el día ni el mes) y muerta el 8 de septiembre de 1947 a los veinticuatro años. En 1923 es cuando acaba oficialmente la guerra civil rusa y también el año en el que Tokmak se convierte en el centro administrativo en la zona. Durante los años de la guerra entre los rojos y los blancos, de la que también se aprovecharon los anarquistas, majnovistas y nacionalistas, tanto Rusia como Ucrania viven momentos de inestabilidad. Acabamos de salir de la Primera Guerra Mundial, un nuevo imperio se está creando y las bases de su definición se construyen con mano dura y violencia. La revolución será sangrienta o no será.

Aleksandra, la segunda hija a la que entierran mis bisabuelos, aparece en su lápida con dos gruesas y oscuras trenzas. Su cara, rellena y con los mofletes aún redondeados, le da un aire infantil, como si acabara de abandonar la adolescencia. En realidad es una copia exacta de su madre María. Sin embargo, en la lápida no aparece con el apellido Yakovenko sino con el de Ter, el de su marido. Llamo a mi padre de nuevo. ¿De qué murió tu tía Aleksandra?, pregunto. Es una larga historia y nadie quería hablar de eso nunca, responde. Cuéntamelo ahora. Mi padre no guarda silencio sino que dice como con prisa: su marido la pegaba. ¿Murió de una paliza? No, su marido la pegaba. ¿No es lo mismo? Nadie quería hablar de eso pero yo una vez oí a la tía Valentina y a tu abuelo discutir sobre el tema. La tía Valentina decía que murió de cáncer y tu abuelo dijo que el cáncer le había dado por las palizas de

su marido, al que llamó alcohólico y cabrón. Tu abuelo hablaba mucho de su hermana Aleksandra, fue la que lo crio de pequeño.

Cuando murió Aleksandra (o cuando su propio marido la mató) Víctor tenía ocho años. La muerte de Matvei la convirtió en la mayor de los hermanos y, probablemente, cuando nació Víctor ella se hizo cargo de él descargando a su madre de parte de sus tareas, ya suficientemente numerosas entre mantener la casa, cuidar a cinco hijos y al marido. Aleksandra tenía entonces dieciséis, una edad en la que las muchachas pensaban en casarse para dejar de ser una carga para sus familias. Sin embargo, la guerra interrumpió sus planes y tuvo que esperar a que acabara para irse de casa. Probablemente su marido era uno de esos soldados que habían recorrido Europa luchando contra el nazismo y que había vuelto a casa convertido en un ser violento y traumatizado que pagaba todos sus traumas con la única persona que había aceptado estar a su lado. No tuvieron hijos. La vida de Aleksandra se resumió en nacer durante los años del caos, ayudar a su madre con las tareas del hogar, cuidar de sus hermanos pequeños durante la guerra y luego morir a manos del hombre con el que había visto la posibilidad de iniciar una vida propia.

De todos los hijos que tuvieron Konstantín y María, Aleksandra es la única cuya tumba está a su lado, en el mismo trozo de tierra negra, el único lugar del mundo que conoció, bajo los tres álamos protectores, esos que dan tan buena sombra y que, cuando se mecen con el viento, susurran una música tranquila. Una nana apacible. Un lugar en el que sus padres dispusieron ser enterrados dos décadas más tarde en un último intento de estar al lado de la hija a la que no supieron proteger en vida.

Solo tengo tres fotografías de mi bisabuelo Konstantín Yakovenko. En la primera de ellas, Konstantín y María aparecen sentados en

primer plano sobre unas sillas. En segundo plano, una muchacha joven, que no sé quién es, con un abrigo de lana apoya las manos sobre sus hombros. Las caras de mis bisabuelos, surcadas de arrugas, indican que deben tener más de sesenta años. Konstantín tiene el pelo blanco peinado hacia el lado derecho. María lleva un pañuelo de lana que le enmarca la cara. Él, vestido con una chaqueta de traje negra y una camisa de cuadros, rodea con su brazo los hombros de ella. En los pies, unas enormes botas de fieltro o *valenkis*. Ella lleva una camisa gruesa y una falda estampada de rayas que parece de lana. La misma foto sirvió para luego adornar sus lápidas. En la segunda foto que tengo, Konstantín aparece solo sujetando a uno de sus nietos con un perro. Lleva una camisa blanca ancha y, por la manga corta del niño, deduzco que es verano. La tercera es una foto familiar tomada después de la guerra. Él aparece de nuevo sentado en una silla de madera al lado de su esposa María, rodeados por los hijos de ambos, entre ellos mi abuelo, que entonces debía tener cerca de veinte años, el más alto de la foto aunque solo llegó a medir 1,70 en sus años más erguidos. Entre mis bisabuelos se sienta una niña rubia que no sé quién es. Al lado de mi bisabuela, una mujer de anchos mofletes enmarcados por el pañuelo blanco de su cabeza, ojos achinados y la única que sonríe en la fotografía, se sienta una muchacha morena con tacones y ojeras. Es Marusia, la prima segunda de mi abuelo, tía de mi padre. Marusia y su marido son mis parientes judíos aunque nadie sabe explicar con exactitud de dónde nace esta rama hebrea de mi familia. A finales de los ochenta, cuando el gobierno soviético les dio permiso a los judíos para volver a su tierra prometida, ella, su marido y sus hijos empaquetaron sus cosas y se fueron a vivir a Israel, lugar en el que nunca habían estado y del que desde entonces no han salido. Nunca los he conocido. ¿Cómo consiguió

Marusia demostrar que era judía? La versión más plausible es que lo era de verdad, es decir, que no era de nuestra familia, sino que Konstantín y María la acogieron durante la Segunda Guerra Mundial, siendo aún una niña, y la criaron como si fuera una de sus sobrinas. Al inicio de la guerra, en Tokmak había 1.898 judíos. Cuando la ciudad fue tomada por los nazis se produjeron varios asesinatos masivos, el último de ellos en 1943, meses antes de la liberación de la ciudad. ¿Era Marusia la hija de algún amigo de la familia? ¿Por eso mis bisabuelos la protegieron dándole sus apellidos aun a riesgo de ser descubiertos? Konstantín no fue llamado a combatir en la Segunda Guerra Mundial por ser padre de familia numerosa. Se quedó en casa con su mujer y sus hijos y vivió la ocupación alemana plegándose a la voluntad de los soldados nazis, que le exigían comida, huevos, leche y carne de la granja colectiva. Cuando Tokmak fue liberada en 1943, Iván, el hermano de mi abuelo, tenía diecisiete años. Quedó tan impresionado por el Ejército Rojo que se enroló en la unidad de tanquistas que pasaban por Tokmak y los acompañó por el resto de Europa abandonando a sus padres en casa. Su carrera militar fue larga. Al terminar de liberar Europa, entró a formar parte de la KGB. Su función fue la de perseguir a los nacionalistas ucranianos del oeste que habían colaborado con el nazismo. Cuando se retiró, volvió a Tokmak y creó un negocio clandestino por el que fue condenado a varios años de cárcel. Mi abuelo lo liberó sobornando al funcionario de prisiones con la carne de un jabalí. El funcionario, diligentemente, hizo desaparecer el expediente de Iván, como si nunca hubiera pisado la cárcel. Unos años después, Iván murió de cirrosis por alcoholismo.

Mi abuelo nunca me hablaba de su infancia. Cuando me propuse escribir este libro después de su muerte, me di cuenta de que, en realidad, no sabía nada de su vida. No sabía quién era Víctor

Konstantínovich, hijo de Konstantín y María, nacido en 1939 en Tokmak, en una guerra. Muerto en 2022 en Tokmak en otra guerra. Se me escapaba absolutamente todo de él. Cuáles habían sido sus sueños, sus angustias, sus desilusiones. Nunca decía frases como «de pequeño quería ser piloto» o «en la mili me hice amigo de Nikolái y fui a visitarle varias veces a Irkutsk», ni siquiera hablaba de cómo conoció a mi abuela o cómo fue su boda. Recordaba, sin embargo, cómo fue de pequeño mi padre, su único hijo, el hijito querido, rebelde y a veces cafre viniendo de unos padres tan correctos, pero, al mismo tiempo, el hijito al que sacaban de cualquier apuro utilizando sus influencias. Mi padre fue el centro de la vida de mis abuelos y todo lo que sé de la infancia de mi abuelo, su adolescencia y su juventud es una reconstrucción de los recuerdos de mi padre. A partir de su cincuenta y tres cumpleaños, Víctor se convierte en mi abuelo. Los restantes treinta años que vivió son mis recuerdos.

La infancia de mi abuelo transcurrió durante la posguerra y la dictadura estalinista. Tokmak no fue liberado hasta 1943, cuando mi abuelo, que sobrevivió milagrosamente, ya tenía cuatro años. La batalla por la ciudad fue tan sangrienta como lo fue toda la Segunda Guerra Mundial para la Unión Soviética. Al final de la guerra, entre la ocupación alemana y los combates por la toma de la ciudad, en Tokmak murieron unas 5.000 personas. De las que quedaron vivas, 5.580 recibieron condecoraciones por su participación en la defensa de la ciudad. En el censo soviético de Tokmak, la ciudad tenía 29.700 habitantes. Ni siquiera en 1959 había logrado recuperarse de la pérdida poblacional. El censo arroja en ese año 28.575 habitantes. Pero la peor parte se la llevaron de nuevo los judíos. De todos los judíos que había en la ciudad, en los registros no queda ninguna familia. Se sabe que, en 1941, los nazis fusilaron a más de 164

judíos, entre ellos familias enteras con niños, en un mismo día. Los enterraron en una fosa común ya medio olvidada entre la maleza en tiempos en los que Ucrania era una democracia y completamente abandonada ahora que Tokmak está ocupada por los rusos.

De nuevo la ocupación. De nuevo el sometimiento de una ciudad pacífica por la fuerza y la violencia. De nuevo el pillaje, las expropiaciones, las vidas acabadas, suspendidas, que no sabes si volverán a arrancar, como un coche viejo tras una noche helada, la inmigración forzosa hacia lugares donde sentirse relativamente a salvo o, al menos, no subyugado por un gobierno que valora la muerte por encima de la vida. A veces pienso que es una suerte que mi abuelo aguantara menos de dos meses la ocupación rusa. Que es una suerte que muriera tan pronto.

¿Tenía mi abuelo recuerdos de la guerra en la que nació? Creo que era demasiado pequeño. Aunque se supone que tenemos recuerdos de nosotros mismos desde los dos años, exactamente la edad que tenía cuando los alemanes ocuparon Tokmak, si algo quedó en su memoria de aquellos años, no quiso nunca hablar de ello.

Tardé en darme cuenta de que mi abuelo solo hablaba de lo que se sentía orgulloso y por eso nunca hablaba de su infancia. Lo que se omite no existe y si no existe, no duele, pero, sobre todo, si no existe se abre la posibilidad de que en realidad las cosas fueran de otra manera. Cada vez que mi abuelo callaba sobre aquellos días de posguerra y estalinismo, abría la puerta a la opción de que yo imaginara una vida diferente. Si no relacionaba con él la pena, el garrote de la dictadura, si esa posibilidad no existía en mi cabeza, entonces la vida también sería más ligera para mí. Su infancia fue fea como es fea la vida de cualquiera que forma parte de la masa sin nombre. De los hombres no ilustres. De los apellidos que no nombran calles. De antepasados no heroicos. Todos esos que somos

solo una piedrecita en la alta montaña. Nos gustaría ser el Everest pero solo somos una roca cualquiera, gris, con moho. Formamos parte de algo grande pero no somos grandes. Mis abuelos, sus padres, todos mis antepasados, eran gente insignificante que aún en vida no existían para la Historia. Muertos son solo mi recuerdo. Todo lo que tengo de ellos es este nombre, el color del pelo, cierta forma de arrugar los ojos al reír. Unas cuantas fotografías en blanco y negro cuya imagen se emborrona cada año que pasa. Todo lo que me legaron fueron un par de historias, ningún diario, ninguna carta, unos recuerdos frágiles almacenados en una memoria que también irá enturbiándose.

Pero si pienso en ellos vivos, tengo que pensar en todas aquellas cosas feas que Víctor omitió. Tengo que pensar en cómo, durante la ocupación, los alemanes tomaron el control del Ayuntamiento y del koljós que dirigía mi bisabuelo. Cómo lo llamaron un día y le dijeron que, a partir de entonces, todo el grano, toda la carne, toda la leche que produjera, iría a parar a las bocas de los soldados nazis. Sin opción a réplica. Sin alternativa. El que conquista es el que impone sus normas. El conquistado se somete. Dejaron al pueblo en la miseria. Solo podrían disponer de un kilo de patatas de cada diez producidos, de un bidón de leche de cada diez, a repartir entre todas las casas del Rizhok. Imagino que Konstantín se frotó las manos, que bajó la cabeza, que volvió resignado a casa y al día siguiente, al alba, volvió a ir al koljós a organizar las pocas brigadas de trabajadores que le quedaban. La mayoría de los hombres adultos habían sido mandados al frente, y los que quedaban habían sido apresados por los nazis para sus campos de trabajo forzoso o todavía resistían en los pueblos. La producción no sería buena. Habría hambre. El hombre que se encargaba de alimentar al pueblo sabía que este año no todos comerían. Y sabiéndolo, se puso a

trabajar siguiendo las órdenes de los alemanes. Es comunista, ¿saben?, denunció una vecina a los comisarios nazis esperando que se llevaran a Konstantín y que su marido pudiera ocupar el puesto del koljós. Pero el comisario ni siquiera tomó nota de la denuncia. Claro que sabían que era comunista, ¿no lo eran todos? Europa estaba llena de esos comunistas y ahora los campos de trabajo también. Pero también los comisarios tenían que comer. ¿Qué más le daba a él si le alimentaba Konstantín o lo hacía cualquier otro? La denuncia fue archivada. Mi bisabuelo siguió con vida.

¿Se asustaría Víctor cuando unos golpes en el cristal de la ventana le despertaron por la mañana? Su hermana Aleksandra le cogió en brazos. María fue corriendo a la puerta. Desde la calle se oyó a los alemanes gritar: *mleko!*, *jajka!* Leche, huevos para el desayuno. No sabían decirlo en ucraniano ni en ruso así que lo exigían en polaco, un idioma con el que llevaban años familiarizados. Ya tenían la comida que les destinaba el koljós pero querían más. Y, sobre todo, lo que querían era hacer rondas de vez en cuando para mantener la tensión, para mantener el pavor tras las ventanas, para que todos supieran que los que tenían el poder eran ellos y que podían usarlo cuando les viniera en gana. Inesperadamente. De noche o de día. También les gustaba hacer las rondas para ver en qué casas seguía habiendo chicas guapas.

No, mi abuelo no quiso recordar todo eso, y si lo recordaba, prefirió ahogar esas memorias en su interior. Tampoco recordó cómo a todos aquellos que no cumplían las nuevas normas los ejecutaban. A los que ayudaban a los partisanos que se escondían en los bosques, también. Los que se rebelaban no llegaban a la cena para contarlo. ¿Acallarlo fue una forma de evitarlo? ¿O solo fue una consecuencia natural, una característica propia del momento y el lugar? Después de la guerra, el silencio cayó sobre Tokmak, sobre

Ucrania, sobre la Unión Soviética. Denso como el humo de las hogueras un día sin viento. Pesado como un abrigo mojado. Un poco viscoso. El silencio fue como un coma, una narcosis colectiva que educó a ciudadanos atemorizados, que en medio de la vastedad de las estepas tenían que conformarse con la estrechez de un discurso, de una forma muy concreta de ver la vida. Un paso a la izquierda, un paso a la derecha...

¿Dónde quedan todos esos pensamientos que no se pronuncian? ¿Esas conclusiones a las que llegas pero no puedes ni siquiera escribir en una libreta por miedo a los ojos que están por todas partes? Las paredes escuchaban, y si no eran las tuyas las que estaban vigiladas, no importaba, porque sabías, porque habías visto, porque se habían encargado de explicarte que al vecino Petia, el que vivía al otro lado del río, se lo habían llevado a un campo. Diez años de condena por un delito tan vago en su nombre como en su forma. Los Petia del país estaban en todas partes, agazapados tras sus ventanas, planeando ponerle fin a un gran imperio con sus ideas indignas, apagar la luz de ese futuro luminoso que estaba a la vuelta de la esquina y al que solo llegaríamos de la mano del Partido. Te lo repetían tantas veces que cuando estabas en la cama, en la oscuridad, tú también te preguntabas si no tendrías ideas deshonrosas dentro de tu cerebro. Ideas de traición. Hoy he mentido sobre los deberes, ¿estaré traicionando a mi patria?

Esas ideas jamás pronunciadas se acabaron perdiendo para siempre. Lo que mi abuelo sí me contó fue como, al terminar la guerra, su padre volvió a ejercer de director del koljós y la granja vivió un nuevo repunte glorioso de buenas cosechas. No faltaba el trabajo sino manos para conseguir cumplir con todos los objetivos. En esa época en la que no existía el desempleo, a los que no querían trabajar se los consideraba holgazanes, parásitos sociales. Casi

siempre se trataba de pobres diablos tirados en las calles después de una buena curda a base de algún destilado casero. Pero como en 1936 Stalin proclamó en la Constitución su famosa frase «quien no trabaja, no come» parafraseando al propio san Pablo, la *militsia*, la policía, hacía rondas por el pueblo recogiendo a esos despojos de la sociedad a los que les podían caer de uno a dos años de trabajo forzoso que, casi siempre, se quedaban en trabajo obligatorio dentro del koljós o de alguna fábrica. Esa idea del vergonzante parasitismo social se quedó en Víctor tan adentro que consideraba indecente que un hombre dedicase su tiempo a algo que no fuera en el bien del Estado e hizo que, una vez jubilado, cuando la Unión Soviética ya no existía, siguiera trabajando a media jornada, incapaz de tomarse unas vacaciones de la vida.

La vida en el Rizhok era tranquila. Los niños jugaban en las calles ante la nula vigilancia de sus padres. Después de la muerte de su hermana Aleksandra, que tuvo que ser el episodio más doloroso de su infancia, Víctor empezó a pasar más tiempo fuera de casa que dentro. Sin la vigilancia de Aleksandra y con unos padres cada vez mayores, siendo el último hijo de todos, gozó de una libertad que ninguno de sus hermanos había tenido. En invierno corría con sus amigos al río helado a jugar a hockey sobre hielo con unos palos improvisados con simples barras de madera y sin patines, ya que nadie tenía dinero para un objeto tan caro. Jugaban a tirarse del trineo, a empujarse a la nieve esponjosa, a ver quién era capaz de comer más nieve y luego intentar hablar con la lengua helada. En verano, cuando no tenía que llevar a la vaca a pastar o vigilar a las ocas, el río volvía a ser el punto de encuentro. Chapoteaban como ranas en las aguas verdes y se tostaban tirados sobre la hierba hasta que su piel adquiría un tono de cuero viejo. Debo tener sangre gitana, mira cómo me pongo en verano, me decía siempre mi

abuelo, y yo tocaba maravillada esa piel tan oscura de pronto, tan diferente de la mía, que acumulaba años y años de sol.

Los años fueron pasando, la nieve se derritió y volvió a caer. Entrando en la adolescencia, a Víctor le permitieron ir al club. Llamaban club a un centro cultural con discoteca y cine que habían instalado en la antigua iglesia expropiada y desacralizada, la misma que hoy se ve al lado del cementerio y que vuelve a ejercer sus funciones prerrevolucionarias. En el club se producían los primeros flechazos, los besos escondidos. Se probaba el alcohol y luego se probaba la valentía. ¿A que no te atreves a entrar al almacén y robar los candelabros de oro? Y vaya si se atrevían, con el recién estrenado valor y la desfachatez que acompañaba al vodka. Pero en el almacén descubrían que los candelabros hacía tiempo que habían desaparecido y no quedaban más que trastos y las campanas del viejo campanario. Y entonces empezaba de nuevo: ¿a que no te atreves a tirar las campanas en la casa de Kolia, entre el estiércol?

Víctor solía ir a todas partes con su vecino y compañero de pupitre Antón, que tenía en su casa una pequeña biblioteca porque sus padres eran profesores de colegio. De vez en cuando, también mi abuelo cogía algún libro que hojeaba en casa ante la desaprobatoria mirada de su madre. La educación estaba bien pero demasiado conocimiento te volverá loco, decía ella. Y el tiempo le dio la razón cuando a Antón, al mismo tiempo que empezaba a cambiarle la voz, se le inundó la cabeza de ideas extrañas, voces que le pedían que hiciera cosas, olores que no venían de ninguna parte y que le exasperaban. Nadie sabía lo que era la esquizofrenia y Antón fue tildado de loco y María, cada vez que volvía a ver a su hijo Víctor con un libro entre las manos, no dejaba de recordar su historia: ¡suéltalo o también acabarás demente!

Y Víctor soltó los libros. Terminó la escuela obligatoria y a los catorce años fue a pedir trabajo en el mismo koljós al que sus padres habían dedicado su vida entera. Ese mismo año murió Stalin.

¿Lloró tal y como habían llorado millones por la muerte del líder? ¿Sintió el abismo? ¿Respiró aliviado sin saber muy bien por qué? En Moscú la gente moría en avalanchas humanas intentando llegar a la capilla ardiente del guía del imperio. *Guía*, así le llamaban. *Vozhd*, *vozhd*, *vozhd*. Y el pueblo necesitaba a un amo. El país había quedado huérfano. ¿Quién nos mostrará ahora el camino correcto? Víctor entonces oyó en casa algo que nunca había sospechado, un conato de insurrección. Konstantín, sentado a la mesa del comedor con una taza de té en las manos. Día de luto nacional, ni siquiera los campos necesitaban ser arados. María restregando la cocina con un trapo. Afuera los árboles todavía permanecían sin hojas, helados, faltaban semanas para la primavera. Nunca he entendido de qué iba todo esto de la Revolución. ¿Para qué? Antes también vivíamos bien y teníamos de todo. Konstantín mirando su taza después de haberlo dicho. María, que se da la vuelta y dice calla, calla, idiota, qué dices, ¿te has vuelto loco? Y Víctor sintiéndose ridículo, como cuando desde la primera fila del teatro ves el maquillaje de los actores y te das cuenta de que no es la vida lo que está sobre el escenario sino una burda representación de la realidad. Que la vida, la vida verdadera, ocurre al otro lado de la pared, tras las puertas cerradas. Si ni siquiera la Revolución era sagrada, ¿qué lo era entonces?

Tokmak crecía impulsado por el desarrollo y el progreso de la maquinaria. Aunque el Rizhok continuaba siendo tres calles planificadas siguiendo el curso del río con sus casas bajas de tejas rojas y sus huertos en los que el alba siempre la anunciaba el cacareo del gallo, el resto del pueblo se estaba convirtiendo en ciudad. En los seis años anteriores a la guerra, Tokmak pasó de

8.100 habitantes a 29.700. Pero la victoria impulsó también un entusiasmo que no ha vuelto a repetirse. Las chimeneas de la fábrica Kírov empezaron a expulsar humo negro de nuevo. La fábrica antes llamada Progreso Rojo, responsable en los años veinte de producir los primeros tractores mecanizados de toda la Unión Soviética, se convirtió en el centro y corazón económico y social de la ciudad. Si Tokmak crecía era porque a la fábrica le iba bien. Venían gentes de todas partes a trabajar en sus instalaciones, incluso de lugares tan remotos como Uzbekistán o regiones del extremo norte ruso. En los cincuenta, la planta Kírov empezó a producir motores y generadores diésel y llegó a emplear, unos años después, a hasta diez mil trabajadores de la ciudad, siendo el principal empleador en un lugar que vivía por y para los motores.

También Víctor quería formar parte de ese portento del progreso, así que, cuando dejó el colegio, pidió en el koljós trabajar en la brigada de los tractoristas, para estar un poco más cerca de la gran maquinaria. Entre el olor a combustible y el ruido ensordecedor que silenciaba a todas las bestias que habitaban el campo, se dedicaba a arar, roturar, sembrar la tierra negra levantando una nube de polvo a su espalda. Se le daba bien el trabajo. Era habilidoso y estaba siempre dispuesto. En realidad, buscaba un motivo por el que seguir bregando para el Estado. La frase de su padre le había inoculado la duda dentro del cuerpo y quería expiarla a través del sudor y el esfuerzo. Pero las dudas no son tan fáciles de eliminar y llegó un momento en el que Víctor se dio cuenta de que si todo era una farsa, si todo era un juego, entonces intentaría convertirse en el mejor jugador. No por el progreso del país sino por su propio, egoísta e individual bienestar. Había unas reglas y estaba dispuesto a seguirlas, pero si hacía falta saltárselas, hacer trampas, coger el camino más corto, no veía en ello el problema, la inmoralidad, la

deshonestidad. Porque, al fin y al cabo, no eran sus reglas, ¿no? Y si todo era una farsa, y ahora él lo sabía, lo tonto habría sido seguir creyendo que la mentira era verdad.

A los quince años se convirtió en uno de los mejores tractoristas del koljós y, un par de años después, se fue a la mili. Le destinaron lejos, a la ciudad de Arcángel, en el extremo norte ruso, a dos mil cien kilómetros en línea recta desde Tokmak. El puerto de la ciudad, que permanece helado ocho meses al año, da al mar Blanco. En julio, el mes más cálido, las temperaturas apenas superan los dieciocho grados. Las noches blancas y el eterno crepúsculo le dan a la ciudad un aire romántico, de infinitas posibilidades. Era la primera vez que Víctor salía de Tokmak. El paisaje, tan distinto al apacible campo ucraniano, es un cambio de perspectiva pero también un reto.

Víctor acaba sirviendo en las tropas de Comunicaciones del Ministerio de Defensa de la Unión Soviética, donde décadas después también hace la mili mi padre. Tres años de escuchas, cables de radio y pruebas militares en una de las unidades más prestigiosas del ejército porque dependía directamente de la KGB. Allí conoce a mucha gente, chavales de todas partes del gran imperio, entre ellos a un chico algo desgarbado, un judío de Odesa apellidado Ruda. Se hace muy amigo del tal Ruda, que sobrevivió milagrosamente primero a los pogromos de la ciudad y después a la Segunda Guerra Mundial con sus padres. Toda su familia, odesita, forma parte de la élite intelectual de la comunidad judía de la ciudad y Ruda tiene la intención de convertirse en pintor como su abuelo. Forman una alianza, el tractorista y el pintor, el hijo de campesinos ortodoxos y el hijo de intelectuales judíos. Pasan la mayor parte del tiempo juntos, se apoyan en el cuartel, se tapan las calaveradas, hoy por ti, mañana por mí. Son como los tres mosqueteros pero si dos de ellos

hubieran perdido a su tercer compañero. De hecho, a veces inventan a un tercero, a alguien que está en algún lugar lejos de ellos, en apuros. Le llaman *Artem* haciendo referencia a Aramis, a veces se dirigen a él como Tioma. En los días libres, cuando recorren a la ciudad y conocen chicas en los antros de Arcángel, hablan de Tioma como si fuera a volver en cualquier momento. Tioma estuvo una vez en París, cuentan a las chicas intentando impresionarlas. Ahora no está aquí Tioma, porque salió una oportunidad y ha embarcado en un submarino que lo va a llevar hasta las mismas profundidades de la Tierra. Tioma vive constantemente aventuras mientras ellos, sus fieles amigos, lo esperan en tierra y pregonan sus hazañas a todas las que quieran escucharlas.

Se divierten Ruda y Víctor. Saben que un día el servicio militar acabará y que tendrán que volver a sus ciudades, a la luminosa Odesa, a la provinciana Tokmak, a convertirse, esta vez sí, en hombres, en adultos con responsabilidades y preocupaciones. Que tendrán que formar familia, conseguir el carnet del Partido, empezar a vivir conscientes de no cometer ningún tipo de desliz, de no llamar demasiado la atención. Una noche, antes de dormirse en el catre, Ruda le confiesa a Víctor que en realidad le gustaría irse lejos, ver lo que hay más allá, convertirse en un gran pintor como Frenkel, como Manievich, incluso, por qué no, como Chagall, también judío. Viajar por el mundo como Tioma, el bueno de Tioma y sus peripecias, yo quiero vivir la vida que le hemos inventado. Víctor calla, se da cuenta de que su mundo es más estrecho, que Konstantín y María lo han hecho lo mejor que han podido pero ¿qué le han enseñado? ¿A ordeñar las vacas, a montar el caballo? Que la estepa que ha sido siempre su vida, sus colinas suaves como panzas de animales dormidos, sus abejorros, sus florecitas olorosas, es tranquila, es buena pero también es limitada. ¿Y tú qué quieres hacer?, susurra

Ruda. Víctor se lo piensa un rato y al final confiesa no lo que le gustaría sino lo que cree que se merece de acuerdo a sus posibilidades. Me gustaría ser electricista pero no terminé el bachillerato. Ruda se gira en la oscuridad. ¿Cómo? ¿No tienes estudios? Eso no lo podemos permitir. Mañana te conseguimos unos estudios. ¿Qué dices? Se ríe Víctor.

No fue al día siguiente sino a las tres semanas cuando Ruda apareció ante él con un papel timbrado con el emblema de la Unión Soviética. En la hoja, con caligrafía de funcionario, ponía: Yakovenko Víctor Konstantínovich, nacido el 14 de junio de 1939 en la ciudad de Tokmak. A continuación se detallaba que el tal Víctor había acabado el bachillerato con una nota de cuatro sobre cinco. El certificado venía además compulsado con un sello original del Ministerio de Educación. Son tus estudios, le dijo Ruda tendiéndole el papel. Ahora ya puedes ser electricista o lo que quieras. Víctor lo miró desconcertado. ¿Cómo...? ¡Un cuatro sobre cinco! Lo hiciste bien, dijo Ruda riendo. ¿Cómo has conseguido esto? ¿Tu certificado escolar? Me lo acaban de mandar. Por lo visto se te olvidó que lo tenías. Yo... Vitia, coge el papel, es oficial, no hagas más preguntas. Me podrías haber puesto un cinco, ya que estabas. Ruda se rio. ¡Serás capullo!

Tengo una foto de mi abuelo en su primer año de servicio. Una foto de buena calidad, nítida, en blanco y negro pero con los grises bonitos y bien definidos en un papel mate granulado. En ella, bajo la gorra con visera y el emblema de la estrella roja, los ojos de mi abuelo se ven claros, casi blancos, de ese azul níveo que siguieron siendo el resto de su vida. Mi padre heredó los mismos ojos y después los heredó mi hermano. Yo, en cambio, heredé los ojos de mi abuela, la madre de mi padre. Un verde turbio, a veces gris, traicionero, dependiente del tiempo y de mi humor. En la foto, la

mirada de mi abuelo anticipa ya el hombre que será. Determinado pero amable. Tenaz pero sin forzar, sin tirar demasiado de la cuerda, sin hacer nunca que se rompa. Tan distinto a la que luego sería su esposa, cuyo carácter arisco y obstinado la convertiría en una mujer solitaria, el terror de su oficina. No se dejaba pasar ni un solo error y de los demás esperaba el mismo comportamiento intachable. Sin embargo, Víctor era divertido, siempre con alguna ocurrencia en la punta de la lengua. Y en su fotografía del servicio militar ya se percibe esa media sonrisa un poco burlona, algo que dice que la vida se acaba cuando empezamos a tomarla demasiado en serio.

No sé si volvió a encontrarse con Ruda. No sé si Ruda se convirtió en un pintor famoso tal y como soñaba. Haciendo una búsqueda rápida de su nombre, no consigo que Google me devuelva ningún resultado fiable. No sé si Ruda emigró. Si fue a la embajada de Estados Unidos a pedir asilo o si lo hizo en la de Canadá. Si llegó a ir a París como Tioma. Lo que sí sé es que mi abuelo nunca se olvidó de él. Su compañero. Su primer amigo adulto, unido a él por las circunstancias del servicio militar en esa ciudad helada con nombre bíblico. Antes de despedirse, Ruda, con sus dotes artísticas, le hizo a mi abuelo un último regalo: una gaviota pequeñita y azul tatuada entre el dedo índice y el pulgar en la mano izquierda. Un pajarito que de pequeña me fascinaba. Un abuelo tatuado en un país en el que los tatuajes eran propios de los criminales. Y ese pajarito, tan diminuto, tan inocente, era aún más subversivo que los dibujos carcelarios porque entre ala y ala contenía el recuerdo del amigo y la promesa de los tiempos de libertad.

A partir de aquí, tal y como Víctor y Ruda habían previsto durante los años de servicio, la vida se acelera. Mi abuelo vuelve a Tokmak. El koljós ya no es su única opción y decide que la época de los tractores ya acabó para él. Además, Konstantín y María ya están

jubilados y la granja está en manos de otra familia. Más jóvenes, más modernos y tecnológicos, más acordes a la época de Jruschov. Unos buenos comunistas que no han conocido nada que no sea la Unión Soviética, una nueva generación forjada en el fuego de la Revolución, creyente en las bondades de la patria de los proletarios. Konstantín sabe de la trampa en la que ha incurrido su hijo pero aun así le anima a estudiar. Al fin y al cabo, no es otra cosa que carne de su carne, sangre de su sangre. Esta vez no son unos caballos sino un certificado falso, pero ¿no es eso lo mismo? ¿No es el mismo crimen? La mentira puede ser grande o pequeña pero, en esencia, será siempre un engaño. María vuelve a recordarle a su hijo que no pase demasiado tiempo ante los libros, que llevan a la locura. Muertos sus dos hijos mayores, con Iván trabajando para la KGB, Valentina recién casada y Nikolái, que ya va por el mismo camino, Víctor, el hijito pequeño, es el último que le queda en casa. La misma casa de la calle Nekrásov donde ha pasado toda su vida adulta.

Víctor se apunta al Instituto Técnico a estudiar Electricidad y, por las tardes, decide ir de oyente a la escuela nocturna a pesar de tener ya el título de bachillerato. Dice que quiere refrescar lo que aprendió. En el fondo lo que ocurre es que considera que no hay hombre más miserable que el que se engaña a sí mismo, el que se cree sus propias mentiras. Las mentiras están para los demás pero uno, adentro, consigo mismo en su monólogo interno, debe ser siempre sincero o corre el riesgo de perderse, de dejar de saber quién es. Solo los cobardes y los arrepentidos quieren dejar de saber quiénes son, olvidar de dónde vienen, creerse las ficciones que les cuentan a los demás. Él no es un cobarde y está aún muy lejos de saber lo que es el arrepentimiento. Ahora toca sobrevivir, hacerse un

hueco en la sociedad, conquistar un espacio. Y para eso debe estar lúcido.

Entra a trabajar en el cuerpo de electricistas de la ciudad. Aquí, y durante varios años, pierdo su rastro. Sé, por fechas, que ejerció al menos un lustro, quizás una década. Pero ¿cómo vivía? ¿Qué hacía en su tiempo libre? ¿Iba al cine? ¿Leía libros? ¿Quedaba con chicas bonitas buscando una esposa? Lo que tengo seguro es que se apuntó al Partido Comunista. No todos los obreros tenían que formar parte del Partido pero sí era obligatorio para todos los que querían ascender, tener cierta responsabilidad, ejercer en un futuro algún cargo respetable. Sospecho que lo que más ambiciona Víctor es ser alguien. Hijo de campesinos, nieto de campesinos, ve en la nueva sociedad de burócratas una oportunidad para lograr un puesto no con las manos sino con la cabeza. Para ello hay que empezar a jugar a la política. No a ejercer la política, eso queda reservado solo para los santos apóstoles del proletariado, sino a ser uno de esos hombres medios, comprometido con la causa pero de perfil bajo, lo bastante activo para que sus jefes le vean con buenos ojos pero lo suficientemente cuidadoso para no ser considerado nunca un peligro.

Mi abuelo se hizo comunista porque vivía en un país comunista. Si hubiera vivido en una sociedad capitalista habría intentado ser un liberal. Es algo de lo que no tengo absolutamente ninguna duda. Su fervor político eran las circunstancias. ¿Se creyó al final las consignas que repetía? Es posible que en cierta medida sí, pero conservando siempre un fino cinismo que le impedía postrarse con la devoción de los fanáticos ante los milagros de los planes quinquenales y los progresos comunitarios. Aun así, cuando era pequeña y paseaba de su mano por las calles de Tokmak, él me señalaba la estatua de Lenin de la plaza principal de la ciudad y lo llamaba abuelito Lenin.

Aun así, el día que cayó la Unión Soviética y la bandera roja fue descolgada del mástil de la fachada de la fábrica Kírov, él se acercó al obrero que la había bajado y le pidió que se la diera. Ese trapo rojo que ya no significaba nada y que hasta hacía solo unas horas era el símbolo de una nación, de una idea muy concreta de bienestar, al fin y al cabo, un icono de la victoria de todos los trabajadores sobre la burguesía primero y el nazismo después. Dobló la bandera cuidadosamente y se la guardó en el maletín que llevaba siempre al trabajo. Al llegar a casa sacó la tela y tal y como estaba, doblada, la guardó en el arcón debajo del asiento del sofá, donde seguía aún en abril de 2022, la fecha en la que murió. ¿Por qué hizo eso si para él el Partido no era un fin sino solo un medio gracias al que vivir bien? Una vez mi padre me dijo que amaba la Unión Soviética no porque se considerase comunista (válgame Dios, dijo), sino porque la Unión Soviética era su infancia. Y todos los hombres aman su infancia, ese lugar seguro al que volvemos una y otra vez. Para mi abuelo, la Unión Soviética no era solo su infancia, sino su vida entera. Vivió cincuenta y dos de los setenta y cuatro años que duró el régimen de los sóviets. Toda su infancia, adolescencia y prácticamente su vida adulta. ¿Cómo no iba a tenerle cariño?

Tenía veintisiete años cuando le mandaron una mañana a arreglar la instalación eléctrica de un sovjós en una aldea a quince kilómetros de Tokmak. Era primavera, finales de abril. Estuvo toda la mañana ocupándose de la instalación, cambiando los cables, probando que todo funcionaba. Cuando terminó, pasó por las oficinas de la granja a despedirse. Víctor Konstantínovich, un tecito antes de partir, le ofreció la encargada, una mujerona de mediana edad que ya estaba sacando los prianikis y la mermelada de frambuesa. Víctor aceptó. Vasílievna, ¿se suma? La encargada se dirigió a la contable, una joven que estaba sentada en el escritorio del rincón, al lado de la

ventana. Raísa, de patronímico Vasílievna, miró al electricista, que enseguida le sonrió. Una sonrisa franca, abierta, de esas que muestran todos los dientes. Me sumo. Al acercarse a la mesa, Víctor le estrechó la mano. Víctor Konstantínovich. Vitia. Raísa Vasílievna. Raia.

Le cayó bien ese Vitia a Raísa. Durante todo el almuerzo no dejó de bromear. Parecía que siempre tuviera una gansada preparada, a la espera de soltarla. Le gustó que fueran bromas simpáticas, nada de comentarios de mal gusto. Y la sonrisa. Nadie sonreía así, mostrando la boca entera. Le daba un aire un poco bobo, confiado, como si no tuviera ningún secreto que ocultar. Y en verdad, no los tenía.

Unos días después, Raísa fue con algunas compañeras del sovjós a la ciudad, a Tokmak. Era la fiesta del 1 de mayo, la más importante junto con el día de la Victoria, el 9 de mayo. Las ciudades se adornaban, los bordillos se pintaban de blanco, se plantaban flores nuevas en los parterres. Raísa se puso una blusa blanca y falda. Un pañuelo al cuello. Unos zapatitos de charol. Era bajita, solo medía metro cincuenta, y un poco rechoncha en un país de altas y delgadas bellezas rubias. Pero su altura y su cara de mofletes redondos le daban un aspecto lozano, fresco, como una fuente de fresas con nata. Se encontró con Víctor después del desfile, al lado del Palacio de la Cultura. Él se había puesto traje y una corbata azul con rombos naranjas estampados. Y así, los dos vestidos de fiesta, pasaron juntos el resto del día. Comieron helado con mermelada en una cafetería de la calle Revolución bajo los castaños en flor. Pasearon por la ciudad soleada, que olía un poco a polvo y un poco a polen. Cuando empezó a hacerse tarde, él la acompañó a la parada del autobús. Prometieron verse el fin de semana siguiente. Y al siguiente. Y al otro.

¿De dónde sales tú? No te he visto nunca, le dijo Víctor una tarde. ¿Conoces a todo Tokmak?, le preguntó con sorna Raísa. Pues prácticamente. He nacido aquí, he crecido aquí. Como mis padres, como mis abuelos. Era finales de verano y Víctor y Raísa estaban tumbados al lado del río, cerca de la casa de la calle Nekrásov. Los dos descalzos. Ella con un vestido de algodón amarillo. Él en pantalón y camisa arremangada. Quedaba menos de una hora para el atardecer. El aire, denso, aletargado por el calor, se había estancado y las cigarras ya habían empezado a afilar su canto. A lo lejos ladraban los perros en los patios encalados. Los campesinos llevaban varios días segando el campo y, a estas horas, el aire olía a las hogueras que se prendían justo antes de la puesta del sol y en las que se quemaban todos los rastrojos y los tallos secos del trigo. Raísa le miró, ¿podía confiar en este hombre? Los meses pasaban y ellos se veían todas las semanas. En algún momento habría que dar el paso definitivo. Seguir siempre juntos o dejar de verse. Solo hay dos opciones. Había descubierto a lo largo de los meses que era un hombre bueno. Tenía un carácter dócil más proclive a la evitación del conflicto que a la necesidad de llevar razón. La hacía reír, no bebía, iba cada día al trabajo, era responsable, jamás había olvidado una cita ni tampoco limpiarse los zapatos antes de verla. Estaba claro que la quería, pero ¿cuánto? ¿Lo suficiente como para aceptarla completamente, tal y como era, con sus fantasmas, los episodios oscuros de su vida que ella siempre omitía? Esos hechos que venían a visitarla casi cada noche y que se había prometido no nombrar jamás tal y como se había prometido no enamorarse nunca. Pero lo había hecho y ahora, tumbada en la ribera, oyendo el agua verde correr a su lado, viva, nítida, sabía, veía con absoluta claridad, que tenía que descoser las heridas para que las palabras salieran a la luz, para no seguir llevándolas adentro. Que si este hombre era

para ella, seguiría a su lado. Pero si no la quería tanto como ella creía que alguien debía quererla para soportarla, lo mejor era saberlo ahora, dejar de estirar el tiempo, las citas, las tardes en el cine y después los paseos por el polvoriento Tokmak. Olvidar Tokmak para siempre. Irse lejos. Volver a hacerse la promesa de no enamorarse nunca.

Y entonces le contó. Le contó como sus padres no tenían tierra, ni tenían patria ni tenían un río como él ni una casa como la de la calle Nekrásov, porque sus padres ni siquiera eran ucranianos sino rusos, rusos de Rusia, concretamente de la antigua gubernia de Oriol, personas ilustradas, cultas, con educación, no campesinos, personas que habían estado en palacios, que habían pisado suelos lustrosos y llevado vestidos de seda, descendientes de antiguas ramas principescas ya perdidas que habían llegado a estar al servicio del conde Vorontsov, del que en su casa se conservaba un antiguo baúl de madera roja, el único objeto de su vida pasada, la vida antes de la Revolución en la que sí, nosotros tampoco vivíamos mal, de hecho, vivíamos mucho mejor. Le contó que sus padres habían sufrido la ignominia máxima que se podía sufrir a manos de los bolcheviques: habían sido desheredados, habían perdido su casa, sus tierras, sus vestidos, sus libros, sus campos, sus caballos y a sus siervos, porque ellos eran siervos de condes pero incluso los siervos de condes tenían almas a su servicio, y todo eso había desaparecido, de un día para otro, de un plumazo, paf, no queda honor, no queda orgullo, no queda ni un centavo, ni un anillo ni un collar. Su padres formaron parte de esas largas listas de kulaks, ricos con tierras, que habían sido sometidos a la deskulakización, un nombre como otro cualquiera, una palabra imbricada para decir que los habían desposeído, expoliado, confiscado todo lo que tenían y, no contentos con eso, en los años treinta, Stalin decidió que también les quitaría

su patria y los mandaría lejos, a Ucrania, a un pueblo, un pueblucho feo y deshabitado, vacío, fantasmal, un pueblucho llamado Volchansk donde vivirían a partir de ahora en una casa que había sido anteriormente de otros kulaks como ellos, pero estos ucranianos. Una familia que había muerto, todos habían muerto de hambre durante el Holodomor porque Stalin tenía planes para ellos que a ellos no les gustaban, y ahora eran mis padres y otros como ellos, un destacamento entero de colonos, los que habían llegado a esta nueva tierra y tenían que hacerla habitable pero, sobre todo, tenían que domarla, someterla, educarla en un nuevo idioma, el ruso, el idioma del progreso y la Revolución. Ahí nací yo y ahí he vivido toda mi vida hasta que un día no pude más, cogí la maleta y salí a la parada del autobús. Por la parada, en un cruce de caminos sin asfaltar en medio de los campos de girasoles, solo pasan dos autobuses: el que lleva a Járkiv, al norte, y el que lleva a Sebastopol, al sur. Y yo me dije: me subo al primero que pase, me da igual a dónde vaya. Pasó el de Sebastopol, así que me subí a ese, pero cuando llevaba más de tres horas de camino paramos en una ciudad llamada Tokmak. Me sonaba Tokmak porque mi hermano estuvo aquí alguna vez y me dije: quizás Sebastopol sea demasiado grande, quizás puedo probar a bajarme aquí primero. Y así llegué a Tokmak el año pasado. Entré a trabajar como contable en el sovjós, que es donde me conociste. El resto de la historia ya la sabes.

Cuando Raísa terminó de hablar, el cielo violáceo anticipaba una noche clara. El aire seguía oliendo a humo. Ahora sé por qué no me he cruzado antes contigo, le dijo Víctor. Y entonces, antes abandonar el lecho de hierba mullida y entrar en casa, Raísa le contó un secreto más, una piedra que llevaba amarrada al pecho, que recordaba cada mañana y que cada noche quería olvidar con todas sus fuerzas.

El secreto no se volvió a pronunciar en voz alta hasta que cayó la Unión Soviética. Fue entonces cuando mi padre supo que su abuelo, el padre de Raísa, no tiene tumba porque nadie sabe dónde murió exactamente. Vasiliy, mi bisabuelo, fue condenado en los años cuarenta a diez años de gulag después de asumir una condena que en realidad le pertenecía a su hija mayor, Daria, a la que una vecina había denunciado por robar tres espigas de trigo del campo comunal. Vasiliy, el mismo ruso que había sufrido la deskulakización, el destierro forzoso, nunca llegó al campo de trabajo. Murió en el tren de camino a Siberia y su cuerpo, probablemente, fue arrojado a una cuneta al lado de las vías por los presos que le acompañaban.

Raísa llevó consigo el secreto durante toda su vida. ¿Cómo fue para ella vivir teniendo un padre que era considerado enemigo del pueblo mientras ella misma formaba parte del Partido y ejercía de guía moral en su trabajo? A veces pienso que esa disonancia, que ese trauma que tantas veces intentó olvidar, fue lo que hizo que al final de su vida olvidase hasta su propio nombre. Tanto se había maltratado, tanto sufrimiento había sentido, tanto le había pesado ese recuerdo, que se había provocado a sí misma la pérdida de memoria. Cuando lo pienso, me parece hasta lógico y natural: ¿no era una mujer que siempre conseguía lo que quería? ¿No tenía un carácter tan duro que podía doblegar a cualquiera? ¿Cómo no iba a poder doblegar su propia mente, provocarse la enfermedad para no tener que seguir viviendo con eso que, probablemente, la había destruido antes incluso de cumplir los treinta? Por supuesto, es absurdo. Nadie puede provocarse la demencia solo por querer olvidar un episodio de su vida. Pero cuando la recuerdo, el pensamiento vuelve: sí, claro que ella habría podido. Ella, sin duda, lo habría hecho.

La mañana siguiente de las confesiones, de camino a la estación de autobuses, Víctor le pidió matrimonio. Se casaron a los pocos meses y él se trasladó a vivir con ella cerca del sovjós, en la casa de una anciana que tenía habitaciones libres. En 1968, cuando ambos tenían veintinueve, nació su primer y único hijo: mi padre.

Cuando empecé a escribir este libro, sabía desde hacía dos años que mi bisabuelo Vasiliy había muerto de camino a un gulag. ¿Por qué nadie me lo contó antes? ¿Por qué no me lo contó jamás mi abuela? ¿Seguía teniendo miedo de que el hecho de que su padre fuera enemigo del Estado pesara también en mi presente? ¿Vivía con temor a pesar de que ya no estábamos en los tiempos del comunismo y yo ni siquiera vivía en las mismas latitudes del mundo? ¿Pensaba que eso supondría una marca indeleble, un sello que me etiquetaba como lacra social? Fue mi padre el que me dijo, un poco de pasada como dice siempre él las cosas importantes de las que quiere hablar pero no sabe cómo, que soy bisnieta de uno de los condenados al gulag en las grandes purgas de Stalin. Que también en mi familia hubo gente que sufrió las consecuencias de la histeria del dictador. Gente cuyos huesos acabaron triturados en los engranajes de un sistema perverso que se asentó sobre la base del miedo, la desconfianza y la impunidad para los que ocupaban despachos. Podías acabar condenado a una década de servidumbre por robar tres espigas de trigo, pero el intocable, el que nunca respondió por las deportaciones masivas y por tantas vidas despedazadas, fue el asesino.

Pero lo peor no fue saber desde hacía poco del destino desafortunado de mi bisabuelo. Lo peor fue descubrir, a los treinta y tres años, tres años después de que empezara la guerra en Ucrania, que yo era descendiente de ocupantes rusos. Nadie, nunca, jamás me había contado esta historia. ¿Hubiera preferido no saberla?

¿Seguir viviendo en la inopia? ¿Pensar que todo mi árbol genealógico es puro, lo bastante ucraniano, lo suficientemente lleno de hombres y mujeres buenas y admirables? *Sapere aude*, escribió Kant. «Atrévete a saber.» Y cuando supe sentí vergüenza pero, al mismo tiempo, seguí pensando que prefiero vivir con la vergüenza a vivir en la ignorancia. Y, por otro lado, ¿de qué avergonzarme? Solo podemos avergonzarnos de nuestros actos, no de las cosas que nos ocurren por azar y sobre las que no tenemos ningún tipo de influencia. Siempre me pregunté cómo era posible que Raísa, mi abuela, la mujer de Víctor, hablara un ruso tan bonito. Cómo era posible que en su pasaporte soviético pusiera que su nacionalidad era soviética pero su etnia era rusa, a diferencia de mi abuelo, cuya etnia era ucraniana. Pero en fin, los matrimonios mixtos en el sureste ucraniano han sido siempre habituales. Demasiado cercanos unos de otros como para no acabar mezclados, y más en tiempos en los que todo era un país.

Hasta que un día recordé que había oído de mi padre la historia de que mis bisabuelos, los padres de Raísa, habían llegado a Ucrania en los años treinta de la región rusa de Oriol, a unos trescientos kilómetros de Ucrania. Y yo sabía que, durante el estalinismo, no era tan fácil moverse de un sitio a otro. No era algo que hacías porque te apeteciera cambiar de lugar de residencia. De hecho, los habitantes del campo tenían prohibido, como lo han tenido también en la China comunista, emigrar a las ciudades por miedo a que los campos se quedasen sin mano de obra. Entonces, ¿cómo es que mis bisabuelos habían emigrado a Ucrania desde Rusia y concretamente a la región de Járkiv? Hice una corta investigación y no tardé en dar con la respuesta: después del Holodomor, el gobierno estalinista repobló las zonas ucranianas que se habían quedado vacías de campesinos con campesinos importados desde Rusia, exactamente

igual que está haciendo ahora el gobierno de Putin al importar familias enteras a las casas de los ucranianos que han huido de la guerra o están muertos. La familia que vive ahora en casa de mis abuelos ¿no es la misma familia que décadas antes habría movido Stalin de un lugar a otro? ¿No es la misma historia repitiéndose una y otra vez, como una rueda que gira incansablemente? Las mismas leyes, las mismas guerras. Y en la base de todo eso, hombres que tienen el poder de hacer lo que quieran con las vidas de otros. Tantos años de historia para acabar cayendo siempre en el mismo error: el de entregar tu vida al déspota de turno. Porque los tiranos no se crean de la noche a la mañana. Se van haciendo a sí mismos poco a poco, yendo a diario un poco más lejos, probando nuestro aguante, tensando un poco más la cuerda para ver hasta dónde pueden llegar antes de que nos rompamos. Su maldad es directamente proporcional a nuestra resistencia y también a nuestra desidia. Permitimos la supresión de libertades hasta que no toquen la nuestra. Pero para cuando lo hacen, ya es tarde para revolverse porque el sistema opresor que han construido a nuestro alrededor, mientras dejábamos que humillasen a los otros, no es una telaraña sino una cota de malla. Si se permite el robo, la corrupción, es porque también nosotros pensamos en el fondo que podemos aprovecharnos de ese sistema. Habrá una parte que se escandalice y otra que sea apática. Es la apatía el terreno más fértil para los dictadores. Luego viene el miedo. Pero antes del miedo tuvo que haber indiferencia al dolor de los demás.

Fue así como Stalin mataba dos pájaros de un tiro: rusificaba grandes áreas de Ucrania porque traía a gente que hablaba ruso y no ucraniano y eso le beneficiaría en el futuro; y, al mismo tiempo, el campo ucraniano volvía a tener manos para trabajarlo, siervos al servicio de las granjas colectivas. Fue un pensamiento a largo plazo

que durante décadas funcionó. Cuando en Járkiv, en Donetsk, en Lugansk, en Zaporiyia la gente votaba a los presidentes prorrusos. Cuando el idioma entró en campaña. Cuando los hijos y nietos de aquellos colonos, acostumbrados a hablar ruso, sintieron que desde Kyiv querían arrancarles una parte de su identidad mientras otros les decían que ellos estaban ahí para apoyarles. La etnia. El uso pervertido del idioma como reclamo nacionalista y patriótico de un lado. La etnia y la prohibición del idioma, igual de nacionalista e igual de abominable, por el otro. En medio, las vidas de la gente del pueblo, cuyos designios parece que nunca estuvieron en sus propias manos y una excusa para matar. ¿Por qué si eso es así la parte de Ucrania que habla ruso se está llevando la peor parte en la guerra? Porque el plan de Stalin caducó. Porque esos hijos y nietos de los colonos, aunque hablen ruso, no se sienten rusos. Por lo mismo que mi abuela, cuando Ucrania fue un país independiente y ella tuvo que hacerse un pasaporte nuevo, eligió el ucraniano y no el ruso. Porque Ucrania era donde había nacido, donde vivía, donde amaba, donde había tenido un hijo. Y Rusia era el país del que habían deportado a su familia entera. El idioma no define una nacionalidad ni tampoco una identidad. Putin lo sabe y ahora su plan es otro: renovar la población de los colonos, importar unos nuevos porque los viejos ya no sirven, ya no le apoyan.

Cuando supe quiénes eran mis bisabuelos, hice la pregunta a mi padre. ¿Entonces los bisabuelos también eran colonos? Sí. ¿Entonces ocuparon la casa de una familia ucraniana que había sido asesinada en la hambruna? No, eso no lo creo, seguro que construyeron su casa, dijo mi padre. Semanas más tarde, en una conversación telefónica, me volvió a decir: ¿Sabes? Lo he estado pensando y creo que sí que ocuparon la casa de una familia muerta. ¿Cómo iban a ponerse a construir una nada más llegar?

¿No hay cierto karma en esa verdad? Ellos ocupando la casa de una familia muerta. Mi abuela naciendo en esa casa. Y décadas más tarde, una familia rusa ocupando la casa donde mi abuela había vivido, que ya era una casa completamente diferente, pero aun así. La simbología estaba ahí y era muy clara. Estuve semanas dándole vueltas. Yo no elegí a mis antepasados pero me pesaba ser la descendiente directa de una política de expropiación y recolocación geográfica. De una política de conquista de tierra ajena. Yo que pensaba que el colonialismo era una lacra que ocurría en otros lugares y en otras épocas pero resulta que el colonialismo fue una cosa que aún ocurría ayer. Y yo no existiría sin esa decisión de Stalin. No existiría dentro de mí el ruso, la lengua en la que sueño a pesar de todo. Todo eso ha sido impuesto. ¿Elegimos en realidad las identidades? ¿Es esto el precio que hay que pagar? ¿Es lo que nos merecemos? Pero luego entendí que me estaba equivocando. Que la identidad es una ficción que construimos y que tampoco mis bisabuelos eligieron que les expropiasen todos sus bienes y que luego los deportasen para repoblar una tierra vaciada. Que mi bisabuelo no eligió ser condenado a un gulag. Que si hay que establecer culpas y faltas, ellos fueron víctimas y no verdugos del sistema. Pero ¿y la familia rusa que ahora vive en la casa de mis abuelos, la casa de mi padre, mi casa? ¿Son víctimas o son verdugos?

Cuando nació mi padre, treinta años más tarde de que mis bisabuelos fueran deportados a Ucrania, a mis abuelos los apuntaron en una lista de espera para recibir un apartamento en el centro de Tokmak. Era la época de Brezhnev. Jruschov solo había durado once años en el poder pero durante ese tiempo dio la esperanza de que algo se estaba moviendo, la luz empezaba a filtrarse por las rendijas. Lo llamaron el Deshielo. A los ciudadanos soviéticos les contaron

entonces que Stalin no era tan bueno como habían creído, de hecho, no era bueno en absoluto. Se habló por primera vez de presos políticos en el *Pravda*. Se cerraron las puertas de varios gulags. La noche del último día de octubre de 1961, unos hombres vestidos de negro entraron al mausoleo de la Plaza Roja de Moscú y sacaron el cadáver embalsamado de Stalin para enterrarlo a unos metros, detrás de la muralla del Kremlin, en una simple tumba en la tierra como la de cualquier otro mortal. En el mausoleo, Lenin quedó en su absoluta soledad de estrella brillante del comunismo, guía de los pueblos y proletarios de todo el mundo, el único que merecía la categoría de Dios en un país de ateos. De prestigio inmaculado ahora que a su lado no descansaba la bestia georgiana. Fue el final de un largo proceso de desestalinización y fin del culto a la personalidad del *vozhd*. Tres años después, una conspiración entre Brezhnev y otros altos cargos del Partido depuso a Jruschov acusándolo de errático en sus reformas. Brezhnev tomó el control y la época del Deshielo acabó para dar paso a lo que él mismo llamó estabilidad y que no era otra cosa que la vuelta al silencio y a la represión.

Mi padre nació cinco meses antes de la invasión soviética de Checoslovaquia que le puso fin a la Primavera de Praga. Durante los años de Jruschov empezaron a levantarse por todo el territorio soviético edificios hechos con bloques prefabricados de hormigón como cajas idénticas. Todos tenían la misma distribución y, cuando entrabas en uno, sabías perfectamente dónde estaba el baño porque estaba en el mismo lugar que el de tu casa.

Mientras construían el edificio de apartamentos en el que vivirían, Raísa y Víctor residieron en una habitación en un edificio comunal, un *obzhezhitie*, como correspondía a lo que denominaban «jóvenes familias». La pareja ya había abandonado el sovjós después de que

Raísa consiguiera colocarse en la empresa pública de servicios municipales, donde trabajó el resto de su vida como directora contable. Víctor, al nacer su hijo, decidió que un electricista no podría dar a su familia todas las comodidades que él creía que se merecía y se matriculó para estudiar por correspondencia en el Instituto de Obras y Construcciones de Dnipró. Se mudaron entonces con el bebé a una habitación de quince metros cuadrados que tenía un sofá cama donde dormían los tres, un escritorio y una nevera Dnepr, robusta y confiable pero que hacía tanto ruido al funcionar que mi padre aprendió a dormirse bajo su arrullo mecánico. La nevera la pusieron en el cuarto porque Raísa no se fiaba de dejar la comida en las neveras comunales de la cocina que compartían todos los inquilinos de la vivienda. También el baño era comunitario y por la mañana se establecían turnos para ducharse, lavarse los dientes y afeitarse. Vivieron en esas condiciones tres años mientras el apartamento se construía hasta que un día Raísa ya no pudo más. No pudo con las bragas que Rita siempre ponía a secar los sábados en las cuerdas tendidas en la cocina, ni con el humo de los cigarros que fumaba Tolia en la cocina y que se filtraba por la rendija de debajo de la puerta a la habitación. Ni con los gritos de los demás niños mientras el suyo lloraba cada tarde al recogerlo de la guardería, ni tampoco con Víctor, que estudiaba por las noches en el escritorio mientras ella daba vueltas en el sofá incapaz de dormirse con la luz del flexo. El día que ya no pudo más, le anunció a su marido que iría a la oficina central de vivienda a reclamar el piso que tardaba tanto, que no llegaba. Dame tu martillo, le dijo a Víctor. ¿Qué? ¿Para qué quieres el martillo? Para llevármelo. Él la miró anonadado sin comprender mientras se lo tendía. Raísa lo echó al bolso junto con el pintalabios y el monedero, los ojos en llamas, los labios apretados. Víctor sabía que era mejor

no hablarle en esas condiciones. Se puso el abrigo, se anudó el pañuelo al cuello y dijo: lleva tú al niño a la guardería, y salió dando un portazo. Esa mujer, pensó divertido Víctor, si siempre soy yo el que lo lleva a la guardería.

Por la tarde, Raísa regresó de mejor humor, casi eufórica. Me han dicho que nos mudamos en un mes, dijo. Víctor soltó una carcajada. ¿Alguien ha salido herido en el proceso? No he sacado el martillo, solo he abierto el bolso para que se viera. Pobre hombre el que te ha atendido, no estaba listo para esta experiencia. Las cosas no se mueven si no las empujas, zanjó ella.

Se mudaron al mes siguiente y no al piso que les había otorgado el Estado en un principio sino a uno mucho mejor, una cajita de hormigón de cuarenta metros cuadrados compuesta por un salón con balcón, un dormitorio, una cocina, un baño con bañera y un aseo en el mismo centro de la ciudad. Se desayunaba, comía y cenaba en la cocina de cinco metros cuadrados. Los tres dormían en el dormitorio, Raísa y Víctor en una cama de matrimonio y su hijo en un sofá. En el salón pusieron otro sofá cama para las visitas que nunca llegaron, un mueble para libros y vajilla que todavía no se podían permitir y un escritorio donde mi abuelo terminó sus estudios de proyectista de obra.

El apartamento daba a un parque construido entre los bloques de viviendas que tenía un tobogán nuevo, varios columpios y ruedas de camión pintadas de colores que los niños usaban para saltar. En el centro del parque plantaron un albaricoque. Cuando mi padre era pequeño subió hasta la cima y luego los niños corrieron a llamar a mi abuelo porque le daba miedo bajar. Cuando yo era pequeña, subí hasta la cima y luego los niños corrieron a casa a llamar a mi madre porque en la cima descubrí, como mi padre, que me daban un miedo terrible las alturas. Siempre hacer, siempre ir hacia delante sin

pensar. Hasta que llega el momento del arrepentimiento. Eso también se hereda, como nosotros heredamos el apartamento cuando yo era pequeña.

El bloque de pisos se situaba en la calle Gógol pero al otro lado tenía la calle de la Revolución, que ahora, tras la desrusificación, se llama calle Central y que desemboca en la plaza Central de Tokmak o, lo que es lo mismo, la plaza en la que comienza el mercado, un mercado inmenso con parte cubierta en la que los vendedores disponían sobre unas encimeras de roca conglomerada con hormigón gris sus productos. Callos de cerdo como esponjosas toallas de rizo expuestas al lado de otras partes poco nobles de animales como hígados, cerebros, corazones, careta, orejas y el constante tocino, bloques y bloques de una masa blanca, suave como la mantequilla, que los ucranianos convertimos por alguna extraña razón en patrimonio nacional. Recuerdo el olor, los azulados cadáveres de los pollos a la venta al lado de centenares de patas de pollo para hacer gelatina, los enormes pedazos de carne rosada sobre la que se posaban las moscas que los vendedores intentaban espantar con un periódico. Esas montañas de carne eran capaces de convertirte en vegetariano con solo verlas si eras lo bastante sensible. Pero lo más interesante del mercado no era lo que se vendía en él sino su historia.

Construido después de la guerra, cuando mi abuelo era aún niño, el mercado de Tokmak, allí donde ahora se exponían las tripas de los animales y se vendían bragas y juguetes, fue levantado sobre un antiguo cementerio. Cuando los buldócers y otras máquinas llegaron a la zona y se pusieron a remover la tierra, a desplazarla de un lado a otro, a convertir el terreno en algunas partes en agujeros y en otras en montañas, una de esas máquinas llegó tan hondo que, al levantar la pala llena de tierra, los operarios vieron como también

estaba levantando huesos blancos mezclados con el barro. Alguien gritó. Pararon las máquinas. Se asomaron al agujero. Abajo había tierra, huesos y polvo. Otros operarios decidieron asomarse a los suyos y se encontraron con el mismo panorama. Huesos blancos sobresaliendo entre el polvo negro. En el terreno no había ni lápidas ni montículos que indicasen que ahí hubiera un cementerio. Debía ser muy antiguo, tanto que nadie que estuviera vivo en ese momento en Tokmak recordaba siquiera vagamente que eso fuera un lugar de enterramiento.

Nadie hizo una inspección geológica. El plan era construir un mercado, unas calles, una plaza para la ciudad. Y el plan debía ejecutarse. Quizás fuera un cementerio escita. Quizás había restos arqueológicos. Nunca lo sabremos porque lo que había era un plan de construcción que debía cumplirse a rajatabla, y si, por lo que fuera, no se completaba, iba a haber represalias. El encargado de la obra lo sabía así que dijo a sus hombres que volvieran a las máquinas y siguieran cavando. Las montañas de barro y huesos continuaron aumentando de tamaño. El rumor corrió por toda la ciudad: habría un mercado donde antes había un cementerio y lo increíble es que había un cementerio y nosotros ni lo sabíamos. Cuando terminaron de cavar, los buldócers aplanaron el terreno. Trituraron los fémures y mandíbulas que aún quedaban en la tierra removida y rellenaron la zona con una capa gris de cemento. Sobre él levantaron calles, puestos, pequeños quioscos que vendían helados y gaseosas de sabores, el edificio que sería la lonja para carne y pescado, y una placita en la que venderían flores en cubos llenos de agua. Enfrente, una rotonda, la plaza Central. Al lado, una estación de autobuses. La ciudad se expandía y los vivos les arrebataron terreno a los muertos. La nación florecía con amnesia. Era un mundo nuevo, un país nuevo. Por delante, décadas de

prosperidad y planes quinquenales que ejecutar. En el mañana solo había certezas y ninguna duda, ninguna pregunta.

La tierra de la necrópolis profanada en nombre del progreso fue llevada a las afueras de la ciudad y arrojada a los campos de cultivo que empezaban a trabajarse alrededor de las nuevas carreteras de asfalto, las primeras que se construyeron en Tokmak. Los tractores araron y aplanaron el terreno, trituraron los huesos antiguos con su peso y el movimiento de los brazos metálicos, los mezclaron con la tierra. Polvo eres y en polvo te convertirás. Después el campo fue sembrado. Del suelo brotaron altos tallos verdes, gruesos como los brazos de un niño, cubiertos de un vello que al tocarlo te dejaba las manos pegajosas. Al final del tallo, una cabeza grande, negra, rodeada de una aureola amarilla, alzaba la mirada al sol. En el campo de enfrente se plantó otro cultivo, quizás trigo, quizás maíz. A finales de verano, una cosechadora, de las primeras mecánicas de fabricación completamente soviética, pasó cortando todos los tallos, cercenando las plantas que hacía solo unos días se mecían con el viento. Fue una buena cosecha. Se cumplieron todos los planes proyectados. Los graneros del koljós se llenaron hasta los topes, listos para exportar los granos a otros lugares del imperio a fin de alimentar a los pueblos soviéticos.

La tierra fue generosa con sus habitantes. O quizás lo fueron los muertos. Por lo visto, los huesos son un excelente abono. Su alto contenido en calcio y fósforo alimenta las raíces de las plantas y les da un crecimiento vigoroso. Se ha descubierto la práctica de uso de huesos humanos para fertilizar la tierra en la posguerra en La Palma, en Canarias. Los palmeros buscaban huesos deshechos por la humedad en las cuevas funerarias de la época de los aborígenes de la isla. Se hizo tan popular que pasaron a llamarse «cuevas de polvo». Un polvo bueno, casi mágico, gracias al que los vivos

pudieron comer al mismo tiempo que se llevaban por delante decenas de yacimientos arqueológicos. Nadie piensa en los museos cuando el hambre estruja el estómago. Un siglo antes, a miles de kilómetros de La Palma, la tierra de Waterloo era pisada por las botas de los buscadores de huesos. A día de hoy se desconoce con certeza por qué el terreno en el que durante veintitrés años estuvieron matándose los europeos está vacío de fosas comunes. Los que vivieron en esa época dejaron por escrito que a los muertos se les enterraba por miles en enormes hoyos cavados en la tierra fría y húmeda. Entonces, ¿dónde están? Abonando los campos europeos. Un investigador de la Universidad de Glasgow, después de rastrear los testimonios de la época y los artículos de periódicos que se publicaron entonces, descubrió que a partir de 1820 se hizo común la importación de huesos humanos desde los campos de batalla para ser utilizados como fertilizante. A Waterloo, popular destino turístico en la época, llegaron los ladrones de tumbas que buscaban alguna joya que revender, los ladrones de dientes que arrancaban la dentadura a los muertos para hacerse una postiza y, por supuesto, los comerciantes de la llamada harina de huesos. Así, los muertos se mezclaron convenientemente con la tierra, se regaron y se convirtieron en patatas o zanahorias o tulipanes. La vida nunca acaba. Solo se reconvierte en otra vida.

La historia del mercado y del cementerio de Tokmak fascinaba a los niños del barrio en el que creció mi padre. Se contaba las noches de verano en las que los murciélagos volaban bajo entre los columpios y los padres no te obligaban a dormirte pronto porque estabas de vacaciones. Cada niño la contaba a su manera y la adornaba con invenciones de su cosecha siempre adjudicadas a alguna figura de autoridad como el padre o el abuelo que conocía el cementerio. Algunos aseguraban que entre los puestos del mercado,

cerrados por la noche, vagaba el fantasma de una vieja que había sido curandera y a la que enterraron con el espejo mágico que usaba en sus rituales, y que ahora, tras levantar su tumba, el espejo se había perdido y ella reclamaba a cualquiera que pasara por el mercado que se lo devolviera. Otros decían que por ahí deambulaba el alma de un general que murió en la guerra de Crimea justo después de saber que su novia le había dejado por otro. En realidad, en Tokmak sí hubo una fosa común en la que se calcula que enterraron a unos doscientos ochenta soldados, defensores de Sebastopol, que murieron en el siglo XIX durante, precisamente, la guerra de Crimea y que fueron enterrados allí porque allí es donde estaba situado el hospital de la retaguardia. Lo cierto es que todas esas historias acabaron perdiéndose con los años y los nietos de los primeros propietarios del bloque ya no elucubrábamos teorías místicas en los columpios.

Del piso de la calle Gógol recuerdo hasta el papel de la pared. Solo viví allí dos años, de los cinco a los siete, la edad en la que mis padres emigraron a España, pero esos dos años son los que mejor recuerdo de mi infancia. Esa es mi infancia.

Y también la de mi padre, que vivió allí desde los tres años hasta los treinta. Recuerdo detalles tan concretos como la luz al atardecer que se veía desde la cocina, la escarcha que se formaba los días de invierno en el cristal de la ventana del dormitorio desde el que se veía el Instituto Técnico de Tokmak, allí donde mi padre estudió Ingeniería Mecánica para ejercer de ingeniero mecánico antes de convertirse en un inmigrante sin estudios por arte de la burocracia ajena.

Recuerdo que se tardaba exactamente dos minutos en ir desde el piso hasta la tienda Lástochka, que significa «golondrina» en ruso, un colmado de la época soviética que cuando yo era pequeña seguía

teniendo la misma apariencia que tenía cuando mi padre era pequeño: nada más entrar, en el lado derecho, una vitrina de cristal gordo con embutidos y quesos y unos estantes con macarrones, cereales, galletas y chocolate; al lado izquierdo, la pared llena de botellas de vino de Crimea, vino de Georgia, vodka ruso, gorilka ucraniano (que es también vodka) y centenares de botellas de cerveza. Había más alcohol que comida en la tienda y, cuando mis abuelos eran jóvenes, se habilitó una barra donde los hombres podían pedir por unos pocos kopeks un chupito de vodka. En los noventa, después del fin del régimen, quitaron para siempre la barra debido al terrible alcoholismo que asolaba la ciudad, el país entero. Pero no pudieron suprimir a los alcohólicos, la mayoría, vagabundos, que seguían yendo al Lástochka con bolsas llenas de botellas de cristal que habían recogido por la calle para devolverlas a la tienda y llevarse unas monedas a cambio. Todo su día consistía en recorrer la ciudad en busca de botellas, recogerlas, ir a la tienda, llevarse unas monedas, gastarlas en el alcohol más barato, que se bebían en algún rincón de la calle o en un banco, y volver a explorar la ciudad en busca de más botellas que cambiar por otro trago. La competencia era feroz. Y todos pululaban a las puertas de la tienda. No he vuelto a ver tantos alcohólicos ni vagabundos como los que vi cuando tenía cinco, seis años e iba con mi madre de la mano a comprar el pan. Mis padres jamás me dejaron bajar sola a la tienda. Eran tiempos peligrosos, oscuros, los llamaron *Lijie Devianostiye*, los salvajes años noventa. El telediario comenzaba siempre con algún tiroteo, un ajuste de cuentas, un nuevo caso de corrupción. Los salarios no se pagaban, la medicina era pública pero tenías que llevar hasta tus propias jeringuillas, las agujas de un solo uso se reutilizaban después de hervirlas. Los niños encontrábamos jeringuillas por todas partes y a veces no sabías si el borrachín de

turno tirado en la acera estaba solo borracho o muerto. Recuerdo de esos años que siempre corríamos. Mis padres me agarraban de la mano en cuanto salíamos de casa y me arrastraban por las calles, en verano, en invierno con la nieve, con el hielo, siempre corriendo para estar la menor cantidad de tiempo en la calle, para volver a casa antes de que se pusiera el sol porque había farolas pero no alumbraban porque las bombillas se habían fundido aun cuando teníamos socialismo. Las aceras eran un conjunto de boquetes, una gincana, a ver quién consigue no torcerse hoy un tobillo. Eso fueron los noventa, eso fue mi infancia, fue el fin del imperio cuya anticipación vivieron mis abuelos veinte años antes. Pero nadie supo ni quiso verlo.

Cuando Víctor y Raísa se mudaron a la calle Gógol con su hijo corrían los años de estabilización después de las tímidas reformas de Jruschov, pero pronto se convirtieron en los años de estancamiento. Después de mandar al primer hombre al espacio, la Unión Soviética se sumió en una carrera incesante por demostrar que podía oponerse a Estados Unidos no solo con su visión de cómo debía funcionar el mundo, sino también con la técnica y las armas. El resultado fue desastroso. Mientras se invertía cada vez más y más dinero en crear mejores cohetes, misiles más precisos o submarinos nucleares, las tiendas se vaciaban cada cierto tiempo de productos para los que no había repuesto. Un chiste empezó a correr entonces entre la gente: un hombre va caminando por la calle y de pronto ve una cola larguísima y pregunta: ¿Para qué es la cola? El último le responde: No lo sabemos pero lo mejor es que hagas fila, por algo será. La anécdota tenía gracia porque cada día había que hacer cola para algo y la mayor parte del tiempo ni siquiera tenías muy claro por qué. Buenos salchichones o quesos de calidad desaparecían en horas o nunca llegaban a las vitrinas porque estaban comprados

incluso antes de que el camión saliera de la fábrica. La supuesta igualdad de oportunidades era solo ideológica. Quedaba muy bien en el discurso pero no existió nunca. Es una de las mayores contradicciones del sistema soviético y, al mismo tiempo, sigue siendo una quimera en la que la mayoría de los partidos de izquierda occidentales creen a pies juntillas: que en la Unión Soviética todos vivíamos igual, que no existían las clases sociales, que un obrero y un director de fábrica comían los mismos embutidos, tomaban el mismo té y viajaban en el mismo coche. Cuando la realidad era que el director de fábrica tenía acceso a café importado, producto inaccesible para el pueblo, que seguía bebiendo polvo de achicoria; el salchichón se lo reservaban en colmados especiales donde solo compraban las élites del Partido, y viajaba en un Volga y no en un Lada, que costaba un total de tres años y medio de salario completo y para el que Víctor tuvo que estar siete años en lista de espera. En la sociedad sin clases sociales se establecieron en realidad seis: la élite del Partido Comunista o nomenklatura; la élite profesional, es decir, la *intelligentsia*, los profesores universitarios o científicos; los trabajadores urbanos cualificados como mis abuelos; los obreros no cualificados, simples operarios de fábrica; los campesinos de los koljoses como mis bisabuelos, y los vagabundos o presos. Estuvieras en el estrato social en el que estuvieras, el truco consistía en tener *blat*, contactos, gente que te debía favores a cambio de que tú les hicieras otros favores. Yo te consigo cada mes edam europeo si tú enchufas a mi hijo en la fábrica de motores de la ciudad.

Después de terminar sus estudios de construcción, Víctor empezó a trabajar en el Servicio de Obra y Vivienda. Era una mejora considerable pasar de electricista a capataz de obra, y a veces incluso ejercía de proyectista. Cuando Tokmak amplió el hospital de la ciudad hasta convertirlo en una miniciudad sanitaria de varios

edificios, mi abuelo fue el encargado de proyectar la morgue. Pero su obra más destacada fue en realidad una mejora de viviendas que cayó en sus manos de casualidad, cuando un día revisaba planos de futuros edificios de pisos que se iban a construir en Tokmak. Dio con uno, a las afueras de la ciudad, en un barrio nuevo creado para familias jóvenes, cuyos bloques de pequeños pisos se habían proyectado sin balcones. Lo consideró inadmisible y, haciendo unos cálculos, vio que era posible añadir balcones en todas las viviendas sin que sufrieran daños estructurales. Trazó un nuevo plano y lo envió a la comisión de vivienda para que los ingenieros de obra aprobaran la modificación con una nota que decía: «Será solo un poco más caro pero la mejora en la vida de estas familias soviéticas se disfrutará durante generaciones». La obra fue aprobada y los edificios se construyeron con los balcones de Víctor. Las familias a las que les destinaron las viviendas conocieron la historia y Víctor se convirtió en una celebridad. Mi padre, que entonces era un niño, veía como a veces la gente paraba a su padre por la calle para agradecerle lo que había hecho. Y mi abuelo, orgulloso, sentía que también él podía hacer el bien desde su despacho igual que un día hizo su padre ejerciendo de curandero. Y al final, ¿no era eso el verdadero objetivo de la vida? ¿Hacer las cosas de forma que tus hijos puedan sentir por ti orgullo? ¿No era eso lo máximo a lo que un hombre podía aspirar?

Le habría gustado tener más hijos, a Víctor. No sé si a Raísa también. Los dos venían de familias numerosas, seis hermanos en un lado y siete en el otro. Pero ellos solo tuvieron a mi padre. Cuando Raísa tenía treinta y tres, en una inspección médica rutinaria de su puesto de trabajo le detectaron un tumor y le extirparon el útero y los ovarios. Volvió del hospital siendo una mujer infértil y menopáusica a los treinta. Nunca habló del asunto con nadie,

sumando su enfermedad a la larga lista de secretos que retuvo dentro, cosidos tras las cicatrices. Mi padre tenía cuatro años cuando la ingresaron y no recuerda nada del episodio. Lo único que sabe es que la enfermedad no se reprodujo y que, gracias al cáncer de su madre, a partir de entonces empezaron a veranear en Crimea, como los miembros de la nomenklatura, porque la sanidad soviética y un par de contactos extra consiguieron apuntar el nombre de Raísa Vasílievna en una lista de mujeres a las que correspondía un ingreso anual de tres semanas en un sanatorio a las orillas del mar Negro.

Unos años viajaban a Eupatoria, otros a la rusa Gelendzhik. El viaje era largo, polvoriento, cansado. Varios trenes lentos, muchas veces nocturnos, donde pagaban un compartimento de cuatro camas para estar los tres tranquilos. Raísa desconfiaba de todos. Pensaba de los hombres que la mayoría eran alcohólicos, de las mujeres que eran demasiado ruidosas, de conversación incansable, envidiosas. No quería dormir en el mismo compartimento con nadie desconocido así que pagaban un poco más para ir los tres solos y cerraban siempre con pestillo. Víctor, con tendencia a entablar conversación con cualquiera, conseguía aun así hacerse amigo de las azafatas del tren, de otros pasajeros cuando salía al pasillo para ir al baño. En un viaje de quince horas era capaz de enterarse de dónde venía el resto de los pasajeros, a qué ciudad viajaban, si iban también a un sanatorio o simplemente a la playa, cuántos días se quedarían. Su hijo, al que siempre llevaba de la mano, iba tomando nota para luego contárselo todo a su madre y, ya de adulto, hacer exactamente lo mismo, hablar con todos, hacerse amigo de todos, mientras yo, siendo pequeña, observaba maravillada esa ligereza, esa capacidad de entablar conversación con cualquiera sin parecer un entrometido, caer bien, caer en gracia, sacar información de provecho en unas cuantas palabras.

Para el viaje llevaban una bolsa entera de comida. Patatas cocidas con su piel, huevos, carne al horno para que aguantase el calor, decenas de botes de carne en conserva, porque, aunque Raísa tenía un lugar en el que vivir, el sanatorio a orillas del mar estaba reservado a las mujeres que tenían una prescripción médica para disfrutar de sus aguas y tratamientos. Los maridos y sus hijos tenían que alojarse aparte durante las tres semanas, en hoteles o casas de particulares que alquilaban habitaciones. Así, al bajar del tren y de los dos autobuses que habían tenido que coger para llegar a la playa, Raísa se dirigía directamente al complejo terapéutico y Víctor y su hijo empezaban a vagar por la ciudad buscando un alojamiento. Esa experiencia debió servirle a mi padre cuando luego vino a España y tuvo que hacer lo mismo. Buscar donde vivir sin conocer la ciudad, buscarse un trabajo en tiempo récord. ¿No es la infancia un ensayo general de lo que luego será la vida adulta? ¿No es lo que luego determina tu futuro?

Al cabo de un par de horas, mi padre y mi abuelo solían tener ya cama en un cuarto que alguien había habilitado para turistas en su granero colgando un par de alfombras, barriendo el suelo y colocando cuatro camas, una pegada a cada pared. En el mismo cuarto se podían alojar distintas familias separando la estancia con una cortina para dar algo de intimidad. Todos los inquilinos tenían derecho a usar la cocina por turnos, calentar esas latas de carne en conserva que se habían traído de casa o hacerse unos huevos fritos con patatas. Pero Víctor prefería no tener que cocinar. En Gelendzhik, cerca del alojamiento que habían conseguido, había un comedor socialista para trabajadores, de esos en los que podías comer por unas pocas monedas, pero estaba reservado a los conductores de autobús de la estación. Al segundo día, Víctor cogió a su hijo de la mano y fueron al comedor. Hicieron fila, cogieron las

bandejas, pidieron la comida, pagaron y se sentaron en una mesa sin que nadie les dijera nada. Hicieron el ritual tres días seguidos hasta que, al cuarto, la encargada empezó a sospechar. Dígame, camarada, ¿usted quién es?, le dijo. Conductor, respondió Víctor. ¿Conductor de qué? De autobuses. ¿En nuestra estación, camarada? No, en otra, pero soy conductor igual. La encargada le sonrió. Por la tarde, mi abuelo fue al colmado más cercano y se hizo con una caja de bombones y una botella de coñac. Al día siguiente, sospechando que corrían el riesgo de quedarse sin comida casera y barata y tener que calentar las latas de carne en la cocina comunitaria, Víctor llevó los regalos a la encargada. Muchas gracias, camarada conductor, ¿cuántos días más va a estar parado en esta estación?, le dijo. Dos semanas más. De acuerdo, ocupe esa mesa del rincón para que no se vea al niño demasiado. El viernes habrá inspección así que venga unas horas más tarde. Las latas de carne, que ya no tendrían que comer, las acabó vendiendo a los veraneantes con los que compartía alojamiento.

En un país en el que empezaba a haber déficit de todo, Víctor fue poco a poco perfeccionando el arte del soborno. Los veranos siguientes, cuando viajaban a algún otro sanatorio, llevaba consigo desde los consabidos bombones hasta material de construcción que conseguía a buen precio en su trabajo. Cerraduras, picaportes, marcos de ventanas, enchufes, hasta tejas, porque siempre hacen falta tejas en los gigantes complejos por cuyos tejados se filtraba la lluvia debido al deterioro y al cada vez más creciente abandono del Estado, tan preocupado por los cohetes y los torpedos que no se daba cuenta de que su sociedad estaba cada vez más sola, más desamparada, cabreada y pesimista. Esos años se creía que los soviéticos lo aguantarían todo. Habían aguantado la guerra. Habían aguantado el hambre, las purgas, los desplazamientos forzosos, las

colectivizaciones. ¿Qué eran unas cuantas goteras, unas cuantas colas en las tiendas, estar en lista de espera hasta para comprar una nevera? Éramos un gran país, el más grande del mundo, una idea que aún se repetía cuando el Estado empezó a imprimir talones y cupones para conseguir alimentos básicos. No eran las cartillas de racionamiento de la guerra pero funcionaban como tales. A cada ciudadano le correspondían tantos kilos de azúcar al mes, tantos litros de leche. Había talones hasta para el vodka y el tabaco. Como mis abuelos ni bebían ni fumaban, los cambiaban con sus compañeros de trabajo por mantequilla y queso.

Fue por esa época cuando, después de una de las ferias de construcción a las que solía viajar Víctor, trajo a casa un catálogo estadounidense con el que se hizo a escondidas. A pesar de que las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética eran de una tensión controlada, había que tener cuidado en no demostrar demasiado entusiasmo por los productos del enemigo. Víctor se lo echó al maletín a escondidas y no lo abrió hasta llegar a casa. Un día, al volver del colegio, mi padre vio a su madre sentada en la cocina con el catálogo en las manos. ¿Qué es? Es un gran secreto que no le puedes contar a nadie. ¿Me dejas verlo? Solo si me prometes que no le dirás a nadie lo que has visto. Ni en el colegio, ni a tus profesores ni a tus amigos, ¿está claro? Mi padre asintió. No era más que un catálogo de cocinas americanas, pero para mi padre era la revista más bonita que había visto en su vida. El papel satinado, los colores vivos, verdes, ocres, rojos vibrantes, ventanas que mostraban jardines privados con niños felices balanceándose en columpios, montando en bicicletas de un azul eléctrico. Se convirtió en el cuento favorito de mi padre y, siempre que mi abuela aceptaba, se sentaban en la cocina a ver las imágenes una y otra vez. De cocina a cocina, los separaban varios miles de kilómetros de

distancia pero era como si los separase una galaxia entera, como si sus vidas estuvieran ocurriendo en planetas diferentes.

Había gente que vivía así y no éramos nosotros. Había gente que tenía esos muebles, lavadoras completamente automáticas y no con un centrifugado de manivela que había que girar y girar, hasta que dejabas de sentir el brazo, los días de colada. Había veinte tipos distintos de aspiradoras y electrodomésticos rarísimos, exprimidoras, microondas. ¿Para qué quieren exprimidoras? ¿Para usarlas una vez al año? Creo, hijo, que tienen naranjas no solo por Navidad, le dijo mi abuela. Así era el mundo fuera de esas cuatro paredes, fuera de Tokmak, fuera de Ucrania, fuera de la Unión Soviética. Al otro lado los niños llevaban vaqueros y las madres, hombreras y sombras de ojos de colores. El mundo occidental florecía, la Comunidad Económica Europea se constituía como una isla de seguridad y bienestar, el paraíso de la clase media que compraba Volvos a plazos y vajilla fina con bordes de oro para las visitas. Y mientras, Tokmak, Ucrania, la Unión Soviética entera, se hundía cada vez más en la ruina, el aislamiento, el alcoholismo como vía de escape a una inefable, eterna y constante tristeza. La desdicha del pueblo que lo aguanta todo, el pueblo que ganó la guerra pero que no tiene más que un par de zapatos de suelas tan duras que no se doblan al andar.

El hijo de Raísa y Víctor empezó a dudar del discurso. Mi padre sufrió algo parecido a lo que sufren los niños que van a colegios católicos y, de pronto, se dan cuenta un día de que no creen en Dios. Esa revelación, que cae como un rayo, trastoca a toda la familia, al sistema de creencias heredado, al orden establecido, incluso al buen comportamiento. En las familias católicas, que un hijo no sea creyente es una desilusión. Los padres empiezan entonces a rezar por su alma para salvarle, al menos, del infierno.

En las familias comunistas, que tu hijo no sea comunista es el replanteamiento de toda tu labor como progenitor. ¿Qué clase de educación le has dado para que no sea como el resto? ¿Qué clase de vida va a llevar si no quiere ser como el resto? Y si tu hijo no cree en el comunismo, ¿en qué cree? ¿Quiere ser capitalista? ¿Aspira a ser un burguesito?

La revelación de mi padre le vino en la escuela cuando leyó en el libro de clase una frase que decía: «El Estado es una máquina de explotación del hombre». Una frase que no era más que los restos de aquel discurso marxista que decía en los primeros años de la fundación de la Unión Soviética que a lo que aspiraba su país era a una sociedad comunista pura sin clases sociales y sin Estado. Una sociedad que nunca llegó porque nos quedamos a medio camino, en la dictadura del proletariado. Al leer la frase, mi padre levantó la mano y preguntó. La maestra le contestó que sí, que el Estado era una máquina de explotación del hombre, pero solo el Estado capitalista. Estados Unidos, prácticamente Europa entera, dominaban a los hombres y a las mujeres, a los que obligaban a vivir en pobreza, siempre sometidos, siempre bajo el yugo del mercado, con vidas que valían lo que cobraban, no como en nuestro país, donde vales solo porque eres hombre, un buen hombre, un hombre correcto, un *komsomolets*. Mira el libro, le dijo, mira cómo viven los americanos, los franceses, los británicos. Y el libro mostraba dibujos de personas grises, caras compungidas, ropas hechas jirones de pura pobreza. Y esas pobres personas llevaban cadenas en los pies, cadenas en las manos, y salían de una fábrica sobre la que un hombre obeso, con el traje estirado y con sombrero, sonreía mientras elevaba un látigo largo y negro listo para azotar a esa pobre gente. Así, así es como viven los capitalistas. Pero nosotros no somos esclavos de nadie porque nuestro Estado no es

de explotación sino de protección y de bienestar. Mi padre miraba el libro y no entendía por qué habían dibujado así a esa pobre gente si luego al llegar a casa tenían unas cocinas enormes y luminosas en las que una mujer hacía tarta de manzana en un horno que ocupaba lo mismo que la cocina entera de su casa. Si esa gente tenía neveras de dos puertas, ¿por qué tenían la cara tan triste? ¿Por qué parecían aquí tan miserables? ¿Qué habían hecho con toda su miseria, dónde la habían metido para después posar tan sonrientes en las fotos del catálogo de las cocinas?

¿Qué pensaban en realidad Raísa y Víctor sobre lo que había al otro lado del Telón de Acero? ¿Soñaban ellos también, como lo hacía su hijo, con esos muebles, esos electrodomésticos modernos, esos coches relucientes? ¿Tuvieron alguna vez en mente irse? Sospecho que, si esa idea pasó por su cabeza en algún momento, la desecharon rápidamente por una sencilla razón: en la Unión Soviética eran alguien, funcionarios con puestos de responsabilidad, miembros del Partido. Afuera, en el mundo occidental, no serían nadie. Pobres inmigrantes analfabetos que no conocían el idioma, que no sabían cómo funcionaba el mercado, que tendrían que luchar por hacerse un hueco, aceptar trabajos miserables, vivir en pisos tristes, habitaciones alquiladas con colchones malos hasta que al menos pudieran establecerse de algún modo en el país de acogida. ¿Y luego qué? ¿Soñar el resto de tu vida que regresas a casa? ¿Condenarte a ti mismo a una perpetuidad de nostalgia? ¿Cómo vivir sabiendo que el río seguía corriendo sin ti, el campo continuaba floreciendo sin que pudieras olerlo, la nieve caía y caía sobre la calle Gógol, sobre la calle Nekrásov, pero tú ya no podrías pisarla? No, era mejor seguir viviendo bajo unas reglas que, sí, eran a veces bestiales, a veces incomprensibles, pero eran nuestras reglas, ocurrían en nuestra casa. Allí afuera, ¿qué tenían? ¿Ropa diferente?

¿Más tipos de queso? ¿Libertad para hablar? La libertad para hablar era necesaria para los artistas pero Víctor y Raísa no eran artistas sino trabajadores soviéticos y no necesitaban ese derecho para absolutamente nada. La libertad para hablar, ¿qué te reporta? Y, sobre todo, se decían: allí en Occidente la gente puede hablar libremente, pero ¿hay alguien escuchándolos? ¿Los escuchan más de lo que escuchan nuestro silencio?

Pero, aun así, algo viajaron. Los tres iban a menudo a Moscú, conexión aérea directa desde Tokmak, donde por entonces habían construido hasta un aeropuerto porque en la ciudad ya vivían cincuenta mil personas. En Moscú Víctor tenía un primo lejano y bien colocado que los acogía en un sofá de su gran piso de la nomenklatura. Veían cómo se vivía en la capital del imperio, donde se vivía mejor que en ningún otro sitio. Iban a los supermercados en los que había comida sin necesidad de hacer cola. Iban a las tiendas de los grandes centros comerciales donde compraban a su hijo ropa imposible de conseguir en provincias, vaqueros, chupas de cuero, camisetas hechas a la manera occidental y no esas absurdas camisas de algodón traslúcido y manga corta. Su hijo ya era adolescente y en los ochenta intentó aprender a tocar una guitarra mientras escuchaba vinilos de música occidental, Black Sabbath, Metallica, grabados en radiografías. Víctor también viajaba mucho solo. Después de haber hecho la mili lejos de casa, descubrió que le encantaba viajar, ver lo máximo posible del mundo, aunque su mundo solo se reducía a los quince países de la Unión Soviética y a un puñado más que estaban directamente en su órbita y bajo su yugo. Gracias a su trabajo consiguió ir a países recónditos como Kazajistán o Uzbekistán y a otros más cercanos como Polonia, Yugoslavia, Checoslovaquia, de donde trajo unos juegos de té nacarados y copas, jarrones y vasos de cristal de Bohemia como

regalo para Raísa. Ir a Checoslovaquia era peligroso para la mente del soviético porque, aunque estaba en la órbita, el nivel de vida era más alto que en Ucrania y había cierta libertad en cuanto al acceso a los bienes occidentales y la constante tentación de no volver nunca a la Unión Soviética, quedarse en Checoslovaquia o escapar, cruzar la frontera con Austria o con la República Federal de Alemania. Como el Estado era consciente del peligro, no todos los ciudadanos conseguían permiso para viajar; de hecho, era bastante raro obtenerlo y solo se otorgaba por razones muy concretas de trabajo que tuvieran que ver con el progreso de la nación y la amistad de los pueblos. Antes de viajar, a Víctor lo sometieron a un interrogatorio de la KGB. ¿Tienes claro a lo que vas? ¿Qué es lo que harás allí? ¿Con quién vas a relacionarte? ¿Tienes pensado quedarte? ¿Y si, por algún casual, quisieras hacerlo? ¿Y si, al ver cómo viven en Checoslovaquia, sientes deseos de huir de la Unión Soviética? Víctor contestaba a todo que no, que de ningún modo, cómo iba a abandonar él un país tan grande como el suyo, donde tenía un piso precioso, donde su mujer tenía un buen trabajo, donde su hijo iba al colegio; y, por otro lado, ¿qué era Checoslovaquia? ¿Qué era Occidente cuando nosotros habíamos mandado al primer hombre al espacio? El primero de todo el planeta que había estado cerca de las estrellas era como nosotros, soviético. ¿No era eso suficiente para no querer nunca dejar de serlo? Los agentes, complacidos con el discurso, le daban el visto bueno, le abrían el visado y las fronteras, le dejaban pasar libremente.

¿Cómo fueron esos viajes en realidad para él? ¿Qué sentía al pasear por calles tan distintas de la calle Gógol y la Nekrásov? Lo que sé es que en Checoslovaquia conoció a alguien, la guía de su delegación de constructores, que los acompañó a lo largo de todo el viaje haciendo de intérprete y de niñera ideológica. Se hicieron

amigos, tanto que ella empezó a mandarle postales cada Año Nuevo y por su cumpleaños en verano. La correspondencia duró años y cada vez que una de esas postales acababa en su buzón, Raísa le miraba y lo único que le decía era: tú sigue, sigue, que ya verás que un día vendrá a por ti la KGB.

La KGB nunca vino, mi abuelo dejó de viajar y Checoslovaquia dejó de ser comunista el mismo año que cayó el muro de Berlín. Dos años después, la Unión Soviética dejó de existir.

Las reformas que había iniciado Mijaíl Gorbachov fueron insuficientes para muchos y excesivas para otros. Había toda una generación con sed de libertad, con deseos de ver el mundo al otro lado del Telón, de dejar de ocultarse en las cocinas, de dejar de poner la radio a todo volumen para que la música silenciara las palabras prohibidas. Los tiempos inciertos fueron gasolina para toda una nueva hornada de poetas, de artistas, de músicos. El mundo se rompía, y parecía que si se rompía del todo, nadie vería amanecer el mañana. El país estaba revolviéndose, agitándose como una anguila nerviosa que boquea a falta de aire. Se descosían todas las costuras, se rompían todos los remiendos que se le habían puesto a esa Madre Patria que agonizaba.

Para Raísa y Víctor se acabó el mundo que conocían, el que habían querido, el que habían construido. Se acabaron los sanatorios en Crimea, las charlas ideológicas que impartían en sus puestos de trabajo como miembros del Partido. Durante años habían sido los responsables de las mentes de sus trabajadores y ahora todo había sido defenestrado, ridiculizado. Ellos, que habían sido gerentes, directores de sus equipos, ¿quiénes eran ahora? Unos carcas, defensores de un sistema esperpéntico, viejos a sus poco más de cincuenta años, inadaptados para el mundo que vendría.

Las cosas empezaron a ir mal. Desde mediados de los ochenta, Víctor había dejado el departamento de urbanismo porque la ciudad había dejado de construir. El estancamiento le llevó a aceptar un puesto de gerente en la fábrica Kírov, ya en decadencia después de haber sido uno de los emblemas del progreso ucraniano gracias a los motores de maquinaria que fabricaban y acababan en todos los rincones del imperio. Un día se enteró de que, como parte de la primera e inevitable liberalización económica, la privatización, el Estado estaba empezando a poner a la venta participaciones de sus fábricas para que todos los trabajadores y obreros pudieran comprarlas y que así la industria siguiera en manos de la gente. Fue a ver a la secretaria de la fábrica, que le dijo que en realidad toda ella se vendía al irrisorio precio de ocho rublos. Mi abuelo sacó un billete de diez de la cartera y le dijo: Larisa, quédate con el cambio. Ella se rio: no, no lo ha entendido usted, Víctor Konstantínovich, la fábrica ya ha sido comprada por ocho rublos por un empresario de Kyiv que asumirá su dirección en cuanto, bueno, todo esto acabe. Así que así estaban las cosas. Ahora en este país además de obreros había empresarios. Y esos empresarios, a escondidas, en secreto, se habían hecho ya con todo el botín que los políticos decían que sería para el pueblo. Las participaciones a las que supuestamente iba a tener acceso todo el mundo en realidad nunca existieron, nunca salieron a la venta porque esos empresarios, esos futuros propietarios, no eran más que figuras relevantes del Partido que estaban pasando de comunistas a oligarcas de la noche a la mañana aprovechando sus lazos, su conocimiento, los favores que otros les debían. Los obreros, los hombres y mujeres del Partido como Víctor y Raísa, los pequeños cargos dentro del sistema, eran los descartes de la historia. Antes eran pueblo y pensaron que los cambios los

convertirían en individuos. Tras los cambios pasaron a ser simplemente masa anónima.

La crisis era cada vez más terrible. Se pagaba a los obreros con talones de comida, a veces con piezas de la maquinaria fabricada, otras, ni siquiera se pagaba. Uno de los obreros se suicidó durante su horario laboral. Fue al edificio de las oficinas, anudó una cuerda en la barandilla de la escalera, metió su cabeza en el lazo de la soga al otro extremo y se dejó caer al vacío para que su cuerpo fuera encontrado por los responsables de la fábrica, a los que culpaba de su mala suerte. Sus compañeros dijeron que desde hacía tiempo las cosas le iban mal. Como todos, no llegaba a fin de mes. A Víctor esa muerte le afectó como si se hubiera producido por su culpa. Encaneció a las pocas semanas y dejó el trabajo antes de que acabase el año. Pensó en una jubilación anticipada, pero con el sistema patas arriba no se atrevió a no trabajar más. Además, Raísa, que no dejaba de recibir presiones en el centro municipal en el que trabajaba, tuvo que dimitir porque el ambiente era insoportable. La realidad era que el nuevo director quería el puesto de directora contable para una chica de veintiocho años que era su amante y que no había trabajado nunca. Raísa sabía que era injusto, pero ¿a quién iba a ir a quejarse? El Partido cada vez mandaba menos y los listos, los aprovechados, intentaban hacerse con el mayor trozo del pastel para cuando todo se derrumbara definitivamente. Colocar a los suyos, colocarse ellos mismos. A Raísa le ofrecieron una degradación de su puesto, pasar a ser la ayudante de la amante del director. Prefirió jubilarse.

La situación agónica no se prolongó mucho más. En la primavera de 1991 se convocaron referéndums en Lituania, Letonia y Estonia. En todos salió el sí a favor de la democracia y la independencia nacional. En verano, los tanques soviéticos marcharon sobre Moscú

para deponer al propio Gorbachov, considerado por el Partido un traidor a la Madre Patria. Gorbachov fue detenido en Crimea. Mientras, la televisión mostraba en bucle *El lago de los cisnes* de Chaikovski, como solía hacer cada vez que moría un líder comunista. Así que todos sabían que algo había pasado pero nadie sabía exactamente qué. El ejército se negó a disparar contra la población, que en Moscú salió en masa. Es la única vez que una protesta social ha tenido éxito en Rusia desde la Revolución. Los comunistas se dieron cuenta de que habían perdido, el cambio era imparable. El 1 de diciembre se convocó también un referéndum en Ucrania con una pregunta corta que decía: «¿Apoya usted el Acta de Independencia de Ucrania?». El sí daba la independencia a Ucrania. El no era a favor de mantener la Unión Soviética. Mis abuelos votaron no. Mi padre votó no. Mi madre no fue a votar. Ese mismo mes descubrió que estaba embarazada. El 90 % de los ucranianos votaron a favor de la independencia y yo nacía ocho meses más tarde en una Ucrania nueva, recién nacida también, independiente. Cumplimos años casi a la vez. Y también sufrimos al mismo tiempo las decepciones, el desgarro. En 2022, cuando Ucrania celebró su treinta y un aniversario y yo mi treinta cumpleaños, estuve a punto de morir por un embarazo ectópico. La hemorragia interna solo se paró con una operación de urgencia, con una extirpación de la trompa en la que estaba alojado el embrión. Nuestra sangre corrió al mismo tiempo. Las dos estábamos perdiendo a nuestros hijos.

Cuando nací, mis abuelos me regalaron una alfombra. Era 1992, hacía ocho meses que la Unión Soviética había dejado de existir, el rublo soviético se había devaluado a la espera de ser sustituido por una nueva moneda. El gobierno lanzó al mercado unos cupones que se repartieron entre la población y que servían para comprar bienes básicos de consumo como azúcar, pan, leche y tabaco. Los cupones

tenían una validez de seis meses, y si no se gastaban en ese tiempo, caducaban. Junto con los cupones se lanzaron también unos talones. Ambos sistemas servían para que a la población, que no dejaba de sufrir las fluctuaciones, subidas, bajadas y devaluaciones del dinero, no le faltaran los alimentos básicos para comer. Servían para luchar contra el déficit y la escasez. En teoría. En la práctica, el mundo al que yo vine ya era un mundo en el que había que hacer colas para todo. Colas para el pan, colas para conseguir queso, colas para la leche. Los productos como los embutidos o el chocolate solo formaban parte de los sueños.

En ese entonces sacaron al mercado unas salchichas rosas, de un rosa artificial, que olían a carne ahumada pero que solo contenían un 51 % de carne. El resto era una pasta que combinaba grasa con un aditivo que hasta entonces jamás se había usado en alimentación: celulosa. A esas salchichas las llamaron «infantiles» y los padres las compraban para sus hijos a falta de carne de verdad. También llevaban soja o almidón de patata, todo para hacerlas aumentar de tamaño, hincharlas, hacerlas crecer, crear kilos de salchichas con solo unos gramos de carne. Era la magia de la escasez. Todavía recuerdo su sabor. Me encantaban.

Esos años empezó a haber falta de todo. Quienes tenían familia en el pueblo eran gente con suerte porque podían disponer de leche, si había una vaca, o de huevos propios. Incluso de requesón fresco. Podían tener tomates o pepinos en verano. Manzanas o cerezas. Recuerdo un día a finales de los noventa en el que fui al mercado con mi madre y en un puesto de frutas vi una que no había visto jamás. En unas cajas gigantes había unas frutas alargadas amarillas como en racimos. Qué es eso, le dije a mi madre. Plátanos. Qué era un plátano, nunca había visto tal cosa. ¿A qué sabía un plátano? Le pedí a mi madre uno. Miró su cartera, preguntó a la tendera que a

cuánto estaban los plátanos. Le dijo un precio que debía ser desorbitado porque mi madre solo dijo: dame uno. Al llegar a casa contemplé la fruta exótica. No se parecía a ninguna de las frutas que crecían en el jardín de mi bisabuela, frutas comunes y corrientes como ciruelas o albaricoques. El plátano llevaba una pegatina que decía DOLE. Una banana de Ecuador importada a Ucrania en medio de la crisis económica más bestial que ha vivido el país en su historia. ¿Quién podía permitirse comprar esas frutas? Me comí el plátano ese mismo día por primera vez en mi vida. No debió producirme demasiada impresión porque no recuerdo nada de su sabor.

Así, en medio de las ruinas de un sistema y el nacimiento viscoso y sucio de otro más agresivo, más despiadado que el anterior, mis abuelos decidieron que para qué iba a querer una recién nacida un juguete o ropita de bebé. Lo mejor era regalarle una alfombra, un producto para toda la vida. Podría gatear por ella y luego también mis hijos gatearían por ella porque la alfombra seguiría intacta. No sé qué clase de favores pidieron para conseguir una cosa así durante la crisis, no sé cuánto dinero desembolsaron por ella, pero sin duda se sentían orgullosos de su regalo cuando vinieron a casa de mis padres a conocer a su primera nieta. Mi abuelo me cogió en brazos y estuvo observándome atentamente. Los ojos que a duras penas abría, la nariz, la boca hinchada. Después de un buen rato y al no encontrar en mí absolutamente ningún rasgo físico suyo, dictaminó que había heredado sus orejas. Pequeñas, puntiagudas, un trozo mínimo de carne y cartílago pegado a mi cabeza en el que él se vio a sí mismo y que empezó a querer de forma desproporcionada porque ahora estaba en mí, un ser que acababa de venir al mundo pero que ya llevaba su apellido, el apellido de Konstantín, el apellido de Afanasiev y así hasta el primero de todos, que debía llamarse

Yakov, el hombre del que sus hijos tomaron el nombre. A partir de entonces, mi abuelo siempre que me veía me amenazaba con una voz divertida: dónde están esas orejitas, esa orejita que tienes allí me la voy a comer. Yo reía y corría por toda la casa: no, abuelo, la orejita no, ¿cómo voy a oír si no tengo mis orejitas? Hasta que él me pillaba y me tiraba de ellas con ternura.

Fue él el que me bautizó con el nombre de «Mi Orejita» y después en vez de Margaryta empezó a llamarme Margusha, nombre que enseguida asumí como propio. Yo podía ser Margaryta para el mundo, Rita para mi madre, Margó para mi madrina, Ritochka para mi abuela Liudmila, pero para mi abuelo Víctor siempre sería Margusha. Desde que él ya no está, es el único nombre por el que me llama mi padre.

Es curioso lo que hace la muerte. Un día existe alguien que te llama Mi Orejita y al siguiente no vuelves a oír jamás esa expresión. Nadie vuelve a tirarte de las orejas mientras te persigue corriendo por la casa. Nadie sabe siquiera que esas orejas no son tuyas sino de tu abuelo. ¿Y qué ocurre con todos esos recuerdos? ¿Con todos esos actos que ya no vuelven a repetirse? ¿A dónde van? ¿De quién son ahora? ¿Qué somos nosotros sin ellos? ¿Soy la misma desde que sé que nadie más, jamás, nunca, en toda mi vida, me va a tirar de la oreja derecha pretendiendo comérsela? ¿La siguiente vez que alguien me diga que tengo unas orejas pequeñas y puntiagudas debería decirle que son las de mi abuelo? Un día todo eso está y al siguiente no queda nada y nosotros tenemos que continuar viviendo con el recuerdo igual que tenemos que seguir adelante sabiendo que mi abuelo murió pero sin haber podido enterrarlo. ¿Se produce una muerte si no ves el cadáver, el funeral, la tumba, la tierra, el ataúd, el granito negro con el nombre tallado y la fecha? Nació el 14 de

junio de 1939. Murió el 20 de abril de 2022. Pero ¿está de verdad muerto si yo sigo teniendo sus orejas?

Está sonando la radio. Los gritos de los diputados de la Rada ucraniana que discuten una enésima enmienda a una enésima ley que durará lo que dure el gobierno hasta que caigan ellos, hasta que caiga el presidente por una nueva red de corrupción o porque a alguien le conviene hacer negocio con la confianza de la gente. Víctor cabecea de lado a lado mientras pone en el fuego una tetera blanca esmaltada con un bonito dibujo de flores naranjas. El mango, negro y de metal, está cubierto con un trapo viejo para no quemarse la mano. Mi abuelo dice ayayayayayay, indignado pero no sorprendido por la discusión que vocea la radio. Yo lo miro desde el quicio de la puerta. Saco dos tazas: una de cristal para él, una de cerámica nacarada para mí. Saco la caja verde de té, el bote de polvo soluble de achicoria que mi abuelo bebe como lo hace toda su generación de la posguerra, pensando que casi casi es café. Saco una fuente de cristal de Bohemia llena de bombones. Vamos a tomar el té, él y yo. No sé dónde está mi abuela. Quizás esté descansando. Es la hora de la siesta y la luz que entra en la cocina se filtra, adormilada, por las cortinas de encaje. Todo está rodeado por un halo sedoso, bien visible pero sin estar completamente definido. Es un recuerdo o es un sueño. No lo sé. Pero existe en mi mente y sospecho que este momento también existió en la realidad. La mesa de la cocina cubierta por un mantel blanco plastificado. Los taburetes con cojines que cosió mi abuela a medida. El linóleo que imita un suelo de parquet y que al andar es suave y da la sensación

de hundirse un poco. Estoy en su casa. O estoy en el recuerdo de su casa. Todavía no sé, en este sueño, en este recuerdo, que nunca más los veré vivos. Ni tampoco volveré a ver su casa, ni a poner los pies sobre el linóleo ni a escuchar las voces que salen del transistor colgado en la pared mientras la cocina se llena de vaho y del pitido de la tetera al hervir. Ayayayayay, qué sinvergüenzas, dice mi abuelo, que sigue metido de lleno en la discusión que está sucediendo en Kyiv. Nunca le he oído hablar bien de los políticos. Nunca le he oído hablar bien de ningún político que haya vivido al mismo tiempo que él. Ni los hombres del comunismo ni los hombres de la democracia. ¿Te puedes creer lo que están haciendo?, me pregunta. Yo no estoy prestando atención a la discusión. La luz de la tarde me adormece y todavía no he tomado el té. Mi mente es una sopa caliente. Solo puedo registrar su voz, la luz, el olor del té al infusionarse, el sonido lejano de la radio. Solo puedo registrar que me siento tranquila y en paz, relajada. Me siento en casa. Todavía no sé que no me queda mucho tiempo para seguir sintiéndome así. Que perderé todo esto. Todavía no lo sé y, sin embargo, el momento me parece, de algún modo, especial. Me parece que el tiempo no está corriendo, que estamos en otra dimensión, que esta habitación, esta cocina, está fuera del mundo de los vivos, del mundo ordinario.

He vuelto a esa cocina muchas veces en mi mente. Al momento exacto en el que Víctor y yo nos sentamos a la mesa y tomamos los bombones. Yo bebo té. Él bebe la achicoria negra. Y cada vez que vuelvo a este instante tengo la firme convicción de que en ese momento está sucediendo en esa misma cocina, en esa misma casa pero fuera de la realidad, en otra dimensión, en bucle, donde una y otra vez nos sentamos a tomar el té y el sol nunca se pone y la tetera hierve de nuevo y el caso de corrupción sigue desarrollándose sin llegar nunca al final y afuera no existe la guerra, no existe nada

más que una vida común, una vida corriente y tranquila. Y en esa dimensión él está vivo y yo estoy en su casa y creo aún en la bondad, y no me hago demasiadas preguntas porque todavía no tengo motivos para hacérmelas.

Mi abuelo murió el 20 de abril de 2022. Afuera era invierno. Hacía un mes que los proyectiles habían dejado de destrozar las casas y las calles de Tokmak. Por la ciudad ya no se peleaba nadie. La ciudad había caído. Con ella cayeron varios activistas que a pesar de la ocupación salían silenciosamente a las calles y se plantaban en medio de la carretera con una bandera de Ucrania en las manos. Un trozo de tela. Un símbolo subversivo. También cayó el alcalde al que los rusos secuestraron y torturaron durante semanas porque no se quiso someter. Lo entregaron muerto a su familia cuando ya era primavera pero seguía siendo invierno. La ciudad estaba fría. El sol se negaba a calentar. Adentro era invierno porque las centrales caloríficas llevaban destruidas desde hacía meses. No había calefacción y mi abuelo tuvo que morir en la cama, debajo de varias mantas pesadas. Llevaba sin poder moverse desde marzo, cuando sus piernas varicosas dejaron de responder y solo supieron ser un calvario. Cuando se quedó sin sus medicinas y no se pudo mover más. No había medicamentos. No había médicos. Mi abuelo murió no en el frente, no por un proyectil enemigo, no bajo un aguacero de metralla. Su muerte no fue heroica porque él no fue ningún mártir. Y a los que mueren en la cama nadie los condecora, nadie los suma a la cifra oficial de víctimas, nadie los recuerda. Ese día, por la mañana, vino un pope que era amigo de mi abuelo y estuvo cantando letanías bajito, en un eslavo antiguo místico, oloroso de incienso eclesiástico y cera. Mi abuelo estaba vivo, esperando a la

muerte, consciente de que serían horas, tal vez minutos. Murió esa misma tarde en una ciudad ocupada en medio de una guerra que ya dura cuatro años. Nadie le recordará porque no es oficialmente una víctima. Solo era un hombre común, con una enfermedad común, que sufrió los estragos de una cosa terrible que no debería tener lugar ya en una sociedad civilizada como la nuestra pero lo tiene, lo tiene cada día. No pude salvarle. Mi abuelo murió en invierno y yo ni siquiera pude enterrarle.

Y ni siquiera puedo ir a dejarle unas flores a su tumba.

No puedo hablar con su fotografía en la lápida.

No puedo sentarme en esa tierra fría.

Dejar unos bombones y unas galletas a la sombra del granito como ofrenda a su alma.

Le gustaba el dulce.

Le gustaba sentarse a comer pipas a las seis de la tarde en la cocina, la hora de la luz dorada, cuando se asomaba y veía cruzar el parque a una mujer que él decía que era idéntica a Angela Merkel. Ya está la Merkel volviendo a casa, decía cada tarde señalando por la ventana.

Le gustaba hacer bromas.

Mi abuelo murió y todo lo que me queda es este dolor que me esfuerzo en transformar en palabras porque, mientras escribo, él está a mi lado.

Vivo.

Recuerdo a mi abuelo en fogonazos. La memoria funciona así, de vez en cuando te inunda una sensación, se recrea una secuencia de imágenes en tu mente, ante los ojos. Existen dos mundos al mismo tiempo: el mundo presente y el mundo pasado. No ocurre lo mismo

cuando imaginas el futuro. El futuro no tiene la suficiente fuerza. Quizás por eso escribimos tanto sobre lo que pasó, es lo único que somos capaces de entender.

A veces recuerdo a mi abuelo cuando me recogía del colegio y me llevaba, de la mano, a la escuela de música. La escuela estaba situada justo enfrente del edificio en el que ellos vivían y yo podía ver su fachada cuando me asomaba a la ventana del dormitorio que me asignaron en su casa. Mi educación musical se redujo en total a dos años de ballet y unos pocos meses de piano. Después nos fuimos a España y ya nadie podía llevarme ni recogerme de una escuela de música por las tardes. Quizás por eso recuerdo tan bien esos momentos, porque de pequeña solo quería ser bailarina. Quería bailar *El lago de los cisnes* y salir al escenario, iluminada por un foco, con la música sonando, sola, mostrar todas esas horas que había estado ensayando. Era la segunda mejor de la clase. La primera era una chica muy rubia y blanca, etérea, disciplinada, repetía los movimientos a la perfección y las profesoras la valoraban siempre con la nota más alta. A mí me faltaba disciplina pero tenía más gracia y siempre me echaban la bronca por no haber ensayado lo suficiente. Aunque hubiera hecho bien el movimiento, me exigían una completa dedicación al estudio que yo no era capaz de dar. Si lo había hecho bien a la primera, ¿por qué tenía que seguir ensayando lo mismo? Nunca pude aplicar esas enseñanzas. Me aburría el sometimiento a la perfección que nos exigían esas profesoras con formación soviética. Era impulsiva y más dada a los humores que me inundaban que a la práctica. Cuando en el cuaderno de comportamiento me ponían un cuatro y no un cinco, que era la nota más alta, mi abuelo me preguntaba riéndose que qué había hecho. Yo ponía cara de buena. ¿Cómo iba a hacer su nieta algo mal? Firmaba el cuaderno de notas sin siquiera echarme la bronca. Yo

después le pedía que jugáramos al *Konstruktor* un juguete que había sido de mi padre y que no estaba indicado para las niñas porque consistía en palos y varillas metálicas de distinto tamaño con agujeros por los que se metían roscas y tornillos para juntarlos entre ellos y así formar figuras. Las niñas entonces jugaban con muñecas pero yo no las soportaba. A mí me gustaba jugar al juego de construcción con mi abuelo y crear casas y barcos con varas metálicas. Su mente de proyectista hacía que construyéramos siempre los mejores edificios, tractores, aviones, helicópteros de metal.

A veces me quedaba a dormir con ellos. Mi padre ya había emigrado a España y mi madre tenía que viajar a menudo a Kyiv para gestionarnos un visado. Durante años intentamos que también mis abuelos pudieran venir a visitarnos, no a vivir, sino a ver cómo vivíamos, eso que hacen tantas familias migrantes, presumir de lo conseguido. Nunca lo logramos. A pesar de tener todos los documentos en regla, recibimos dos denegaciones de Extranjería. A cambio, viajábamos cada año a Ucrania. Y cada año, mi abuelo le decía a mi padre que ya era hora de volver, que ya habían ganado suficiente dinero, que en Ucrania teníamos casa y no una hipoteca. Mira todas estas cosas, decía extendiendo los brazos en la cocina de su piso. Todo esto es tuyo. Todo esto es de tus hijos. Todo esto lo hemos ganado nosotros para ti. Con nuestro trabajo, solo con eso. Mi padre asentía. Se sentía seguro de que siempre tendría una casa en Ucrania. Hoy no consigue conciliar el sueño porque todo lo que sus padres habían ganado para él se lo ha quedado alguien.

Los días que me iba a dormir con mis abuelos en su casa de campo nos quedábamos muchas noches a oscuras porque los apagones en los noventa eran constantes. A veces no había luz. Otras no había agua. A veces ni una cosa ni la otra. La versión oficial

era que eran ejercicios y pruebas de funcionamiento. Mis abuelos decían que era la crisis. Que no había dinero ni recursos para que tuviéramos luz toda la noche. Esas noches cenábamos cualquier cosa, patatas cocidas con embutido o una conserva de pescado, y después nos sentábamos a jugar al dominó o a las cartas en la mesa de la cocina alumbrada con un quinqué de queroseno que mi abuelo sacaba de un armarito.

Afuera era noche cerrada. Sin farolas encendidas, la ventana de la cocina permanecía negra, mostrando solo un reflejo fantasmagórico de los que estábamos en la habitación, iluminados por la luz amarilla que salía del centro mismo de la mesa. Sin embargo, durante los apagones era cuando la noche se mostraba menos oscura. Como no había luz en la calle ni en las casas, el cielo se exhibía como un manto resplandeciente de azul añil, más claro si había luna llena y más oscuro si era naciente. Mi abuelo no conocía ninguna de las constelaciones que veíamos, así que simplemente nos quedábamos mirando hacia arriba, esperando ver pasar alguna estrella fugaz. Las estrellas, blancas como caspa sobre un jersey oscuro, permanecían silenciosas como una promesa. De vez en cuando un ladrido rompía el silencio. Enseguida se le sumaban varios ladridos más, algunos más graves y otros más agudos, que yo imaginaba que pertenecían a perros más grandes o más pequeños. Después de varios minutos los perros volvían a callarse, dando por acabado su concierto. De vez en cuando pasaba algún coche por el camino e iluminaba con sus faros los árboles del jardín y las zarzas de bayas que se retorcían al pie de la verja. El viento azotaba suave las hojas de los manzanos y los perales en un susurro. Los troncos espinosos de las zarzas iban llenándose de grosellas y de frambuesas rojas como una llaga. Me daba menos miedo la oscuridad que esos momentos en los que la luz nos iluminaba. Con la luz siempre pensaba que podría descubrir

algo terrible, algo que todo ese tiempo llevaba acechándonos, escondido en la noche, dormido, tranquilo, pero dispuesto a atacarnos ahora que lo habíamos visto iluminado, ahora que conocíamos de su existencia. Como si no saber del peligro fuera la mejor manera de protegernos de él. Como si el peligro tuviera que atacar al ser descubierto, obligado a actuar con maldad porque era la naturaleza que le presuponíamos.

Por supuesto, nada nos atacó. El peligro que ya nos acechaba entonces era muy distinto al que imaginaba mi mente infantil, condicionada por todos los cuentos eslavos que mi madre me leía antes de dormir y en los que había demonios con hachas viviendo en ciénagas, brujas que moraban en casas con patas de gallina y hechiceros inmortales de cuerpo esquelético y altura sobrehumana. Esas criaturas no existían, y cuando la noche empezaba a refrescar y mi abuelo veía que mi hora prudente de dormir se estaba acercando aunque yo juraba y perjuraba que no tenía sueño, y volvíamos a meternos dentro de casa, donde mi abuela ya había preparado mi cama, con unas sábanas de algodón ligeras y suaves por todos los lavados que habían soportado y una manta gruesa de lana que picaba colocada convenientemente a los pies de la cama, las fantasías de los personajes sobrenaturales y las visiones de las zarzas retorcidas se diluían con el tictac de las agujas del viejo reloj de la mesilla del dormitorio. Como una hipnosis, con cada golpeteo de la aguja mi cuerpo se iba haciendo más ligero y mi mente más pesada hasta sumirse por completo en una tiniebla densa. Inconsciente de que el verdadero peligro no eran los malos de los cuentos sino el fin de la apacible infancia. Una inocencia que sería cambiada en solo unos meses por sentimientos que no había sentido nunca hasta entonces y que serían la tónica de mi vida a partir de ese momento, el motivo por el que también empecé un día a

escribir: la pérdida, la nostalgia, y ese terrible sentimiento sin nombre en el que lo que te duele es el mundo que ya no existe, el mundo que ya no volverá pero que todavía vive dentro de ti. ¿Qué hacer sino intentar que sea inmortal escribiéndolo, describiéndolo, para poder volver a él cada vez que puedas?

En mis recuerdos siempre era verano aunque, ahora que lo pienso, debíamos de haber estado en la dacha durante todas las estaciones.

Desde que murió mi abuelo he soñado muchas veces con esas noches. En el sueño ya soy una adulta que va a visitarlos a casa. La casa solo tiene una habitación, una especie de cocina-comedor iluminada por un quinqué que está en el centro de la mesa. Mi abuela y mi abuelo están sentados a la mesa, sorbiendo una sopa, y me sonríen. Yo también tengo delante un plato del que tomo varias cucharadas. La sopa está buena y ellos parecen felices, me transmiten paz. Cuando termino de comer, me levanto y me despido de ellos, que no hablan en ningún momento del sueño. Me dicen adiós simplemente con la expresión de su cara, los ojos un poco entornados, los labios que sonríen. Y yo vuelvo a salir del acogedor comedor en penumbra dejándolos en torno a la mesa del quinqué, con el mantel y las sillas de madera que hizo mi propio abuelo y para las que mi abuela cosió cojines de telas satinadas. Siempre me despierto cuando salgo de la habitación, como si la visita a la casa de mis abuelos en el reino de los muertos se acabase y el sueño, por tanto, no tuviera posibilidad de continuar. Y lo cierto es que cuando sueño con ese comedor, con esa sopa y con sus caras alumbradas por la luz amarilla del quinqué, siento que de verdad he ido a visitarlos, que he vuelto a compartir tiempo con ellos. Me despierto sintiendo en el pecho una bola templada que irradia calma desde mi interior. Como si, al volver a los recuerdos más apacibles de mi

infancia, recuperase la tranquilidad que debía haber sentido entonces y que un día, no sé exactamente dónde ni cuándo, perdí para siempre. Pero todavía me quedan unos restos, en el inconsciente, en el lugar donde anidan los sueños y donde ellos siguen existiendo como si nunca hubieran muerto, como si ninguna guerra hubiera estallado, como si mi infancia no hubiera acabado. Allí también brillan las estrellas y siempre es verano. A veces pienso que también esos sueños son la realidad. ¿Cómo no va a ser real si lo que existe en tu cerebro también lo es? ¿Acaso no es real el amor que sientes o los pensamientos que tienes? No son realidades físicas pero eso no quiere decir que no existan. Por eso también los sueños son una realidad, una realidad extendida y propia a la que nadie más tiene acceso, pero no por ello menos real que la calle que pisas por la mañana o el café que te bebes en el desayuno. Si lo piensas bien, pasamos muchísimas horas al día en esa otra realidad. ¿Existe un mapa de todos los lugares que visitamos mientras estamos dormidos? ¿Y si cada sueño ocurre en una localidad distinta de ese enorme país o ese mundo que vamos conformando a retazos durante las noches? Ni siquiera construyendo sino descubriendo noche tras noche. Hoy visito este lugar en el que me reciben una cocina, una casa, una cancela entreabierta y rodeada de flores. Mañana, quizás, sobrevuele un bosque denso de pinos. Y a lo mejor la casa y el bosque están en realidad muy cerca el uno de la otra, forman parte de alguna aldea. ¿Tienen geografía los sueños? ¿Conseguimos completar el mapa cuando nos hacemos ancianos, cuando estamos a punto de morir? ¿Se nos presenta el mundo que vemos dormidos en su totalidad? ¿Y si ese fuera el verdadero objetivo de que estemos vivos: descubrir el planeta al que viajamos cuando dormimos? Han Kang escribía en uno de sus libros que a veces tenía la sensación de que, aun después de haberse

despertado, los sueños continuaban por su cuenta en algún lado. Si eso es así, mis abuelos podrían estar ahora mismo limpiando la cocina o preparando una sopa nueva en la olla, esperando a que yo me pase unos minutos a verlos durante la noche.

De mi abuela recuerdo que cuando Víctor y ella se hicieron mayores siempre repetía que moriría antes que él. No porque quisiera que él viviera más tiempo sino porque le daba pánico sobrevivirle y quedarse sola. Murió casi con ternura un año antes de la guerra, en la inconsciencia inocente del que ha perdido la memoria, sin entender exactamente lo que ocurría. Mi padre estaba sentado a un lado de su cama. Al otro se sentaba mi abuelo. A Raísa le habían detectado alzhéimer unos años antes aunque el médico dijo que probablemente la enfermedad llevaba extendiendo su neblina desde hacía décadas. Es algo que se ha descubierto ahora, que el alzhéimer existe desde antes de que la persona se olvide de cómo cocinar unos huevos fritos o de que tiene que vestirse para salir a la calle. Los primeros síntomas son cambios de humor o un carácter que se va agriando. Piensas que la vieja está de mala hostia cuando en realidad lo que le pasa es que una acumulación insana de proteínas le está devorando el cerebro.

A veces agradezco que muriera antes que él. ¿Qué hubiera pasado si los dos se hubieran quedado sin luz y calefacción durante semanas? Es imposible explicarle la guerra a alguien que está tan enfermo. Dos años antes de su muerte, cuando llamaba a mi abuela, ella ya no era capaz de reconocerme. Tampoco reconocía ya a mi padre, su hijo. Cada vez que hablábamos por teléfono, ella inventaba una historia distinta de lo que le pasaba y de cómo había sido su vida. Una vez, cuando se enteró de que yo había publicado

un libro, me dijo que iba a leerlo. «¿Pero cómo lo vas a leer, abuela, si está en español?», pregunté. «Lo voy a traducir», dijo ella firme y resolutiva. «Pero, abuela, tú no eres traductora», respondí, y ella decidió que sí que lo era. «De joven estudié Traducción en Moscú», dijo. Mi abuelo siguió el juego pero después, cuando le pregunté, me dijo que la primera vez que había estado en Moscú fue en un viaje de trabajo cuando tenía cincuenta años y que jamás estudió nada que tuviera que ver con la literatura: toda su vida había sido contable. En otra ocasión, cuando la llamé, me confundió con una amiga de su juventud llamada Nadia. «Nadia, no sé si ir a la peluquería a cortarme el pelo», dijo. Estuvimos hablando de peinados a pesar de que ella llevaba el mismo desde que yo tengo memoria. Después me confesó que quería estar guapa para una cita.

Su recuerdo es más borroso que el de mi abuelo, como si ella, al perder la memoria, también se hubiera llevado fragmentos de los recuerdos que yo tenía. Recuerdo que no me dejaba pisar descalza sus alfombras y que yo, cuando ella no miraba o antes de dormirme en el cuarto de su casa que tenían para mí, me quitaba los calcetines y pasaba los pies en círculo por encima del tejido hasta que me ardían las plantas de los pies. Recuerdo que no le gustaba especialmente plantar el huerto de la dacha. Tampoco es que lo necesitase, tenía dinero suficiente para no desperdiciar ni una gota de su sudor en la tierra y comprarlo todo en el mercado. Pero aun así, cada año plantaba tomates y patatas y pimientos y toda clase de verduras como obligada por un deber ancestral que había heredado de sus padres y sus padres de sus abuelos y sus abuelos de sus bisabuelos... A ella, lo que se le daban bien eran las flores y los arbustos de bayas que crecían cerca de la cancela y que yo picoteaba en cuanto las frambuesas se tornaban de un rosa intenso. Tenía enormes y fragantes rosales en el jardín y macetas de

geranios en cada alféizar. Le gustaban especialmente los geranios color coral. Cuando la enfermedad fue avanzando, también murieron los geranios: se olvidaba de si los había regado o no y acabó inundándolos.

Era extremadamente ahorrativa y cuidadosa y en su casa no entraba nada que no fuera la sustitución de algo roto. Las cosas, por supuesto, se rompían solo después de un uso de décadas. De hecho, la última vez que estuve en su casa, en 2019, seguía usando una aspiradora de fabricación soviética, ollas soviéticas, un hervidor que tenía más de cincuenta años y muebles de la peor época de la guerra fría. El lema era: compra una vez y cámbialo solo cuando deje de ser utilizable. Aun así, consiguió acumular un buen conjunto de prendas que colgaban en las perchas de su armario. El año en el que estuve por última vez en su casa, en uno de sus pocos momentos de lucidez, abrió un armario y, pasando las manos por la ropa que colgaba, dijo: «Tantas cosas y todo para ahora no necesitar absolutamente nada». Por un instante fue consciente de que todas esas cosas que había coleccionado y cuidado durante tantos años no podría llevárselas a donde fuera que iba a ir una vez muerta. Los vestidos de flores y abrigos de recia lana soviética iban a sobrevivirla colgados como estaban en esas perchas. También lo harían las sábanas y toallas que eran de su ajuar y que ella aún usaba. Las tazas y las ollas. Los cubiertos. Las alfombras, que pensó que yo heredaría algún día, ahora están manchadas de barro o quizás en la basura. El piso en el que ella vivió y murió, en el que mi abuelo vivió y murió, fue primero ocupado por las tropas rusas. Un contingente de soldados se paseaba por el comedor y los dormitorios sin descalzarse las botas embarradas, cocinando en las ollas esmaltadas de flores, comiendo en los platos que yo compartía con ellos y con los que todavía sueño. Después llegaron el médico y

su familia. En los armarios siguen el ajuar y las faldas y las blusas que mi abuela usaba para ir al trabajo. En el último cajón del mueble del salón está guardado el álbum con sus fotos de boda, el álbum con las fotos de mi padre de niño, el álbum de sus vacaciones en el mar Negro. En las repisas del mueble, mi yo de cinco años con un enorme lazo en la cabeza observa detenida en el tiempo cómo esos soldados que han venido a Ucrania a asesinar se sientan por las tardes a ver la tele de plasma que mi padre les regaló en su último viaje. Y todo lo que hay en ese piso, sus cosas, nuestros recuerdos, nos ha sido arrebatado. Igual que muere la memoria en un cerebro masticado por el alzhéimer.

Un día, mi abuela sacó del fondo de su armario una gran caja blanca y la colocó sobre la mesa del salón. Ven a ver esto, me gritó. Yo fui corriendo. ¿Qué es eso, abuela? Ella puso una sonrisa enigmática y levantó despacio la tapa. Yo me asomé. En la caja solo había una cosa: una larguísima trenza, gruesa, perfectamente hecha y anudada. El color del pelo era idéntico al de mi propio pelo. Yo me toqué instintivamente la trenza que esa misma mañana me había hecho mi madre. Mi abuela se rio. Es mía, cuando era joven tenía el pelo larguísimo y me lo trenzaba así, y cuando me casé me corté la trenza de raíz y la guardé para poder enseñarla alguna vez a mi nieta. Era bellísima. Me parecía imposible que hubiera pertenecido a mi abuela, que siempre había llevado el pelo con la permanente hecha, con mechones canosos que se alternaban con los rubios y por encima de los hombros. La toqué con cuidado. El pelo seguía suave y sedoso, como recién lavado. ¿Por dónde te llegaba el pelo, abuela? Por aquí, respondió señalando más abajo de la cintura. ¿Entonces por qué te lo cortaste?, ella se rio. Ya no podía seguir llevándolo tan largo, contestó.

No hace mucho descubrí que la trenza era un símbolo de la belleza eslava. Nunca me pregunté por qué de pequeña mi madre me trenzaba el pelo. Dejó de hacerlo cuando llegamos a España porque ya no tenía tiempo por las mañanas o porque muchas de ellas se levantaba y se iba al trabajo antes de que yo me despertase, así que no le di ninguna importancia. Pero un día leí que el mandato de cepillarme el pelo cuarenta veces seguidas antes de acostarme, cosa que dejé de hacer cuando dejaron de trenzarme el pelo, viene de la antigua cultura eslava. Por lo visto, los pueblos eslavos creían que cepillando así el pelo recuperarías la energía perdida durante el día y que la trenza te protegía de las maldiciones. Al trenzarla, las muchachas recitaban: «Trenzo mi cabello, enredo, enredo pensamientos ajenos, malvados, que no puedan desenredar mi cabello, que no me echen mal de ojo, que no me ofendan, que no me priven de mi voluntad. Clavo el peine en la trenza, clavo el peine al enemigo y al ofensor, que los malos pensamientos regresen a él, y no me toquen a mí. Mi palabra es firme». La trenza era también sinónimo de fuerza vital y, por eso, los muchachos elegían casarse con la chica que tuviera la trenza más gruesa, porque era una muestra de su salud. La noche antes de casarse, la muchacha se despedía con sus amigas de su trenza, símbolo virginal. A partir de entonces tendría que llevar dos trenzas, símbolo de la mujer casada, o cortarla de raíz, regalársela a su novio y, a partir de entonces, cubrirse la cabeza con un pañuelo. Mi abuela no se cubrió jamás el pelo con un pañuelo. Prefirió hacerse un moderno peinado con el pelo corto, al estilo de los años sesenta, y después llevarlo ondulado por la permanente. Nunca permitió que volviera a crecer más allá de los hombros. Recuerdo que una vez, siendo yo ya adulta, mi bisabuela, la abuela de mi madre, me dijo un día: Trénzate el pelo. No está bien que lo lleves así, suelto. Ella, que también se cortó la

trenza al casarse, sí se puso un pañuelo y lo llevó hasta el día de su muerte. Solo se lo quitaba para dormir. No se permitía ni siquiera salir a su propio jardín sin pañuelo, hiciera el tiempo que hiciera. Tenía una gran colección: pañuelos con distintos estampados, algunos más alegres, otros más otoñales, pañuelos ligeros de verano o de lana de invierno, pañuelos festivos y pañuelos de luto. Cuando me dijo que me trenzase el pelo, lo que me quería decir era que la trenza me protegería de la mala suerte que los eslavos creían que atraía el pelo suelto.

A veces me viene a la mente una imagen que, aunque debe ser un recuerdo, se presenta de una forma tan realista que casi siento que, si me esfuerzo, puedo verla por la ventana. Es verano pero todavía no hace demasiado calor, debe ser junio. Sopla el viento y los álamos baten sus hojas, unas contra otras, provocando un susurro violento. El viento arranca su pelusa blanca, que vuela por el aire y se va compactando en largas bolas vellosas que se arremolinan al borde de las carreteras, entre el bordillo y el asfalto, como nieve veraniega. Sé que estoy en Tokmak. La ciudad me abraza y me acoge como si no me hubiera ido nunca. ¿Dónde se almacena ese recuerdo? ¿Qué tamaño tiene? Debe ser enorme si soy capaz de recrearlo tan bien hasta sentir que ni siquiera es un recuerdo sino la realidad. En la imagen no me veo. Yo no existo en ese recuerdo, lo único que existe es el asfalto, la pelusa, el calor, el olor de los tilos.

El año en el que empezó la guerra, en junio, fui a Berlín a entrevistar a la escritora rusa disidente Liudmila Ulitskaya. Mi abuelo ya había muerto para entonces y, como muchos ucranianos, yo trataba de recuperar mi vida. Normalizar el dolor. Normalizar la muerte y la violencia para poder seguir viviendo. Recuerdo que

enfermé de gripe la misma noche en la que llegué a Berlín y, después de la entrevista, en un estado de mareo y aturdimiento, empecé a vagar por las calles de la ciudad sin tener muy claro dónde estaba. De pronto, como si alguien me hubiera empujado al pasado, el recuerdo de Tokmak se materializó hasta empezar a confundirse con la realidad. Me quedé parada en mitad de la calle, mirando hacia los lados, tratando de saber qué había ocurrido, por qué mi infancia me había asaltado de nuevo. Al mirar hacia arriba, vi las copas de dos, tres, cuatro tilos enormes, majestuosos, que se mecían con el suave viento del atardecer como gigantes bondadosos. Era eso. Era el olor canicular de los tilos que también había olido en mi ciudad siendo pequeña, que había impregnado mi memoria, empapado mi mente, modificado mi ADN hasta hacerme sentir que casa era cualquier lugar que oliese así. Desde entonces, cuando vuelvo a oler los tilos en primavera, el gatillo de los recuerdos se aprieta. Pam. Tengo que cerrar los ojos, sentarme en algún banco, dejar que esa sensación me sumerja por completo, respirar bajo el agua. La sensación no es alegre. Es un cobijo empapado de nostalgia por lo que un día fue y por lo que ya nunca será porque no existe. Porque Tokmak murió el día que murió mi abuelo y porque el lugar en el que la ciudad todavía se yergue es un lugar ajeno. Un lugar delimitado por las fronteras. Zona ocupada. Zona tomada por el ejército ruso, anexionada por la violencia a Rusia. Una ciudad a la que ya no llevan los caminos que antes transitaba. La ciudad en la que yo nací está ahora en un país que no permite la entrada de personas como yo, y que si la permite es para detenerlas por ser agentes extranjeros. Tokmak es inalcanzable como un sueño. Sé que sigue en algún lugar, sé que siguen allí las tumbas de mi abuela, de mi abuelo, los álbumes de fotos, la trenza en la caja escondida en el último estante del armario. Pero ese lugar está de mí a la misma

distancia que la Luna. En el mismo lugar en el que duerme la infancia. Absolutamente imposible de alcanzar.

No entiendo mi lugar en el mundo si no puedo volver al lugar en el que nací. Me siento en el aire, flotando, sin poder posar los pies sobre la tierra. Esto no es ni siquiera un exilio, es una imposibilidad, una prohibición, una privación de la libertad de volver a casa. ¿Cómo puede existir algo así? No creía que alguien pudiera prohibirme vivir en la tierra que mis pies pisaron por primera vez, en la que aprendí a andar. ¿Qué derecho tienen? No me gusta hablar de patrias. El mundo se ha llenado de patriotas profesionales que vocean consignas chovinistas y no me puedo colocar a su lado. A mí no me han robado una patria. Lo que a mí me han robado es la infancia, las tumbas de mis muertos, los muros entre los que están mis recuerdos, los objetos que fueron de ellos y que debían ser míos por el orden natural de las cosas, por el orden natural de la familia, la herencia y la evolución. Y yo lo único que he heredado es un apellido, la forma de las orejas, el hoyuelo de la barbilla y un idioma que cada vez utilizo menos porque cada vez tengo menos personas con las que hablarlo. Tengo todos estos recuerdos que me esfuerzo en dejar plasmados porque mi herencia está hecha de aire, de momentos que me pueden ser arrebatados con un solo soplo de viento. Que morirán por el paso del tiempo. Que morirán.

El día que empezó la guerra y mi abuelo aún vivía, no pude escribir en mi diario. Sé que debía haberlo hecho, al menos escribir un «Hoy Alemania ha declarado la guerra a Rusia. Por la tarde fui a nadar», como hizo Kafka. En cambio, solo pude guardar silencio. Había ido

temprano a la redacción. Ayudé con todo lo que pude. Di a mis compañeros toda la información que mi familia me estaba dando desde allí. Al día siguiente fui a la tele a relatar algo que no era capaz de asimilar ni entender. No me parecía que estuviera en un sueño, solo que el mundo se había vuelto loco y todos estaban dementes y yo no entendía nada.

En cambio sí pude escribir el día que murió mi abuelo.

> Esta tarde ha muerto mi abuelo. Lo ha hecho justo después de mi llamada de casi una hora a mi abuela Liudmila en la que me dijo que el abuelo llevaba siete días sin comer y dos sin beber. No sé qué habrá sido lo último que ha pensado. Era plenamente consciente de que se estaba muriendo y de que todos esperábamos desde hace un mes su muerte porque ya no lo podían curar. Siento más rabia y enfado que tristeza. Lo siento mucho por mi padre, huérfano ahora. En las muertes y en las guerras hay poco consuelo en los libros, lo estoy aprendiendo ahora. Si acaso en escribirlos. Pero no te cura leerlos ni consiguen distraerte. En la muerte siempre es difícil hacerse a la idea de que esa persona que hasta hace unas horas respiraba, contaba chistes e historias, tenía algún deseo, ya no existe ni habla y carece de deseos y propósitos. Eso es lo más cruel de la muerte: que los que quedamos vivos tenemos que aprender a vivir con solo su recuerdo. Con el eco de los que se fueron.

Mi abuelo tardó en morir más de un mes. Y durante todo ese mes, día tras día, hora tras hora, sabía que se estaba muriendo. Desde que Tokmak fue tomada, él fue plenamente consciente de que no iba a ser salvado. Nadie le llevaría al hospital, nadie detendría la gangrena cortando la pierna negra llena de llagas que no dejaban de supurar. La fiebre ya no le iba a volver a bajar. Durante ese mes en el que ya no le quedaban fuerzas para levantarse de la cama, se limitó a permanecer tumbado en su lado, el izquierdo, y esperar a la muerte. De vez en cuando reunía suficientes fuerzas para sacar el brazo de las mantas y pasarlo por el lado derecho de la cama, como solía hacer cada noche desde que un año antes, en ese mismo lugar, había muerto mi abuela.

Liudmila, mi abuela materna, y su segundo marido se mudaron a su piso para cuidarlo sabiendo que estaban cuidando a un moribundo. Cuando atiendes a alguien que se muere lo que en realidad haces es esperar su muerte. Si el proceso se alarga, la pena y el primer estupor van transformándose poco a poco en cansancio. Un agotamiento atroz físico y mental. Cuidar a alguien que se muere es duro, no sabes en qué momento exacto dejará de respirar y la incertidumbre y la impotencia vacían tu cuerpo como se vacía una cáscara de nuez.

Las personas nos dividimos entre los que se mueren rápido, de inmediato, los impacientes, y los que tardan semanas, meses, a veces años en morirse. Siempre he creído que me gustaría ser como los primeros. Pam, y muerto. No quiero morir como murió mi abuelo.

Su funeral fue rápido. El cuerpo se bajó al banco de debajo del edificio de pisos en el que había vivido. El ataúd estaba descubierto para que todos los vecinos pudieran pasar a despedirse de Víctor Konstantínovich por última vez. Qué bueno era. Un santo. Aguantar tantos años la enfermedad de su mujer. Qué mujer... (cabezas que se balanceaban de un lado a otro). Qué carácter... Y él siempre tan bueno. Siempre con su bicicleta. De viejo seguía usando la bicicleta. Siempre dispuesto a ayudar. Me consiguió arreglar lo del contador de la luz y no quiso que le diera nada a cambio. Konstantínovich. Un poco ruso era. ¿Tú crees? No le oí hablar nunca en ucraniano. Su mujer sí lo era (cabezas que vuelven a negar). ¿Sabes que plantó este nogal? ¿Fue él? Sí, nada más mudarse. Bueno, al menos eso deja. ¿Dónde está su hijo? En España. Si antes venía poco, ahora... Ya.

El funeral fue rápido porque el cementerio es un campo abierto en el que los vivos corren el peligro de no salir nunca de su cercado. Durante el entierro se seguían oyendo tiros que venían o del este o

del oeste. De la misma ciudad. O de las afueras, ahí donde el río corre pero su sonido ya no tranquilizaba porque no era capaz de apagar el ruido de las explosiones. Mientras los enterradores se apresuraban a echar paladas de tierra sobre el ataúd a cambio de una botella de medio litro de vodka, las mirillas de los soldados apuntaban a mi abuela, a mis tíos. Era como cuando sabes que alguien te está taladrando con la mirada por la espalda, dijo mi abuela después. Se te erizaba la piel, se te revolvían las tripas, ni una despedida en paz. Cuando el agujero estuvo lleno hasta los topes, colocaron una corona de flores blancas sobre el montículo. Una cinta negra satinada cruzaba las flores y decía: DE TU HIJO Y TUS NIETOS. Es decir, mi padre, mi hermano y yo. Mi abuela hizo una fotografía y nos la mandó. Es una tumba muy bonita, puso. El trabajo ha quedado bien hecho, escribió. Lo hemos enterrado con gracia.

Un funeral para los emigrados es siempre un funeral en diferido.

Cuatro días después de la muerte de mi abuelo escribí en mi diario:

> ¿Sabes cuando quieres llorar y no puedes? ¿Las lágrimas no te salen? ¿Se te arruga la cara pero no se te moja? Así. Así se siente la muerte.

He tenido que esperar tres años para poder escribir esto. El dolor no es creativo. No importa lo que te digan. Ni el dolor ni el miedo son fuente de buena literatura. Si acaso son el muro en el que nos apoyamos los que queremos gritar a diario pero no sabemos cómo hacerlo sin espantar a los seres humanos que pasan por nuestro lado. Son el trampolín sobre el que saltamos.

A veces busco una señal, un motivo que me lleve a Tokmak. La busco en el crujido específico que hacen las hojas de los álamos cuando las agita el viento, como de páginas de revista.

Hace poco me mudé de barrio en Madrid. En mi barrio nuevo hay abedules y también álamos que sueltan pelusilla en julio. El día que vino mi hermano a verme y paseamos por las calles de la zona, se paró, miró un álamo gigante y me dijo: Cada vez que veo estos árboles me parece que estoy en Ucrania, ¿no te pasa? Mi hermano, que nació en España y que solo conoce la Ucrania que le enseñamos un mes cada verano durante nuestras vacaciones. Asentí. Se me hizo un nudo en la garganta. ¿Es posible sentirse enferma de nostalgia por un paisaje? ¿Por un olor? ¿Por no oír el trino de los pájaros que oías cuando naciste? ¿En qué lugar de la memoria se almacenan los recuerdos de la infancia? Los psicólogos han determinado que la mayoría de los seres humanos no recuerda absolutamente nada de lo que vivieron hasta los cinco años, a no ser que se trate de un recuerdo realmente traumático. El evento se llama amnesia infantil y ocurre porque el cerebro está desarrollándose tan rápido que se deshace de conexiones que no son necesarias para la vida futura. Pero eso no quiere decir que esas memorias hayan desaparecido para siempre. Más bien quedan almacenadas en algún lugar del inconsciente al que es muy difícil acceder. Hasta que, de pronto, un disparador las acciona. Una luz, un sonido, un sabor. Y ni siquiera así logramos rescatar el recuerdo, solo una sensación de familiaridad. Como aquel día en el que hasta Berlín me pareció casa por un espacio de varios minutos. Aquel día aún pensaba que la guerra duraría solo unos meses.

La casa de mis abuelos, donde él y yo tomábamos el té, donde yo tenía un cuarto propio con dos camas y un escritorio, donde planeaba sentarme a escribir mi segunda novela, fue ocupada porque estaba vacía. La que dijo que en el piso no vivía nadie fue la administradora del edificio. En 2013 apoyaba el Euromaidán, las protestas en Kyiv contra un gobierno prorruso. En 2022 quería seguir viviendo y no tenía a dónde ir, así que se hizo colaboracionista. Fue ella la que le dijo a mi padre que los soldados, antes de que llegase el médico, al irse, se habían llevado la televisión, la lavadora y el sofá en el que mi abuelo había guardado la bandera de la Unión Soviética que quitaron en diciembre de 1991.

Imagínate la sorpresa cuando lo abran. Pensaban que estaban matando a nazis y en realidad mataron a alguien que podría haber sido su propio abuelo.

Fue más o menos al año de que comenzase la guerra cuando empecé a darme cuenta de que ya no volvería. O que quizás, si algún día volvía, no sería para visitar a ningún familiar vivo. No volvería a casa de nadie. Solo podría ir de visita al cementerio, llenar el jarrón de granito de agua, poner unas flores y unas galletas sobre la tumba, tal y como manda la tradición eslava. Para honrar a los muertos. Me imaginaba volviendo quizás a los cuarenta y cinco, quizás a los cincuenta. La fecha de mi vuelta dependería de la fecha de la muerte de Putin. Si él seguía vivo, las ciudades en las que vivían mis familiares, Tokmak y Mariúpol, seguirían estando en la zona ocupada. Continuarían formando artificialmente parte de Rusia. Volver una vez muerto él se me presentaba como la opción más optimista. Por desgracia, mi abuela, la única persona de mi familia que sigue viviendo en Ucrania, en la zona ocupada, nació el mismo

año que Putin. Habiendo vivido la guerra, me cuesta pensar que su esperanza de vida sea más larga que la de él.

La opción más pesimista es no volver jamás. Tal y como pasó con los niños que nacieron en una ciudad llamada Königsberg durante la Segunda Guerra Mundial, y que huyeron con sus padres o de los nazis o de la guerra, y que a día de hoy no pueden volver a las calles en las que crecieron, en las que se conocieron sus padres, porque Königsberg ahora es Kaliningrado y el Estado soviético primero y el ruso después les sigue denegando la entrada. Y a veces también me pregunto, si ya todos estarán muertos, ¿volver para qué? Si algún día tengo hijos, ¿serán como esos adultos americanos que viajan a Ucrania o a Polonia con una foto en el bolsillo buscando las casas de sus antepasados judíos que huyeron por la Segunda Guerra Mundial a América? ¿Buscando su *shtetl*? ¿Buscando los establos donde sus tatarabuelos criaban caballos y los espejos ante los que sus tatarabuelas se trenzaban el pelo? ¿Vendrán mis hijos o mis nietos y dirán: aquí la abuela hacía ballet, aquí se subió al tanque 209, aquí trepó al albaricoque pero luego tuvo que llamar a su madre porque le daba miedo bajar? ¿Mirarán las caras grabadas en las tumbas de mis muertos, que también serían los suyos pero no demasiado porque les parecerá gente muy antigua, gente con unas vidas muy ajenas? ¿Lograrán sentir algo cuando huelan el tilo y vean las amapolas crecer al borde de la carretera en esas cunetas que ahora están llenas de minas antipersona?

Al mismo tiempo que me di cuenta de que ya no volvería, deseé volver con más intensidad que nunca. Es un proceso automático. Si no puedes tener algo, lo deseas con todas tus fuerzas. Cuando la gente me decía: Hay otros ucranianos que están viajando a Ucrania, ¿por qué no haces tú lo mismo? Yo solo pensaba: ¿Para qué? ¿Para qué voy a ir a Kyiv o a Lviv o a Odesa, ciudades que no me dicen

nada, calles por las que nunca he paseado, casas en las que mi familia nunca ha vivido?

A veces me quedo sentada en el sofá y abro Google Maps como alguien abre Instagram. Pongo Tokmak en el buscador. La calidad de Google Maps con las ciudades ucranianas nunca ha sido muy fina, nadie las buscaba en el mapa. Las fotos satelitales son borrosas y no puedes colocar al muñequito amarillo en las calles asfaltadas porque nadie ha habilitado la función. Solo puedes ver rectángulos y cuadrados de varios tonos de gris, algún tejado rojo o amarillo, parques marrones y secos porque las fotos no fueron tomadas en verano. De hecho, las fotos de Tokmak parece que ni siquiera fueron actualizadas con la guerra. Las calles están intactas, así como los edificios. Tokmak sigue viviendo en una época de paz, una época anterior a febrero de 2022. En ese Tokmak, en la calle Shevchenko, mis abuelos están vivos. Mi abuela está regando sus geranios color coral en los alféizares de la ventana. Mi abuelo está poniendo a hervir la tetera blanca esmaltada con un dibujo de flores para tomar el té de media tarde. Las ramas de los castaños enfrente de la única imprenta de la ciudad están empezando a soltar yemas brillantes, de un verde clarito, prietas como coles de Bruselas. En el aire empieza a oler a primavera, a deshielo y a vida. Recorro las calles mirando la pantalla del móvil, moviendo el dedo por la imagen de satélite de Tokmak. En algunos puntos, un círculo azul me indica que alguien ha hecho una foto de la zona y la ha subido a Google para alimentar el sistema. Pincho sobre ellas. Una es de la rotonda enfrente de la estación de autobuses. Es verano en la foto, hay una luz pura, intensa. Recorro la foto con los dedos. En una esquina se ve parte

del mercado al que iba los sábados por la mañana de la mano de mis abuelos. El mercado construido sobre los huesos de los muertos.

Mi padre y yo pensábamos que el médico que vivía en el piso en el que vivió y murió mi abuelo solo estaba de paso. Que era temporal. Yo incluso le dije a mi padre que le escribiera. Hola, qué tal, soy el dueño de la casa en la que estás. Ya sé que no has elegido estar concretamente en esa casa, en mi casa, que te la han adjudicado sin que tomaras absolutamente ninguna decisión, pero ya que estás en mi casa, quería presentarme. No, no voy a hacer nada para quitártela. La situación es la que es, ya sabes. No puedo ir allí y echarte aunque me gustaría echaros a todos. Pero solo te escribo para decirte que, bueno, ya que estás en mi casa, ¿podrías cuidarla un poquito? Mis padres quisieron mucho esa casa. Quisieron que todos esos muebles, las alfombras, las cacerolas lacadas, un día me los quedara yo. Sí, todo eso que ahora a ti te parece basura, reliquias de una época pasada. Pero no me negarás que está bien conservado. Como sea, lo que quiero decir es: ¿puedes intentar no cambiar mucho las cosas? ¿No romperlas, usarlas con cuidado? La caldera de gas tiene truco para encenderla. Tienes que apretar la manivela, acercar la cerilla y luego girar la llave poco a poco, lentamente pero sin pausa. Si te paras, la llama se apaga y tienes que volver a empezar. Los geranios de la ventana no sé si siguen allí pero, si los sigues teniendo, se riegan una vez al día. Preferiblemente por la mañana, entre las siete y las ocho, cuando los primeros rayos de luz comienzan a filtrarse. ¿Sabes esos rayos de sol que todavía no son blancos ni amarillos sino azules, pálidos? Cuando alumbren, esa es la hora de los geranios. Mi madre los quería mucho

y estoy seguro de que mi padre los siguió regando incluso cuando habíais cortado el agua en febrero.

Por supuesto, mi padre no le escribió. Pero se enteró por la misma administradora del edificio que delató que la casa estaba vacía que el médico tiene tan poca intención de irse que incluso ha traído a su mujer y a su hijo de Rusia. El hijo ya está inscrito en el colegio, el mismo al que yo iba y que está al cruzar la carretera. Se ve desde la ventana de mi dormitorio. La ventana que ahora supongo que es de su dormitorio. Me lo imagino como Ricitos de Oro, probando mi cama, la que estaba en el lado derecho de la habitación, arrimada a la pared. Probando la cama de mi hermano, dispuesta en el lado izquierdo como si se tratara de un espejo. La de mi hermano crujía al moverse así que imagino que se habrá quedado con la mía.

La mujer, a la semana de llegar a la casa, dio la orden de descolgar todas las alfombras de las paredes. Las dos del salón, las dos de mi habitación, la del dormitorio de mis abuelos. Las sacó a la calle y las dejó de pie, enrolladas, al lado de los mugrientos contenedores de basura. También sacó una mesita y bolsas con ropa. Supongo que dentro están las corbatas de colores de mi abuelo, sus americanas, las decenas de camisas que llevaba al trabajo. Los vestidos de señora de mi abuela, con su corte clásico de los setenta, el corte del que nunca pudo cansarse. Sus pequeños zapatitos del 36. Teníamos el mismo pie, mi abuela y yo, y cuando mi padre quería regalarle zapatos, siempre me llevaba a la tienda para que hiciera de modelo. Yo me sentía fuera de lugar con mis vaqueros rotos y las sandalias de piel rojas con suela de cuña ortopédica que mi padre me hacía probarme. Cuando se cruzó con la administradora, la mujer le anunció que iban a hacer reforma. Se ha quedado muy anticuado el piso, le dijo. Vamos a reformarlo todo. Vamos a quitar el papel de la pared y los azulejos esos blancos de la

cocina. Y la nevera, ¿te puedes creer que la nevera se hiciera cuando yo aún no había nacido? Vamos a poner una nueva. Y un horno decente y a tirar todas esas ollas lacadas soviéticas. Hay que ver cómo algunas personas se quedaron a vivir en el pasado. Pero ahora ya estamos en el futuro, el futuro ya está aquí y vamos a reformar nuestra casa y ponerla al día. Dijo nuestra casa. Lo dijo creyendo de verdad que ya era suya. ¿Pero dónde está el papel que lo dice? ¿La has comprado? ¿La has pagado? ¿Acaso la has heredado? ¿Es esta tu casa? Usurpadores. ¿Es esta tu ciudad? Invasores. ¿Qué derecho tienes a tocar todas estas cosas? Delincuentes, bandidos, canallas, ladrones, asesinos. ¿Es esta vuestra tierra? Ocupantes.

Le voy a escribir, me ha dicho mi padre cuando me ha contado que están reformando la casa. Al médico ese, le voy a escribir. ¿Y qué le vas a decir, papá? ¿Que no rompa nada, que cuide las cosas, que no tire lo que no es suyo? Lo que le voy a decir es que si un día consigo llegar hasta él, le voy a partir las piernas.

No se va el sabor agrio en la boca, el desasosiego del pecho. Unos nervios que tensan las venas como cuerdas de violín. ¿Cómo? ¿Cómo es tan fácil que de un día para otro todo se vaya, sencillamente, al carajo? Esa mujer que ahora despacha y ordena y manda sobre unos sesenta metros cuadrados que no son suyos como si fuera María Antonieta en Versalles, esa mujer que cree que vive en el futuro, que es merecedora de la suerte que tiene, de la gracia que le ha caído del cielo en forma de un piso en el centro de una ciudad ocupada, esa mujer imbécil cree que también la posteridad le pertenece. Que forma parte de algo más grande. Que ya tiene su lugar asegurado en el mundo. Esa mujer ilusa, de la que

lo desconozco absolutamente todo, nombre, rostro, cuerpo, es tan ingenua que cree que su futuro será estable, duradero, eterno. Pero no hay nada eterno excepto la muerte. También nosotros creímos, teníamos planes. Yo, por ejemplo, al terminar de escribir mi primer libro, le prometí a mi abuelo que el segundo lo escribiría en su casa, en mi escritorio, el mismo en el que aprendí a leer y rellené mis cuadernos de caligrafía. Le dije que me vendría bien alejarme de esta vida y volver al lugar al que pertenezco, dormir en mi cama, con las mismas sábanas con las que dormía a los tres, a los cinco años. Le dije que estaría un mes viviendo con ellos, como antes, como cuando era niña. Incumplí todas mis promesas. Nunca volví a sentarme en mi escritorio. Ni a darle vueltas al globo terráqueo que tenía encima, con el que aprendí los países del mundo y vi por primera vez la distancia que nos separaría cuando me fuera a España. Y nunca podré volver a hacerlo porque también mi escritorio fue puesto al lado de los cubos de basura mugrientos.

La noche en la que supe lo de la reforma, justo antes de caer en la inconsciencia del sueño, me incorporé de golpe recordando. En ese mismo escritorio se sentaba mi abuela las noches que no podía dormir y se ponía a llenar libretas y libretas. Cuando se cansaba, las guardaba en un cajón de la mesa. Tenía muchas, decenas de libretas así, llenas de su letra. ¿Qué escribía? No lo sé. Soy tan celosa de mis propias libretas que no he concebido jamás mirar en las libretas ajenas. Pero ahora me arrepiento. Quizás allí estaba todo lo que he buscado al intentar escribir este libro y que no he conseguido encontrar, los huecos que no he conseguido rellenar. Las historias que se ocultaron y que ella solo compartió con el papel. Y ahora se han perdido para siempre como se han perdido sus zapatitos y sus vestidos y sus pintalabios color coral y el lápiz que usaba para delinearse las cejas.

A veces, antes de dormir, le pido al sueño que no viene: Por favor, por favor, haz que hoy sueñe con ellos, haz que sueñe con lo que no me contó, haz que aparezca y me hable en sueños y me diga las respuestas a las preguntas que no dejo de hacerme. Lo pronuncio como si hubiera un dios de los sueños, alguien a quien poder rezarle y pedirle deseos. Por supuesto, los días que más deseo que aparezcan son los que seguro que no aparecerán.

Desde que empecé a escribir este texto no han venido a mí ni una sola noche. Están mudos, en algún lugar al que no tengo forma de llegar. Durante la escritura de este libro han estado conmigo. Me han acompañado como te acompaña el viento al andar. Sientes que está a tu lado, paseando contigo, pero no lo puedes tocar ni mirar. Ellos tampoco se han dejado ver. Ahora pienso que quizás si le pongo final, ellos vuelvan. Aunque sea a mis sueños.

Mi padre me llamó el otro día para contarme que cayó un proyectil bajo la que había sido mi ventana. El cristal, el marco, todo salió volando. También la terraza acristalada se había hecho añicos. El médico ha puesto unas tablas de madera allí donde antes había cristal. Mi cuarto, tapiado. El dormitorio de mis abuelos, tapiado. ¿A dónde iba dirigido el proyectil? ¿Quién lo ha lanzado? ¿Habrá daños estructurales? ¿Rajas en las paredes de hormigón por las que ahora se colarán la lluvia y el frío y la podredumbre que lo destruirá todo, que acabará reduciendo la piedra a polvo?

Dentro de unos años no quedará nada. Las cosas no están condenadas a permanecer sino a extinguirse.

Nos acostumbramos a la guerra. Lo que intentamos es no pensar ya en ella, borrarla de la mente. Seguir. Se ha convertido en habitual reunirnos y decir: Hablamos de todo menos de la guerra. De la guerra no, por favor. De la guerra no hablemos. No hablemos de lo que duele, de lo que rompe. Intentamos vivir. Seguimos. Nos metemos de lleno en cuestiones banales, del día a día. Hay que seguir yendo al trabajo. Hay que seguir haciendo la lista de la compra. Poniendo lavadoras. Y mientras lo haces, notas una sombra, una presencia que de vez en cuando te apoya la mano en el hombro volcándote su peso. Está también en esta habitación, mientras escribo. Porque mientras yo me siento aquí, cuando voy al trabajo, cuando voy a pasear al parque, sé que están bombardeando. Sé que si no lo hacen ahora, lo harán en unos minutos. Lo harán mañana.

No hablemos de la guerra, por favor, tenemos que vivir, tenemos que seguir viviendo. Tenemos que seguir. Aunque muchos ya no sigan con nosotros.

¿Cuántas cosas aguanta perder un hombre? Un hombre lo aguanta todo. Pero lo peor que le puede pasar es perder su humanidad. Perder el amor por los demás. Yo intento rescatarlo, intento seguir teniendo confianza, intento no caer en el odio mientras le prometo a mi padre que sí, que si él no rescata la casa de mis abuelos, lo haré yo. Me presupongo una vida larga porque tengo una misión: recuperar lo que nos robaron.

Cuando caen los proyectiles, cuando tiembla la tierra, ¿tiemblan también sus huesos en su cajita de madera?

Ojalá no hubiera escrito este libro nunca. Mi abuelo le confesó hace años a mi padre que su sueño era que yo un día escribiera sobre Tokmak. Ojalá hubiera podido escribir sobre Tokmak en otros términos.

Tokmak es mi ciudad. Es mi campo. Es mi cielo. Es mi río. Es mi polvo.

Tokmak es el lugar de todos los que me precedieron.

En mi corazón están floreciendo los castaños, el albaricoque, el nogal que mi abuelo plantó bajo su ventana. Yo ya no respiro mi cielo. Respiro un cielo ajeno. Todo mi mundo está cerrado bajo un candado. Enterrado bajo un lecho de nieve. Mi Tokmak solo existe en mi memoria. Mi Ucrania ya no existe. Es un frente. Es una zona gris. Ojalá no hubiera tenido que escribir este texto nunca.

Pero, abuelo, he tomado el lápiz que me tendías y he escrito. Por fin he escrito sobre Tokmak. Ese Tokmak en el que aún vives. Ese al que yo aún puedo volver. Aunque solo sea en mi recuerdo.

Ocupación
Margaryta Yakovenko

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Archivo personal de la autora

© Margaryta Yakovenko, 2026
Publicado por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2026

ISBN: 978-84-322-4992-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta